ALFRED HITCHCOCK Y LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores se sienten incorporados al formidable equipo de Júpiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



Robert Arthur

Misterio en el Castillo del Terror

Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores - 1

ePub r1.3
Titivillus 10.05.16

Título original: *The Secret of Terror Castle*
Robert Arthur, 1964
Traducción: María Lourdes Pol de Ramírez
Ilustraciones: Harry Kane
Cubierta: Ángel Badía Camps
Retoque de portada: Poe

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Introducción

AVISO AL LECTOR: No está obligado a leer ni una sola palabra de esta introducción.

ALFRED HITCHCOCK

Parece ser que siempre tengo algo que presentar. Hace años que mis trabajos se dan en televisión. También en cine. He publicado novelas de misterio, de fantasmas y de suspense, a fin de que mis admiradores lo pasen bien.

Esta vez se trata de un trío de chavales que se llaman a sí mismos «Los Tres Investigadores». Recorren el mundo en un «Rolls-Royce» dorado, resolviendo misterios y rompecabezas de toda índole. Algo increíble, ¿verdad?

Francamente, me hubiera gustado ignorar a esos tres chicos, pero me comprometí a presentarlos. Y soy hombre de palabra, si bien esta formal obligación se derive de una simple cabezonada mía.

Los Tres Investigadores, Bob Andrews, Pete Crenshaw y Júpiter Jones, viven en Rocky Beach, una pequeña ciudad en la costa del océano Pacífico, a pocos kilómetros de Hollywood.

Bob Andrews, bajo y nervioso, tiene aires de estudiante y espíritu aventurero. Pete Crenshaw es alto y musculoso. Júpiter Jones… renuncio a dar mi opinión sobre este personaje. Prefiero que sea el mismo lector quien lo describa, una vez leídas las páginas que siguen.

De ahí que, si bien me tienta el deseo de aclarar que Júpiter Jones es gordito, diré solamente, como hacen sus

amigos, que es rechoncho. De niño, Júpiter Jones apareció en una serie televisiva con otros niños cómicos. Por fortuna para mí, nunca vi semejante serie. Pero tengo entendido que era tan obeso y gracioso su aspecto, que se le conocía por «Bebé Gordito». Hacía reír por su original agudeza en las respuestas.

«Bebé Gordito» sintió una profunda aversión a que se rieran de él, y decidido a que lo tomaran en serio, estudió sin descanso. Tan pronto supo leer, creció su afán por la ciencia, psicología, criminología y otros temas de índole parecida. Su buena memoria le permitía retener la mayor parte de lo leído, hasta tal punto que sus profesores optaban por no entrar en discusión con él. Muchas veces resultó que estaban equivocados al sustentar puntos opuestos de opinión.

Júpiter Jones resulta bastante insufrible, y, a tal respecto, no puedo por menos de entrar de acuerdo con los que así piensan. No obstante, sé que tiene muchos amigos leales. Claro que eso carece de importancia para la gente joven.

Podría decir mucho más de él y de sus camaradas. Por ejemplo, que Júpiter ganó el derecho de uso del coche dorado en un concurso; que se labró extraordinaria reputación por su habilidad en hallar cosas perdidas, como perros favoritos extraviados, y también que… Bueno, con lo dicho, creo haber cumplido mi promesa.

Estoy seguro de que a mi amigo lector, si no hace rato que ha dejado de leerme, le gustará, incluso más que a mí, que haya finalizado esta introducción.

ALFRED HITCHCOCK

Capítulo 1

Los Tres Investigadores

Bob Andrews aparcó su bicicleta frente al portal de su casa en Rocky Beach y entró en ella. Al cerrar la puerta su madre le llamó desde la cocina.

—¡Robert! ¿Eres tú?

—Sí, mamá.

Robert se dirigió a la cocina. Su madre, de pelo castaño y figura grácil, hacía un pastel de nueces.

—¿Cómo te ha ido el trabajo en la biblioteca? —preguntó ella.

—Muy bien —contestó Bob.

En realidad, el trabajo en la biblioteca siempre era monótono. Bob se dedicaba durante media jornada a clasificar los libros que devolvían y ayudaba a catalogarlos.

—Vino tu amigo Júpiter —la madre trabajaba la masa con el rodillo sobre el tablero—. Dejó un recado para ti.

—¿Un recado? —preguntó Bob con repentino entusiasmo—. ¿De qué se trata?

—Lo guardé escrito en uno de mis bolsillos. En cuanto acabe de amasar te lo daré.

—¿No te acuerdas de su contenido? ¡Quizá me necesite!

—Lo recordaría si fuera un mensaje ordinario —contestó su madre—; pero Júpiter no deja mensajes ordinarios. Me pareció algo fantástico.

—Júpiter es amigo de palabras poco usuales —dijo Bob, controlando su impaciencia—. Ha leído infinidad de libros y a veces resulta difícil comprender lo que dice.

—A veces, no; ¡siempre! —replicó la señora Andrews—. Es un

chico muy raro. Aún no me explico cómo logró encontrar mi alianza.

La madre de Bob se refería a una sortija con un diamante que perdiera en el pasado otoño. Júpiter Jones vino a la casa e hizo que ella le contara todos sus movimientos durante el día en que la extraviara. Luego, tranquilamente, se encaminó a la despensa, se subió a un taburete y halló la sortija en un estante detrás de una hilera de frascos de tomate en conserva. La buena mujer se la había quitado y puesto allí mientras ordenaba los frascos recién esterilizados.

—Cuanto más lo pienso —comentó la señora Andrews—, menos me imagino cómo adivinó dónde estaba la sortija.

—No lo adivinó; lo dedujo —explicó Bob—. Jupe tiene mucha imaginación. Mamá, ¿no puedes darme ahora su mensaje?

—En seguida, hijo —respondió ella, golpeando el pastel con el rodillo—. A propósito, ¿en qué consistía el concurso publicado en la primera página del periódico de ayer, y que al ser ganado por Júpiter le dio derecho a un «Rolls-Royce» durante treinta días?

—Fue un concurso de la Compañía de alquiler de coches —explicó Bob—. Llenaron de alubias una jarra grande y ofrecieron un «Rolls-Royce» con chófer durante treinta días a quien dijera con más aproximación el número de granos. Júpiter se pasó tres días calculando la capacidad de la jarra y los granos de alubias precisos para llenarla. Y ganó. ¡Mamá, por favor! ¿No puedes darme el mensaje?

—Ahora —accedió ella, que empezó a limpiarse la harina de las manos—. ¿Y qué hará Júpiter con un «Rolls» con chófer durante treinta días?

—Verás, estamos pensando… —empezó Bob, pero su madre no le escuchaba.

—Ahora una persona puede ganar cualquier cosa —interrumpió ella—. Leí que una mujer ganó un yate en un programa de televisión. La pobre vive en las montañas, y está casi desesperada. No sabe que hacer con el yate —mientras hablaba se sacó del bolsillo una hoja de papel—. Aquí lo tienes. Dice: «La Puerta Verde. Las prensas están en marcha».

—¡Zambomba, mamá, gracias! —gritó Bob, que alcanzó la puerta de la calle antes de que su madre pudiera detenerlo.

—¡Robert! ¿Qué significa este mensaje? ¿Es que Júpiter emplea alguna clave fantástica?

—No, mamá. Está en inglés sencillo y corriente. Bueno, tengo que apresurarme.

Bob saltó al exterior, se montó en su bicicleta y pedaleó hasta el «Patio Salvaje» de los Jones.

El movimiento de sus piernas al impulsar la bicicleta no le produjo molestia alguna en la herida que cubría con la «abrazadera» según denominación del doctor Álvarez —un aparato ortopédico—, premio a su necia escalada en solitario a una montaña cercana a Rocky Beach. Este pueblo se halla emplazado en una franja llana, con el océano Pacífico a un lado y las montañas de Santa Mónica al otro.

Quizás el nombre de montaña sea excesivo, pero en todo caso, para colina resulta demasiado grande. Bob rodó pendiente abajo unos ciento cincuenta metros y acabó con una pierna rota por varios sitios. Había establecido una marca nueva en descenso, pero esto le abrió las puertas de un hospital. El doctor Álvarez dijo que no tardaría mucho tiempo en recuperarse y que entonces caminaría sin la abrazadera. Mientras tanto, aquella protección de su pierna herida le fastidiaría.

Ya en las afueras del pueblo, Bob llegó pronto al «Patio Salvaje». Este patio, antes era conocido por la «Chatarrería de Jones», pero Júpiter llegó a convencer a su tío, y le cambiaron el nombre. Allí se vendían artículos poco usuales, además de los propios de una chatarrería. Mucha gente recorría varios kilómetros para ver de encontrar allí lo que no hallaban en otros lugares.

El patio resultaba fascinante para cualquier muchacho, y su aspecto fuera de lo común se hacía obvio desde lejos, tan pronto se divisaba la valla de tablas que lo rodeaba. Titus Jones había empleado diversos colores de pintura, adquirida de desechos, para pintar la cerca. Algunos artistas locales le ayudaron, pues él siempre les prestaba trastos que ellos necesitaban.

Toda la parte frontal se hallaba cubierta de árboles y flores, con un estanque donde se deslizaban majestuosos cisnes, y todo ello, cara al océano. Sus restantes fronteras ofrecían panoramas muy diversos. Quizá fuera la chatarrería de más colorido de todo el país.

Bob rebasó la entrada principal, con sus dos enormes verjas de

hierro de un establo que se había quemado. Recorrió unos cien metros y se detuvo donde la valla mostraba un mar pintado de verde, con dos buques de vela en terrible lucha con los elementos desencadenados. Bob desmontó en busca de las dos tablas verdes que Jupe había convertido en puerta privada. Aquélla era la Puerta Verde. Empujó por el ojo de un pez que se asomaba en el agua junto a un buque que se hundía, y las tablas se alzaron.

Entró con su bicicleta y cerró la puerta secreta. Ya estaba en el interior del patio de chatarras, en el ángulo en que Júpiter había dispuesto su taller al aire libre. Un tejadillo de unos dos metros de ancho circundaba la mayor parte de la valla por la parte interior del patio. El señor Jones guardaba allí sus mejores chatarras.

Bob halló a Júpiter sentado en una vieja mecedora, presionándose el labio inferior, mientras su mente trabajaba a todo vapor. Y a Pete Crenshaw atareado en la pequeña imprenta recibida como chatarra, y que Júpiter había conseguido que funcionase de nuevo.

La imprenta emitía su
clic-clac
una y otra vez. Pete, alto y moreno, ponía y quitaba tarjetas blancas. Ése era el contenido del mensaje de Jupe: que la prensa estaba en marcha y que debía de reunirse con él detrás de la Puerta Verde.

Allí, los chicos eran invisibles para quien se hallara en la parte principal del patio, donde estaba emplazada la oficina grande. Sobre todo para tía Mathilda, mujer corpulenta, quien en realidad llevaba el negocio. Su gran corazón y paciencia sin límite no le impedían un afán desmedido por ocupar en algún trabajo a cualquier chico que viera cerca.

Júpiter, astuto, poquito a poco, amontonó chatarra diversa en el patio, de modo que ocultaba su taller. Así podía gozar con sus amigos de inalterada libertad cuando su ayuda no era precisa para sus tíos.

Mientras Bob aparcaba su bicicleta, Pete cerró la prensa y entregó una de las tarjetas que había impreso.

—¡Mirad esto! —dijo.

Se trataba de una tarjeta grande de negocios. Decía:

LOS TRES INVESTIGADORES

"Investigamos Todo"

? ? ?

Primer Investigador Júpiter Jones

Segundo Investigador Pete Crenshaw

Tercer Investigador Bob Andrews

—¡Fantástico! —exclamó Bob admirado—. ¡Esto sí que tiene garra! ¿Así que has decidido seguir adelante con tu idea, Jupe?

—Hace tiempo que hablamos de fundar una agencia de investigación —respondió Júpiter—. Ahora que tenemos un «Rolls» a nuestra disposición durante las veinticuatro horas del día y por espacio de un mes, gozaremos de libertad para desentrañar misterios en cualquier parte. Opino que no vamos a desaprovechar la ocasión, ¿verdad? Desde este momento somos oficialmente Los Tres Investigadores.

»Como primer investigador, me haré cargo del trabajo mental. Pete, segundo investigador, se cuidará de todas las operaciones que requieran facultades atléticas. Tú, tercer investigador, por no estar muy ducho en el oficio y sentir aprensión en cuanto a seguir sospechosos, trepar vallas y obligaciones parecidas, te encargarás de las gestiones secundarias y del registro de todas nuestras operaciones.

—Eso me va —dijo Bob—. Mi trabajo en la biblioteca me capacita para ese cometido.

—La investigación moderna precisa de un trabajo exhaustivo —explicó Júpiter—. Observo que miras nuestra tarjeta de publicidad de un modo raro. ¿Puede preguntar qué te preocupa?

—Bueno… estos signos de interrogación, ¿qué significan?

—Esperaba que lo preguntases —saltó Pete—. Jupe ya me advirtió que lo harías. Según él, todo el mundo lo preguntará.

—El interrogante —explicó Júpiter—, es el símbolo universal de lo desconocido. Estamos dispuestos a resolver cuantas adivinanzas y misterios se nos presenten. Por eso el interrogante será nuestro distintivo. Tres interrogantes juntos significan Tres Investigadores.

Bob creyó que Júpiter había terminado, pero eso fue porque aún no lo conocía bastante. Su amigo apenas si había entrado en vena de explicaciones.

—Además —continuó— los interrogantes provocarán interés. Hará que la gente nos pregunte su significado, igual que hiciste tú. Ayudará a que nos recuerden. Será una excelente publicidad. Todo negocio precisa de propaganda para atraerse clientes.

—¡Formidable! —exclamó una vez más Bob, mientras colocaba la tarjeta en el montón que Pete había impreso—. Podríamos ya ser hombres de negocios si tuviésemos un caso que investigar.

Pete se adelantó a dar la noticia.

—¡Bob, tenemos un caso!

—¡Discreción! —ordenó Júpiter.

El chico se irguió y apretó las mandíbulas. Cuando lo hacía, su cara parecía alargarse y tener más edad.

—Desgraciadamente —explicó—, hay un pequeño obstáculo. Desde luego, se trata de un caso apto para nosotros. Intuyo que podríamos resolverlo con facilidad. Lo malo es que aún no hemos sido contratados.

—¿Cuál es el caso? —preguntó ansioso Bob.

—El señor Alfred Hitchcock busca una casa verdaderamente encantada para su próxima película —habló Pete—. Papá se enteró de ello en los Estudios.

El señor Crenshaw, perito en efectos especiales, trabajaba en uno de los estudios cinematográficos de Hollywood, a pocos kilómetros al otro lado de la montaña.

—¿Una casa encantada? —Bob frunció el ceño—. ¿Qué podemos resolver en una casa encantada?

—Podemos investigar la casa y averiguar si está o no realmente encantada. La publicidad hará que nuestro nombre sea conocido, y los Tres Investigadores se verán lanzados.

—Pero hay el inconveniente de que el señor Hitchcock no nos lo ha pedido —objetó Bob—. ¿Es eso lo que tú llamas un pequeño obstáculo?

—Tendremos que persuadirlo —aseveró Júpiter.

—¡Naturalmente! —exclamó Bob, sarcástico—. Basta con aparecer en la oficina del productor de cine más famoso del mundo y preguntarle: «¿Es usted la persona que nos llamó?».

—Los detalles aún no han sido concretados, pero la idea sí está en marcha —informó Júpiter—. Ya he telefoneado al señor Hitchcock pidiéndole una entrevista.

—¿Eso has hecho? —preguntó Pete mostrándose tan sorprendido como Bob—. ¿Y ha dicho que nos recibirá?

—No —admitió el primer investigador—. Su secretaria ni siquiera me dejó hablar con él.

—Era de esperar —comentó Bob, algo desinflado.

—En realidad, me amenazó con pedir nuestro arresto si nos acercábamos a su jefe —siguió Júpiter—. La secretaria que el señor

Hitchcock tiene este verano, es una chica que iba con nosotros a la escuela, aquí en Rocky Beach. Asistía a unos cursos más adelantados, pero la recordaréis. Se llama Henrietta Larson.

—¡La sabihonda Henrietta! —exclamó Pete—. Adivinaste. La recuerdo.

Bob dijo:

—Solía ayudar a los profesores y mangoneaba a todos los peques. ¡Vaya si la recuerdo! Si Henrietta Larson es la secretaria del señor Hitchcock, mejor será que lo olvidemos. Tres tigres no conseguirán burlarla.

Júpiter no se daba por vencido. De ahí que respondiera:

—Los obstáculos constituyen la sal y pimienta de la vida. Mañana por la mañana iremos en coche a Hollywood y visitaremos al señor Hitchcock.

—¿Y si Henrietta llama a la policía? —preguntó Bob—. Además, mañana tengo que trabajar todo el día en la biblioteca.

—Entonces iremos Pete y yo. Telefonearé a la agencia de coches de alquiler y les diré que empezaré el uso de mi coche mañana por la mañana a las diez. Tú, Bob, aprovecharás la ocasión de estar el día en la biblioteca para hojear todos los periódicos y revistas viejos en busca de información.

Escribió en el dorso de una de las tarjetas «El Castillo del Terror», y luego se la dio a Bob. Éste leyó lo escrito, tragó saliva, y dijo:

—Conforme, Jupe.

—Los Tres Investigadores tienen trabajo ahora —anunció Júpiter, mostrándose satisfecho—. Llevad tarjetas encima siempre. Serán vuestras credenciales. Mañana, todos cumpliremos con nuestro deber, pase lo que pase.

Capítulo 2

Una entrevista providencial

Mucho antes de la hora de llegada del «Rolls-Royce» al «Patio Salvaje» de los Jones, Peter y Júpiter aguardaban a pie firme frente a la puerta exterior. Ambos se habían puesto sus mejores ropas, incluidas camisas blancas y corbatas. El pelo bien peinado había sido tratado con abundante fijador, y las vigorosas abluciones sacaron rosetones de manzana en sazón a sus mejillas. Hasta las uñas les brillaban a efectos del cepillo manejado sin tacañería.

El gran coche les ganó en brillo. Era un «Rolls-Royce» bastante antiguo, con enormes faros que semejaban tambores. El motor era tremendamente largo, delante de una caja semicuadrada. Todos los accesorios, incluidos los parachoques, brillaban dorados cual joya cara. Las partes negras resplandecían como el charol.

—¡Cáspita! —exclamó Pete—. Parece el coche de un millonario de ciento diez años de edad.

—El «Rolls-Royce» es el coche de artesanía más caro del mundo —alabó Júpiter—. Éste fue construido para un rico jeque árabe de gustos refinados. Ahora la compañía lo emplea sólo para fines de publicidad.

Tan pronto se detuvo el coche, su conductor descendió a tierra.

Era un hombre delgado y fuerte, y de casi un metro noventa centímetros de alto, cara larga y buen carácter. Éste se quitó la gorra y se dirigió a Júpiter.

—¿Master[1] Jones? Soy Worthington.

—¡Ah, bien! Celebro conocerlo, señor Worthington —respondió el aludido—. Pero llámeme Júpiter, como todo el mundo.

—¡Por favor! —Worthington pareció confuso—. Es costumbre

que el amo me llame simplemente Worthington. También es costumbre que yo me dirija a mis dueños con el máximo respeto. Ahora usted es el amo, y prefiero atenerme a las reglas de la profesión.

—Bien, como quiera, Worthington. Seguiremos la costumbre.

—Gracias, Master Jones. El coche y yo estaremos a su servicio durante treinta días.

—Treinta días de veinticuatro horas cada uno —remarcó Júpiter—. Eso decían las bases del concurso.

—Así es —Worthington abrió la puerta de atrás—. ¿Quiere entrar?

—Gracias —Júpiter y su amigo subieron—. No es preciso que se moleste en abrirnos la puerta. Somos jóvenes.

—Si no le importa —contestó Worthington—, prefiero realizar mi servicio como se espera de mí. Si dejo de hacerlo, quizás en lo futuro incurra en defectos.

—Comprendo —murmuró Júpiter, mientras Worthington ocupaba su lugar delante del volante—. Sólo que, tal vez, en alguna ocasión tengamos necesidad de precipitarnos al exterior, y entonces no podremos esperar a que usted nos abra la portezuela. En todo caso, propongo que usted la abra al empezar y acabar la jornada.

—Muy bien, Master Jones. Semejante solución es aceptable.

Ambos muchachos vieron por el espejo retrovisor que Worthington se sonreía.

—Bueno… probablemente no seamos de ese tipo de clientes que usted acostumbra a llevar —comentó Júpiter—. Quizá… quizá… queramos ir a lugares poco habituales. Esto se lo explicará.

Entregó a Worthington una tarjeta de los Tres Investigadores. El chófer la estudió sin descomponer su grave semblante.

—Me encanta la idea —comentó Worthington—. En realidad me seduce un cambio en la rutina diaria. No siempre se tiene una oportunidad de servir a jóvenes aventureros. Mis clientes suelen ser mayores y precavidos. ¿Nuestro primer destino, Master Jones?

Pete y Júpiter admitieron que les gustaba mucho el chofer.

—Queremos ir a World Studios, en Hollywood, para visitar al señor Alfred Hitchcock —dijo Júpiter—. Yo… bueno… le telefoneé ayer.

—Entendido, Master Jones.

Poco después el lujoso coche se deslizaba por la carretera de las colinas hacia Hollywood. Worthington habló por encima de su hombro.

—Debo informarles que este coche posee teléfono y un departamento con refrescos, que pueden utilizar.

—Muchas gracias —respondió Júpiter, ya centrado en su papel de propietario accidental de tan lujoso vehículo.

El muchacho alargó el brazo, abrió un departamento y alzó un teléfono dorado como los restantes adornos del coche. El teléfono carecía de esfera numerada, pero en su lugar había un botón.

—Un teléfono móvil —informó a Pete—. Se pulsa el botón y se da el número deseado a la telefonista. No creo que de momento tengamos necesidad de usarlo.

De mala gana, Júpiter volvió a dejarlo en su sitio, y se apoyó contra el respaldo de bello tapiz.

* * *

El paseo resultó agradable, aunque sin novedades. No tardaron mucho tiempo en alcanzar el sector comercial de Hollywood. A medida que se acercaban al destino, Pete empezó a revolverse inquieto en el asiento.

—Jupe —dijo—. Me gustaría saber cómo cruzaremos el umbral de los Estudios. Sabes perfectamente que hay muros y vigilantes para alejar a la gente como nosotros. Nunca entraremos en su interior.

—Tengo un plan en la cabeza —confesó Júpiter—. Ahora espero que nos salga bien. Ya hemos llegado.

Pasaron junto a un muro de lisa fachada que ocupaba la extensión de dos bloques de viviendas. En su letrero leyeron: WORLD STUDIOS. Aquella pared respondía a una necesidad: mantener alejados a los curiosos inoportunos, como había dicho Pete.

En el centro, vieron una alta puerta de hierro que permanecía abierta. Un hombre uniformado vigilaba la entrada sentado en un taburete. Worthington desvió el «Rolls» al camino y el portero se puso en pie de un salto.



—¡Eh, un momento! —gritó—. ¿Adonde van?

—Vamos a visitar al señor Hitchcock.

—¿Tiene pase?

—No sabíamos que se necesitase un pase para venir —replicó Worthington—. El señor telefoneó al señor Hitchcock.

Cosa totalmente cierta. Claro que el señor Hitchcock no había contestado.

—¡Oh!

El portero se rascó la cabeza, inseguro; Júpiter bajó la ventanilla de su lado y se asomó.

—Buen hombre.

Pete casi dio un salto, pues Jupe hablaba un inglés rico en matices que jamás había empleado antes. Seguramente que lo vendría practicando en secreto.

—Buen hombre —repitió Júpiter—. ¿A qué se debe el retraso?

—¡Recanastos! —susurró Pete.

Júpiter, de pequeño, había sido actor de televisión, y había demostrado verdadero talento. Empero Pete jamás llegó a verlo antes de interpretar su papel con tanto aplomo.

Su amigo, con los carrillos y los labios abultados, y con la cabeza bien alta, se había transformado en un excelente imitador de los modales más peculiares del señor Hitchcock. Sí, se había convertido en un joven Alfred Hitchcock, bastante impertinente, cuya presencia no dejaría de ser notada.

—¡Pero yo tengo que saber quién visita al señor Hitchcock! —gritó nervioso el portero.

—Comprendo —Júpiter acentuó su glacial mirada—. En tal caso, telefonearé a mi tío.

Cogió el teléfono dorado, pulsó el botón y pidió un número. Era el número de «Patio Salvaje». Júpiter, ciertamente, llamaba a su tío.

El portero miró una vez más al sorprendente automóvil y a Júpiter con el teléfono dorado entre sus manos.

—¡Está bien, pasen ustedes! —concedió algo confuso—. Avisaré que van ustedes hacia allí.

—Gracias —se apresuró a decir Júpiter, que ordenó a Worthington—: Siga.

Júpiter se volvió a acomodar contra el respaldo, mientras el «Rolls-Royce» enfilaba una estrecha calle bordeada de prados verdes

y palmeras, con docenas de pequeños y atractivos *bungalows*. Más allá se divisaban los tejados en arco de los grandes estudios. Algunos actores, vestidos según el papel que debían interpretar en sus películas, se encaminaban a uno de ellos.

Pese a que habían logrado entrar en el recinto de los Estudios, Pete seguía sin comprender cómo su amigo conseguiría entrevistarse con el señor Hitchcock. No obstante, la incógnita estaba a punto de resolverse. Worthington se arrimaba ya junto a un gran *bungalow*. Es costumbre en muchos estudios, que los productores residan en uno de estos edificios donde pueden trabajar sin ser molestados. Un letrero pulcramente pintado, rezaba: ALFRED HITCHCOCK.

—Espérenos, Worthington —ordenó Júpiter, mientras aquél abría la puerta—. No sé el rato que estaremos ahí dentro.

—Muy bien, Master Jones.

Los muchachos empujaron la puerta y pasaron a la sala de recepción, dotada de aire acondicionado. Una chica rubia sentada a un escritorio colgaba en aquel instante el auricular del teléfono. En principio Pete no reconoció a Henrietta Larson, pero en cuanto habló, supo quién era.

—¡Vaya! —Henrietta, apoyadas las manos en sus caderas, miraba a Júpiter Jones—. ¡Al fin lograste llegar hasta aquí haciéndote pasar por el sobrino del señor Hitchcock! ¡Muy bien! Ahora sabrás cuánto tiempo necesita la policía de los Estudios para desembarazarse de ti.

El corazón de Pete pareció latir dentro de sus calcetines cuando Henrietta descolgó el teléfono.

—¡Espere! —rogó Júpiter.

—¿Esperar, qué? —preguntó ella, rencorosa—. Penetraste aquí diciendo al portero que eres sobrino del señor Hitchcock.

—No, no lo hizo —habló Pete—. Ocurre que el portero se engañó a sí mismo con sus propias conclusiones.

—Tú quedas fuera de esto —replicó Henrietta—. Júpiter Jones es una calamidad pública y yo me cuidaré de que deje de serlo.

La joven acercó de nuevo su mano al teléfono. Ahora fue Júpiter quien habló:

—No es prudente actuar con precipitación, señorita Larson.

Pete dio un respingo. Júpiter volvía a usar su voz de inglés bien educado, que tanto impresionara al portero. En verdad que tenía aires de un Alfred Hitchcock adolescente.

—Estoy seguro de que al señor Hitchcock le interesará conocer una muestra de mi talento —añadió Júpiter.

Henrietta dejó caer el teléfono, y alzó los ojos con la viveza de movimientos de una avispa enfurecida.

—¡Vaya… tú… tú…! —Guardó silencio un breve momento, como si tratase de hallar las palabras precisas. Luego, más serena, aunque muy seria, dijo—: Sí, Júpiter Jones. Estoy segura de que el señor Hitchcock querrá conocer tu talento.

—Ejem… señorita Larson.

Los muchachos se volvieron precipitadamente hacia el inesperado sonido de voz detrás de ellos. Incluso Henrietta mostrose sobresaltada. En la puerta de la oficina se hallaba el mismísimo Alfred Hitchcock.

—¿Qué ocurre, señorita Larson? —preguntó el hombre—. ¿Por qué no responde a mis llamadas?

—Decida usted mismo, señor Hitchcock —dijo Henrietta—. Este joven tiene algo que mostrarle, y estoy segura que le interesará.

—Lo siento. No puedo ver a nadie hoy. Despídalos.

—Estoy segura de que le interesará recibirlos, señor Hitchcock.

Su tono de voz no gustó nada a Pete. El productor miró apreciativamente a los muchachos, se encogió de hombros, y dijo:

—Bien, seguidme, chicos.

Entró en su oficina y se encaminó a un escritorio del tamaño de una mesa de *ping-pong*, donde tomó asiento en una silla giratoria. Júpiter y Pete se quedaron en pie mirándolo mientras Henrietta cerraba la puerta.

—Bien, muchachos —dijo el señor Hitchcock—. ¿Qué es eso que deseáis mostrarme? Puedo perder solamente cinco minutos.

—Quería enseñarle esto, señor —contestó Júpiter, que le entregó una tarjeta de los Tres Investigadores.

Pete comprendió que Júpiter seguía una estrategia planeada de antemano. Aparentemente, daba resultado. El señor Hitchcock cogió la tarjeta y la estudió.

—¡Hum! Así que sois investigadores. ¿Puedo preguntar qué significan los interrogantes? ¿Indican, acaso, alguna duda en cuanto a vuestra habilidad?

—No, señor —replicó Júpiter—. Son nuestra marca. Simbolizan preguntas a contestar y misterios a resolver. También hacen que la gente formule preguntas y eso ayuda a que nos recuerden.

—Comprendo —el señor Hitchcock tosió—. ¿Os interesa la publicidad?

—Un negocio no puede triunfar si la gente lo desconoce.

—Aseveración irrefutable —concedió el señor Hitchcock—. Pero ya que habláis de negocios, aún no sé cuál es el vuestro.

—Queremos encontrar una casa encantada para usted.

—¿Una casa encantada? —las cejas del señor Hitchcock se alzaron—. ¿Qué te hace pensar que me interesa una casa encantada?

—Sabemos que necesita de una auténtica casa encantada para su próxima película de suspense. Los Tres Investigadores desean ayudarle en la búsqueda.

Hitchcock se rió.

—Dos exploradores locales me buscan ya la casa que necesito. Uno está en Salem, Massachusetts, y el otro, en Charleston, Carolina del Sur. Ambos lugares son ricos en historias sobrenaturales. Mañana irán a Boston y a Nueva Orleáns. Estoy seguro de que ellos encontrarán la casa que preciso.

—Pero si nosotros la hallamos aquí, en California, le será mucho más sencillo hacer su película sin trasladarse del lugar —objetó Júpiter.

—Lo siento, chaval; no interesa.

—No queremos dinero —insistió él—. Pero todos los detectives famosos tienen a alguien que escribe sus casos, y así la gente llega a conocerlos: Sherlock Holmes, Ellery Queen, Hércules Poirot; todos. He llegado a la conclusión de que es así como se han hecho famosos. Luego consiguen clientes importantes. Para dar a conocer a los Tres Investigadores haremos que nuestros casos sean escritos por el padre de nuestro tercer socio, Bob Andrews, que trabaja en un periódico.

—¿Y bien? —Hitchcock consultó su reloj.

—Pensé que si usted se decidía a presentar nuestro primer

caso…

—¡Imposible! —cortó Hitchcock—. Decid a la señorita Larson que venga y os acompañe.

—Sí, señor —respondió abatido Júpiter.

Mientras nuestros amigos se encaminaban a la puerta, y ya cerca de ella, Alfred Hitchcock dijo:

—Un momento, chicos.

Se volvieron. El señor Hitchcock los miraba con el ceño fruncido.

—Diga, señor.

—Se me ocurre que no habéis sido totalmente francos. ¿Qué es exactamente lo que la señorita Larson cree que puede interesarme? Desde luego, no se refería a vuestra tarjeta de visita; de ello estoy seguro.

—Bien, señor —respondió Júpiter, de mala gana—. Sé hacer imitaciones, y ella pensó que le interesaría ver la imitación que hago de usted en su época de muchacho.

—¿Una imitación de mis tiempos de adolescente? —La voz del famoso director se agudizó, y sus rasgos se endurecieron—. ¿Qué quieres decir?

—Esto, señor.

Y de nuevo, el rostro de Júpiter pareció cambiar: su voz se hizo profunda, y su inglés, impecable. Acababa de transformarse en un individuo distinto.

—Se me ocurrió, señor Hitchcock —dijo, en aquella voz tan distinta a la suya normal—, que algún día usted necesitará de alguien que imite su personalidad de muchacho en alguna película. Y, de ser así…

El ceño del productor pareció arrugarse más. Su rostro oscureció de enojo.

—¡Monstruoso! —gritó—. ¡Para en seguida!

Júpiter volvió a su personalidad.

—¿No encuentra un parecido? —preguntó—. Me refiero a su época de chico.

—¡Ciertamente que no! Yo era un muchacho agradable y bien parecido, y no esa mala caricatura que tú has remedado.

—En tal caso, tendré que practicar más —suspiró Júpiter—. Mis amigos opinan que lo hago muy bien.

—¡Te lo prohíbo! —tronó Hitchcock—. Te prohíbo que lo intentes. Me vas a prometer que nunca intentarás personificar mi infancia y… ¡porras! A cambio presentaré lo que tú escribas.

—Gracias, señor. Entiendo que nos autoriza a buscarle la casa encantada que necesita.

—Oh, sí; desde luego. Pero no prometo usarla si la encuentras. No obstante, puedes hacer averiguaciones. Y, ahora, fuera de aquí, antes de que pierda el último vestigio de dominio que me queda. En mi vida he visto a muy pocos chavales como tú. Sin duda eres demasiado inteligente para tu propio bien, jovencito.

Júpiter y Pete se marcharon. Hitchcock se quedó confuso y pensativo.

Capítulo 3

Informe del Castillo del Terror

Bastante tarde ya, aquel día Bob Andrews resoplaba mientras empujaba su bicicleta hacia la Puerta Verde. ¡Vaya momento de reventarse un neumático!

Hizo rodar la bicicleta al interior del patio y la aparcó. Junto a la entrada principal oyó la voz de la señora Jones, que daba órdenes a Hans y Konrad, ayudantes de su marido. Júpiter y Pete no estaban en el taller.

Semejante ausencia no sorprendió a Bob, que anduvo hasta situarse detrás de la pequeña imprenta, donde apartó un trozo de verja en desuso, que parecía estar apoyada contra el fondo del banco de trabajo, cuando en realidad ocultaba un tubo galvanizado muy ancho y largo. Se introdujo en él y volvió a colocar el trozo de verja, para luego arrastrarse lo más de prisa que le permitía el aparato ortopédico acoplado a su pierna. Se trataba del Túnel Dos, una de las varias entradas secretas al Puesto de Mando. El otro extremo del túnel se hallaba cerrado con una tapa de madera. Bob empujó la tapa y se halló en el interior del Puesto de Mando.

En realidad se trataba de un viejo hogar remolque, de unos ocho metros de largo, que Titus Jones había comprado hacía un año. El hombre no logró venderlo debido a las tremendas abolladuras que tenía, consecuencia de un accidente. Por eso, terminó cediéndoselo a Júpiter para usarlo como oficina.

Durante un año, los tres chicos, con la ayuda de Hans y Konrad, apilaron montones de chatarra alrededor del remolque. Así quedó oculto el exterior entre montones de barras de acero, trozos de una escalera de incendios medio consumida, maderos y otros materiales.

Aparentemente, el señor Jones se había olvidado por completo de su existencia. Y nadie, excepto los chicos, sabía que hubiera sido transformado en oficina, laboratorio y cuarto oscuro para el revelado de fotografías, provisto de varias entradas secretas.

Bob halló a Júpiter sentado en una silla giratoria reconstruida, detrás de un escritorio que tenía un extremo quemado, debido a un incendio. (Todo el equipo de la oficina había sido reconstruido con chatarra). Pete Crenshaw también permanecía sentado al otro lado del escritorio.

—Te has retrasado —reprochó Júpiter, como si su amigo no lo supiera.

—Se reventó un neumático —jadeó Bob—. Pisó un clavo gordo precisamente a la salida de la biblioteca.

—¿Averiguaste algo?

—Sí. Averigüé más de lo que me gustaría saber del Castillo del Terror.

—¡Castillo del Terror! —exclamó Pete—. Ese nombre no me gusta.

—Espera hasta que sepas de él —dijo Bob—. En cuanto a una familia de cinco miembros que intentó pasar una noche allí, y que jamás se supo…

—Empieza por el principio —cortó Júpiter—. Danos los datos según su cronológica sucesión.

—Conforme —Bob empezó a abrir un gran sobre de color castaño que traía—. Primero debo deciros que Skinny Norris estuvo sobre mi hombro toda la mañana, intentando averiguar qué hacía.

—Espero que no hayas permitido a ese memo enterarse de nada —comentó Pete—. Siempre intenta meter sus narices en todo lo que hacemos.

—Yo no le dije nada. Pero fue muy tenaz. Cuando llegué a la biblioteca, quiso que hablásemos del coche de Jupe. Me preguntó cómo creía yo que iba a usarlo.

—Skinny está muy enojado. Prefiere ser el único del colegio que tenga coche —dijo Júpiter—. Si su padre no fuera residente legal de un Estado donde se dan licencias de conducción incluso a los nenes pequeños, Skinny no conduciría más que nosotros. De todos modos,

ahora no le va presumir.

—Pues bien —continuó Bob, fruncido el ceño—. Mientras trabajaba en la biblioteca, me vio apartar las revistas y periódicos viejos que necesitaba para tu información, Jupe. No le dejé mirar lo que yo leía, pero…

—Sigue —invitó el primer investigador.

—¿Te acuerdas de nuestra tarjeta comercial, en la que escribiste «Castillo del Terror», cuando me encargaste que buscara algo sobre el lugar?

—Supongo que la sacarías mientras buscabas en el catálogo la ficha, y luego ya no la encontrarías.

Bob parpadeó.

—¿Cómo lo sabes?

—No la hubieras mencionado, si la tuvieras —respondió Júpiter—. Y el sitio más propicio para perderla es en la biblioteca, mientras examinabas el fichero.

—Bien, pues así ha sucedido —confirmó Bob—. Imagino que la dejaría sobre la mesa. No estoy seguro de que Skinny la cogiera, pero cuando se marchó, parecía muy satisfecho de sí mismo.

—No es hora de preocupamos con Skinny —dijo Júpiter—. Tenemos un caso importante que resolver. Dinos qué has sabido.

Bob sacó unos papeles del sobre.

—Para empezar —dijo, el Castillo del Terror está emplazado en un pequeño y estrecho cañón, llamado Cañón Negro, encima de Hollywood. Originariamente se llamó Castillo de Terrill, porque fue construido por el actor de cine Stephen Terrill. Fue un gran artista en los tiempos del cine mudo.

»Solía trabajar en toda clase de películas de miedo, vampiros, salteadores de caminos y cosas así. Construyó su casa según el modelo de un castillo encantado que utilizaron en una de sus películas. Está llena de viejas armaduras, cajas de momias egipcias y otras cosas fantasmales, procedentes de distintas películas en que trabajó.

—Muy prometedor —dijo Júpiter.

—¡Eso depende de lo que pretendas tú! —se lamentó Pete—. ¿Qué aconteció a ese Stephen Terrill?

—A eso voy —dijo Bob—. Stephen Terrill era conocido en todo el mundo como «El hombre del millón de caras». Luego se inventó

el cine sonoro, y la gente descubrió que tenía voz chillona y además, ceceaba.

—¡Fantástico! —se excitó Pete—. Un monstruo que cecea en voz chillona. Se reventarían de risa en sus asientos.

—Así fue como sucedió. Pero Stephen Terrill dejó de hacer películas, despidió a todos sus criados, e, incluso, a su mejor amigo y apoderado, un tal Jonathan Rex. Finalmente, dejó de contestar al teléfono y la correspondencia que recibía. El hombre se encerró en el castillo, y la gente no tardó en olvidarse de él.

»Un día se descubrió un coche a unos cuarenta kilómetros de Hollywood, fuera de la carretera, y estrellado en los arrecifes. Por muy poco no se cayó al océano.

—¿Y qué tenía eso que ver con Stephen Terrill? —interrumpió Pete.

—La policía hizo averiguaciones y supo que el coche había pertenecido a Terrill —explicó Bob—. No hallaron su cuerpo. Pero a nadie sorprendió eso. Debió de llevárselo una ola gigantesca.

—¡Sopla! —exclamó Pete—. ¿Piensas acaso que se estrelló a propósito contra el arrecife?

—Nadie estuvo seguro de eso —contestó Bob—. Sin embargo, cuando la policía fue al Cañón Negro, halló abierta de par en par la puerta del castillo. Por otra parte, no vieron a nadie en los alrededores. En cambio, sí encontraron una nota clavada en la mesa de la biblioteca —Bob buscó entre sus papeles—. Decía: «Aunque el mundo no vuelva a verme con vida, mi espíritu jamás abandonará este lugar. El castillo queda perpetuamente maldito. Stephen Terrill».

—¡Cascaras! —exclamó Pete—. Cuanto más oigo de esto, menos me gusta.

—Al contrario —replicó Júpiter—. Cada vez se vuelve más prometedor. Continúa, Bob.

—La policía investigó toda grieta y ranura del viejo castillo, pero no hallaron más que la nota dejada por Terrill. No obstante, resultó que debía mucho dinero y que tenía la casa hipotecada por un banco. Vinieron unos hombres a recoger las pertenencias de Stephen Terrill, pero se pusieron muy nerviosos, sin causa aparente, y rehusaron acabar el trabajo. Dijeron haber oído y visto cosas raras, que no podían definir con claridad. Finalmente el Banco

intentó vender el castillo. Nadie, absolutamente nadie, quiso vivir allí, y menos aún comprarlo. Todo el que entraba se ponía muy nervioso, transcurrido un rato.

»Un agente federal vino a pasarse una noche entera dentro del castillo para demostrar que todo se debía a simples imaginaciones. Huyó a medianoche, asustado.

Júpiter se mostró muy complacido. Pete tragó saliva.

—Sigue —dijo Júpiter—. Eso es mejor de lo que yo esperaba.

—Otras personas intentaron también pasar la noche allí —contó Bob—. Lo hizo una estrella cinematográfica para alcanzar publicidad. Se fue a medianoche dando diente con diente hasta el punto de que no podía hablar. Cuando lograron entenderle se refería a un fantasma de color azul y a una niebla que daba mucho miedo.

—¿El Fantasma Azul y la Niebla del Miedo? —Pete se pasó la lengua por los labios—. ¿Y no vio jinetes silenciosos, ni una agrupación de fantasmas que arrastran cadenas, ni…?

—Si dejaras acabar a Bob —intervino Júpiter—, podríamos avanzar.

—Por mi parte prefiero que haya terminado. ¡No quiero oír nada más!

Júpiter no le hizo caso.

—¿Algo más, Bob?

—Bueno —dijo éste—. Hay otros incidentes de la misma naturaleza. Una familia de cinco miembros procedentes del Este se instaló allí. El Banco ofreció gratis el castillo durante un año, en un intento de romper el maleficio. La familia entera desapareció la primera noche.

—¿Hubo, ruidos o visiones —preguntó Júpiter—, como suspiros, gemidos, fantasmas o algo parecido?

—Al principio, no —contestó Bob—. Más adelante se oyeron gemidos distantes, y vieron una figura entre neblina que ascendía la escalera, y, de cuando en cuando, lanzaba suspiros. También se ha escuchado un grito amortiguado proveniente del fondo del castillo. Muchos han creído escuchar música hechicera del órgano estropeado que hay en la sala de proyecciones. Otros afirman haber visto una figura fantasmal y una especie de llama azul de débil resplandor, tocando el órgano. Le pusieron el nombre de Fantasma

Azul.

—¿Seguro que han investigado estas manifestaciones sobrenaturales?

—Un par de profesores se mudaron allí para comprobarlo —continuó Bob, leyendo sus notas—. Pero no oyeron ni vieron nada. Sólo se sintieron intranquilos, preocupados y raros. Después, el Banco, seguro de que jamás podría vender el castillo, lo cerró.

»Durante más de veinte años, nadie consiguió pasarse allí una noche entera. Un periodista narra que, al principio, contrabandistas y mendigos intentaron aposentarse, pero tampoco se quedaron. Éstos contaron tales historias, que ningún vagabundo se acerca a menos de un kilómetro.

»Hace años que ningún periódico ni revista ha contado historias del Castillo del Terror. Así, de mis averiguaciones se deduce que el Castillo del Terror permanece vacío, desierto. El Banco no ha logrado venderlo, y nadie se acerca a él, a menos que tenga un motivo especial.

—Entiendo que no hay motivo especial —se apresuró a comentar Pete—. A mí no me convencerían para ir allí.

—Por supuesto —afirmó Júpiter— que vamos a ir… esta noche. Realizaremos una visita preliminar al Castillo del Terror, provistos de cámara y magnetófono, para comprobar si está encantado. Lo que averigüemos nos servirá de base para una investigación más completa que realizaremos más adelante. Confío en que el lugar esté encantado. Si así es, encajará a la perfección en la próxima película del señor Hitchcock.

Capítulo 4

Dentro del Castillo del Terror

Bob poseía mucha más información acerca del Castillo del Terror, y Júpiter le escuchó sin perderse una palabra. Pete siguió afirmando que ni caballos salvajes lograrían llevarlo allí; no obstante, cuando llegó el momento de partir, estuvo dispuesto. Se vistió su ropa más usada y se llevó consigo un magnetófono portátil que había cambiado a un chico del colegio por su colección de sellos.

Bob se proveyó de un libro de anotaciones y de un par de lápices afilados. Júpiter preparó su cámara con bombilla de *flash* dispuesta. Pete y Bob dijeron a sus respectivas familias que se iban con Júpiter en el coche ganado en el concurso. Sus padres opinaban que mientras fuesen con Júpiter estaban seguros. También sabían que Worthington, el chófer, los acompañaba.

El enorme «Roll-Royce», con los faros encendidos, llegó al «Patio Salvaje» tan pronto oscureció y todos subieron a él. Júpiter poseía un mapa que mostraba el emplazamiento del Cañón Negro. Worthington lo examinó y dijo:

—Muy bien —y se puso en marcha.

Mientras se deslizaban por las colinas, girando curva tras curva, Júpiter dio las instrucciones finales.

—Esta visita —dijo—, es sólo para sacar la primera impresión. No obstante, si vemos algo fuera de lo normal, tomaré una instantánea. Si oyes sonidos, Pete, regístralos en el magnetófono.

—Si tengo que usarlo —aseveró Pete, mientras Worthington se desviaba a un estrecho sendero entre casi verticales laderas de dos montes—, todo lo que oiréis serán dientes que castañetean.

—Tú, Bob —continuó Júpiter—, esperarás en el coche nuestro

regreso.

—Ese cometido me gusta —afirmó Bob—. ¡Repámpanos, que oscuro está esto!

Aún ascendían el estrecho y serpenteante camino, sin advertir casa alguna por ningún lado.

—Quienquiera que lo llamara el Cañón Negro, supo lo que se dijo —comentó Pete.

—Parece que nos hallamos ante un obstáculo —observó Júpiter.

Una masa de rocas y grava bloqueaba el camino. Las montañas en aquella parte de California, si bien cubiertas espesamente de mezquite y otros arbustos, tienen muy poca hierba. Ello facilita que las rocas se desprendan y rueden hasta el camino. Y eso es lo que debió suceder esta vez, que una roca vino a detenerse en el sendero, aplastando algunas barras de hierro que en tiempos protegían el lado sobre el barranco.

Worthington detuvo el coche.

—Me temo que no podemos seguir más —informó—. Pero mi impresión, según el mapa, es que el cañón no se extiende más de cien metros.

—Gracias, Worthington. Vamos, Pete; recorreremos a pie el resto del camino.

Descendieron del vehículo.

—¡Regresaremos dentro de una hora! —gritó Júpiter a Worthington, que giraba cauteloso, para volver el coche.

* * *

—¡Sopla! —exclamó Pete, manifiestamente aprensivo—. Este lugar asusta.

Júpiter, agachado junto a él en la oscuridad, no contestó. Inspeccionaba atentamente lo que había ante ellos. Desde el oscuro y estrechó cañón, los dos muchachos observaron los trazos en penumbra de una estructura fantástica. Contra el firmamento estrellado, podía verse claramente una torre picuda. Pero a excepción de esta torre, el Castillo del Terror era casi invisible. Construido en una de las paredes del estrecho cañón, el edificio se hallaba envuelto en una impresionante sombra.

—Opino que tendríamos que venir de día —sugirió Pete—. Así

veríamos por dónde vamos.

Júpiter sacudió la cabeza.

—Aquí no sucede nada de día —dijo—. Es sólo de noche cuando este lugar asusta a la gente hasta la locura.

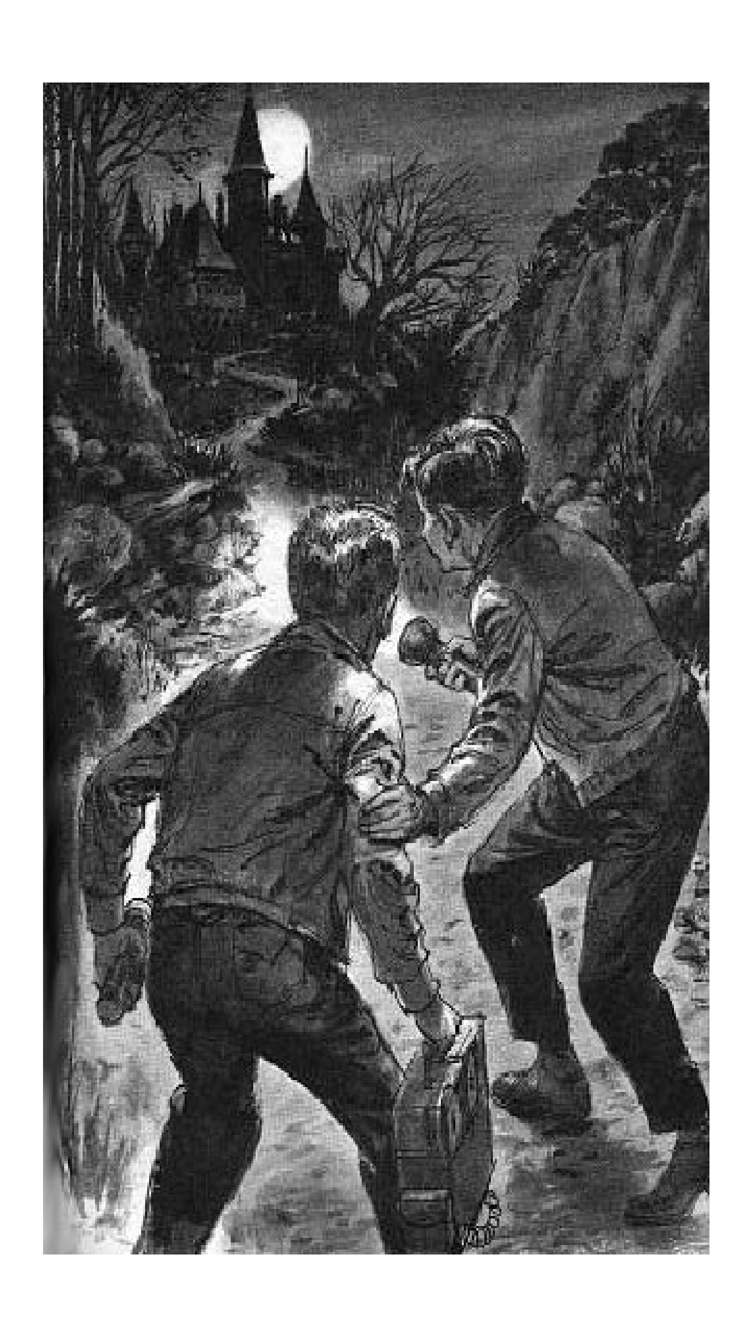
—¿Te olvidas de la gente del Banco? —argumentó Pete—. ¡Además, yo no quiero asustarme hasta la locura! Y ya medio lo estoy.

—Yo también —admitió Júpiter—. Me siento como si me hubiera tragado un puñado de mariposas.

—En tal caso, regresemos —exclamó Pete, aliviado—. Ya hemos hecho bastante por una noche. Corramos al Puesto de Mando a trazar nuevos planes.

—Ya he trazado mis planes —respondió su compañero, que se irguió—. Mis planes incluyen una hora de estancia en el Castillo del Terror esta noche.

Júpiter caminó con la linterna encendida. Pete corrió tras él.



—Nunca soñé que esto sería algo así —se lamentó—. De otro modo, jamás me hubiera convertido en investigador.

—Te encontrarás mucho mejor cuando hayamos resuelto el misterio. Pienso en el magnífico comienzo que será para nuestra empresa de investigación.

—Piensa tú en que se nos aparezca ese espíritu, ese Fantasma Azul, que encanta el lugar.

—Eso es exactamente lo que deseo —Júpiter golpeó la cámara fotográfica que colgaba de su hombro—. Si logramos semejante fotografía, nos haremos famosos.

—Supón que el fantasma nos caza a nosotros.

—¡Chist! —siseó Júpiter, deteniéndose y apagando la linterna.

Pete se quedó sumido en helado silencio, con la oscuridad alrededor de ellos.

Alguien —o algo— bajaba por el sendero directamente hacia ellos.

Pete se agachó. Junto a él, Jupe dispuso velozmente su cámara.

El ruido, producido por una piedra desplazada por algunos pies, estaba casi sobre ellos cuando el *flash* convirtió en día la noche. En la repentina iluminación, Pete vio dos enormes y rojizas pupilas que saltaban directamente sobre él. Algo peludo pasó entre ambos chicos, cayendo al camino, donde, rápidamente, se perdió de vista.

—¡Un conejo! —suspiró Júpiter desilusionado—. Lo asustamos.

—¡Lo asustamos! —rezongó Pete—. ¿Y qué te imaginas que hizo él conmigo?

—Efecto natural de un sonido y un movimiento misterioso en la noche sobre un sistema nervioso excitado —respondió su amigo—. ¡Adelante! —Júpiter tiró de Pete—. Ya no es preciso que avancemos con cautela, pues el *flash* habrá alertado al fantasma, si es que lo hay.

—¿Podemos cantar? —preguntó Pete; que seguía a Júpiter de mala gana—. Si cantamos en voz alta; «Un elefante se columpiaba en una tela de araña…», no oiremos el arrastre de cadenas o gemidos del fantasma.

—No es aconsejable pasar de uno a otro extremo —replicó su amigo—. ¡Queremos oír el arrastre de cadenas y los gemidos… tanto como los gritos, suspiros, roces, y, en fin, todo cuanto se supone que se oye en una casa encantada!

Pete refrenó su impulso de responder que no tenía el más absoluto deseo de oír gemidos, lamentos, chillidos, roces, suspiros ni arrastre de cadenas. Hubiera sido inútil. Cuando Júpiter se empeñaba en algo, lo hacía. Era tan inamovible en sus ideas como una roca gigantesca.

A medida que se acercaba al viejo castillo, éste se engrandecía, viéndose más lúgubre y menos deseable. Pete intentó olvidar todas las raras historias que Bob contaba.

Salvado un último tramo de rocas desmoronadas, ambos amigos penetraron en el patio principal del Castillo del Terror.

—¡Ya hemos llegado! —dijo Júpiter, deteniéndose.

Una torre subía recta hacia el firmamento encima de ellos. Otra, más pequeña, parecía quererlos asustar. Las ventanas rotas eran como ojos ciegos que reflejaban la luz de las estrellas.

De repente, algo voló por encima de sus cabezas. Pete se agachó.

—¡Rayos y centellas! —Casi gritó—. ¡Un murciélago!

—Los murciélagos sólo comen insectos —recordó Júpiter—. Nunca personas.

—Quizás éste quiera cambiar su dieta. ¿Para qué exponerse?

Júpiter señaló el amplio portal y la enorme puerta labrada.

—Mira esa puerta —dijo—. Ahora, sólo nos resta cruzarla.

—Si mis piernas lo consienten. Me temo que prefieren correr hacia atrás.

—También las mías. Pero ellas obedecen mis órdenes. ¡Vamos!

Avanzaron a pasos largos. Pete no podía consentir que su amigo entrara solo en un lugar como el Castillo del Terror. Eso lo decidió.

Ascendieron unos viejos peldaños de mármol y cruzaron una terraza enladrillada. Cuando Júpiter iba a tocar el pomo de la puerta, Pete le cogió de un brazo.

—¡Espera! ¿No oyes una musiquilla?

Escucharon. Durante un momento tuvieron la impresión de haber oído unas notas brujas, como si procedieran de un millón de kilómetros de distancia. Luego, en la oscuridad, distinguieron fácilmente ruidos nocturnos de insectos y piedrecillas que se desprendían de una de las laderas del cañón.

—Mera imaginación —afirmó Júpiter, si bien no muy seguro de ello—. Posiblemente oímos la música de un aparato de televisión que resonaría en el cañón. Quizás eso que llaman fenómeno

acústico.

—Fenómeno acústico tal vez —murmuró Pete—. Pero ¿y si era el viejo órgano del castillo tocado por el Fantasma Azul?

—Entonces, con toda certeza, deseamos escucharlo. Entremos.

Júpiter giró el pomo de la puerta. Tras un largo *criiiiiiic*, que heló la sangre de Pete, se abrió. Antes de que se volatilizaran sus restos de valor, siguieron por un largo y oscuro recibidor, jugando con los destellos de sus linternas delante de ellos.

Cruzaron umbrales abiertos, llenos de sombras, a través de los cuales eran azotados por corrientes de aire húmedo. Así llegaron a un gran vestíbulo de dos pisos de alto. Júpiter se detuvo.

—¡Ésta es la sala principal! —dijo—. Nos quedaremos una hora. Luego nos iremos fuera.

—*¡Fuera!* —susurró en sus oídos una voz baja y aterradora.

Capítulo 5

¡Ecos de muerte!

—¿Oíste algo? —preguntó Pete—. ¡El fantasma dice que nos vayamos! Hay cosas que no han de repetirse dos veces.

—¡Espera! —Júpiter lo cogió por la muñeca.

—*¡Espera!* —repitió la voz fantasmal, más audible ahora.

—¡Ya me lo supuse! —exclamó Júpiter—. Sencillamente, el eco de nuestras voces. Esta sala es muy alta, como ves, y circular. Las paredes en círculo son estupendas superficies que devuelven los sonidos. El señor Terrill lo construyó así adrede. Ésta es la Sala de los Ecos.

Estaba en lo cierto. Y, desde luego, resultaba impropio asustarse del eco.

—Bromeaba —respondo humorístico Pete—. Desde el principio supe que era el eco —se rió en voz alta para demostrarlo.

Instantáneamente una risotada espantosa se alzó alrededor de ellos. Era como si las paredes tuvieran risa propia.

—*¡Ja-ja-ja-ja-ja-ja! ¡Jo-jo-jo-jo-jo-jo!* —El sonido murió en una especie de risita burlona. Pete se atragantó.

—Pero… ¿hice yo eso?

—Lo hiciste —susurró su amigo—. ¡Por favor, no vuelvas a intentarlo!

—¡Descuida! —musitó Pete.

—Ven acá —Júpiter lo llevó a un lado—. Ahora podemos hablar. El eco sólo se produce cuando estás exactamente en el centro de la sala. Quise probarlo como posible fuente de manifestaciones sobrenaturales mencionadas por algunos testigos del pasado.

—¿Y no me lo advertiste?

—La Sala de los Ecos está claramente mencionada en el informe de Bob. Ocurre que tú no leíste bien.

—Leí lo de la familia del Este que se pasó la noche aquí y luego no fue vista jamás de los jamases.

—Lo más probable es que regresara al Este. No obstante, parece cierto que nadie ha pasado más de una noche entera en este edificio en los últimos veinte años. Nuestro trabajo consistirá en saber qué asustó a tales personas. Si fue un fantasma auténtico, o el espíritu de Stephen Terrill, habremos realizado un importante descubrimiento científico.

—¿Qué otra cosa podría ser? —preguntó Pete.

Su linterna recorría las piedras que formaban las paredes circulares de la sala. Así vio una escalera que subía al piso de arriba. Pete no sintió ningún deseo de pisar sus escalones. Vio también tapices en las paredes, y bancos de madera labrada.

Había cuadros colgados por todas partes. El haz luminoso fue posándose en uno tras otro. Parecían ser retratos del mismo hombre con trajes distintos: de noble inglés, de bandido, de payaso, y de tuerto pirata.

Pete comprendió que se trataba de Stephen Terrill, en varias de sus mejores interpretaciones en los tiempos del cine mudo.

—He calibrado mis propias sensaciones —aseguró Júpiter—, y, de momento, no estoy muy asustado. Si acaso, un poco impresionado.

—Yo también —aceptó Pete—. Desde la jugarreta del eco, parece mucho más vieja la casa.

—Por lo general —prosiguió pensativo su amigo—, se requiere algún tiempo para que el Castillo del Terror se manifieste cual es, para quien penetra en él. Al principio sientes una vaga intranquilidad. Esto va seguido por una sensación de nerviosismo, que progresa hasta franco terror.

Pete sólo oyó la mitad de la observación. Reseguía con su luz los cuadros de la pared, cuando vio algo que le produjo una repentina sensación de intranquilidad seguida de gran nerviosismo.

¡El ojo único del pirata tuerto lo estaba mirando! El ojo enfermo aparecía tapado con un parche negro. Pero el sano, definitivamente, miraba hacia él. Poseía una luminosidad rojiza, y Pete lo vio

parpadear.

—¡Jupe! —La voz le salió agarrotada—. ¡Aquel cuadro! ¡Nos está mirando!

—Mera ilusión. Cuando un artista pinta a un individuo con los ojos mirando recto, siempre parece que miran a uno, doquiera que estés en la habitación —explicó Júpiter.

—¡Pero ése no es un ojo pintado! —protestó Pete—. Es un ojo de verdad. ¡No es pintado!

—Me temo que estás en un error. Es un ojo pintado. Nos acercaremos a comprobarlo.

Se acercaron al cuadro. Ambos enfocaron sus linternas a la pintura, y Pete pudo ver que Júpiter tenía razón; era un ojo pintado. Muy real, pero no brillaba del modo que lo hace un ojo de verdad.

—Supongo que me equivoqué —admitió—. Ciertamente, pensé que parpadeaba… ¡Eeeeeh! —Fue casi un grito ahogado—. ¿Sientes lo que yo?

—Siento frío —confirmó Júpiter, desconcertado—. Hemos entrado en una zona de baja temperatura. Claro que los lugares fríos abundan en cualquier casa encantada.

—Entonces ésta lo está —afirmó Pete, castañeteándole los dientes—. Siento una fría corriente de aire, como si todo un desfile de fantasmas pasara por mi lado. Tengo la carne de gallina. ¡Estoy asustado! ¡Estoy totalmente asustado!

Se quedó muy quieto, intentando controlar sus dientes. ¿De dónde procedía aquella corriente helada? De repente, vio cómo se formaban en el aire transparentes nubéculas de niebla, como si se tratase de un espíritu a punto de materializarse. La desagradable sensación transformada en extrema nerviosidad, se trocó en insufrible terror.

Pete se giró sin habérselo propuesto. Fueron sus pies, guiados por un reflejo misterioso, quienes lo llevaron en línea recta a la entrada principal del Castillo del Terror, en busca de la vereda, donde corrió como un gamo perseguido.

Tras él galopaba Júpiter Jones. Era la primera vez que veía a su compañero huir de algo.

—¡Creí que tus piernas aceptaban tus órdenes! —gritó.

—Así lo hacen. ¡Les ordené que corrieran!

Ambos parecían disputar reñida competición. Sus linternas encendidas proyectaban focos de luz danzantes, mientras dejaban atrás el silencioso Castillo del Terror. Los dos amigos eran presa de incontrolable, terrible y escalofriante sensación de temor.

Capítulo 6

Una llamada telefónica fantasmal

Pese a tener las piernas más largas, Pete apenas lograba mantenerse pegado a su veloz compañero. De pronto, su corazón saltó deseoso de correr más aprisa. ¡Alguien los perseguía!

—¡Alguien… —jadeó—, alguien… nos persigue!

Júpiter sacudió la cabeza.

—¡Son… los ecos… de la pared!

Para Pete los pasos que oía no eran producto del eco.

Tampoco sonaban como pasos de ser humano. En aquel momento dejaron atrás el muro, y de repente, los pasos no se oyeron. De nuevo Jupe tenía razón: eran sólo ecos.

Pero no fue un eco lo que provocara en ellos aquel sentimiento de terror, y que a él, Pete, lo atenazara en la gran sala del castillo. De eso estaba seguro. Tan seguro como de que no dejaría de correr ni por mil dólares.

Aminoraron la carrera al llegar al sitio donde el camino se estrechaba. Sin embargo, ninguno de los dos pensó en restablecer un paso normal.

Giraron el recodo, y el oscuro y singular edificio ya no fue visible. Delante, lejos, allá en el valle, las luces de Los Ángeles parpadeaban.

A cien metros de distancia vieron el coche aparcado con su chófer inglés al volante.

Pete y Júpiter redujeron velocidad hasta convertir su marcha en un trote. De repente, y tras ellos, sonó un agudo chillido, penetrante, con extraño sonido de gorgoteo balbuciente como si… Pete no quiso imaginarse de qué garganta había salido aquel

chillido tan raro.

Llegaron al gran «Rolls-Royce» que los aguardaba, cuyos dorados y demás partes metálicas brillaban a la luz de la luna. Alguien abrió la puerta y Pete se introdujo con tanta premura que terminó encima de Bob, seguido de Júpiter, que vino a engrosar el lío de piernas, manos, cabezas y cuerpos sobre el asiento trasero.

—¡Worthington! —gritó Júpiter—. ¡Llévenos a casa!

—Muy bien, Master Jones —respondió el inmutable conductor.

El gran coche ronroneó suave y no tardó en deslizarse hacia el valle, cada vez más de prisa.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Bob, que había quedado entre sus dos amigos—. ¿Qué fue aquel grito?

—No lo sé —respondió Júpiter.

—¡Ni quiero saberlo! —intervino Pete—. ¡Si alguien lo sabe, espero que no me lo diga!

—Pero ¿qué sucedió? —insistió Bob—. ¿Visteis al Fantasma Azul?

Júpiter sacudió la cabeza.

—No vimos nada. Y, no obstante, algo nos asustó como a unos tontos.

—Puntualicemos —habló Pete—. Ya estábamos tontos, pero algo nos asustó de modo que nos atontó más aún.

—¿Supone eso que de verdad está encantado el castillo? —inquirió Bob, ansioso—. ¿Son ciertas las historias que se cuentan?

—Para mí no hay dudas en cuanto a que es el cuartel general de todos los espíritus, fantasmas y almas en pena de América —declaró Pete, respirando más normal a medida que el coche los acercaba a su destino—. ¡Nunca más volveremos allí! ¿Verdad, Júpiter?

El jefe se hallaba recostado con el labio inferior entre el pulgar y el índice, signo inequívoco de profunda mediación.

—Nunca más volveremos allí, ¿verdad? —repitió Pete esperanzado.

Júpiter no parecía oírlo. Miró a través de la ventanilla del coche lanzado en veloz carrera y continuó presionándose el labio, sin responder.

Finalmente, el «Rolls» se detuvo frente al «Patio Salvaje» de los Jones. El primer investigador dio las gracias a Worthington, y lo despidió.

—Espero que tenga mejor suerte la próxima vez, Master Jones —dijo el chófer—. Me entusiasma esta clase de servicios. En verdad que resulta muy distinto a conducir a gruesos banqueros y a ricas señoras ancianas.

Se alejó con el coche, y Júpiter pasó con sus amigos al patio. Sus tíos, Titus y Mathilda, estaban en el interior de la casita aneja al patio. Los muchachos los vieron a través de la ventana abierta, sentados ante la televisión.

—Aún es temprano —dijo Júpiter—. Regresamos de nuestra expedición más pronto de lo previsto.

—Pero menos pronto de lo que yo hubiera deseado —respondió Pete.

Ambos se hallaban muy pálidos. Sin embargo, el tenaz Júpiter nunca admitía sentirse asustado.

—Imagino que registrarías aquel grito. Si es así, podemos escucharlo ahora e intentar identificarlo.

—¿Imaginas que registré el grito? —exclamó Pete—. ¡Corría, no registraba! ¿O es que no te enteraste?

—Te ordené que registrases todos los sonidos no habituales. Claro que, dadas las circunstancias concurrentes no se te puede culpar.

Los tres amigos se dirigieron a «Los Tres Tranquilos», nombre clave para la entrada más fácil al puesto de mando. Se trataba de una gran puerta de roble, que aparecía sobre grandes bloques de granito de un edificio derribado.

Júpiter se adelantó y cogió una gran llave de hierro oxidada que había en una caja destartalada, incapaz de atraer dos veces la mirada de cualquier persona. Abrió la puerta de roble y todos pasaron al interior de una caldera de hierro procedente de alguna máquina monstruo. Caminaron por ella, ligeramente agachados, y en el otro extremo salvaron a rastras una puerta redonda que daba directamente al puesto de mando. Júpiter encendió la luz y todos se sentaron alrededor de la mesa.

—Bien —dijo—, ahora procede estudiar todo lo ocurrido. Pete, ¿qué te hizo correr del Castillo del Terror esta noche?

—Nada me hizo correr. Corrí porque quise hacerlo.

—Formularé de modo distinto la pregunta. ¿Qué hizo que tú quisieras correr?

—En tal caso diré que fue en la Sala de Ecos donde empecé a sentirme desasosegado. Después de un rato, me sentía extrañamente nervioso. De repente, el extremado nerviosismo se transformó en terror y en apremiante necesidad de correr.

—¡Hum! —Júpiter se apretó el labio inferior—. Tu experiencia fue exactamente igual a la mía. Primero desasosiego, luego nerviosismo y después franco terror. Pero ¿qué es lo que sucedió en realidad? Oímos algunos ecos… sentimos una fría corriente de aire…

—Una superhelada corriente de aire —corrigió Pete—. ¿Y qué decir del cuadro que me miraba con un ojo de verdad?

—Probablemente sólo fue imaginación —replicó Júpiter—. En realidad, no vimos ni oímos nada que justifique nuestro miedo. Y, no obstante, nos asustamos. La pregunta es: ¿por qué?

—¿Y preguntas «por qué»? —inquirió Pete—. Cualquier casa vieja y desierta resulta atemorizadora, y este castillo impone tanto que asustaría al más pintado.

—Quizás ésta sea la respuesta —aceptó Júpiter—. Debemos volver a visitar el Castillo del Terror y…

Sonó el teléfono.

Los tres lo miraron. El teléfono jamás había sonado antes. Hacía menos de una semana que lo habían instalado. Júpiter lo consideró necesario para la buena marcha del negocio. Los gastos serían pagados con el dinero que les proporcionaba la reparación de artículos de la cacharrería. El teléfono fue inscrito a nombre de Júpiter, pero, naturalmente, aún no constaba en el listín. La verdad era que nadie conocía su existencia, y, no obstante, ¡alguien llamaba!



Volvió a sonar. Pete tragó saliva.

—Bueno, contesta —dijo.

—Lo haré —Júpiter lo cogió—. ¿Diga? ¿Diga?

Mantuvo el auricular junto a un micrófono que había hecho con piezas de un viejo aparato de radio. Así, todos podrían oír la conversación. Pero, cosa extraña, sólo escucharon un rumor muy lejano.

—¿Diga? —repitió el primer investigador.

Tampoco obtuvo respuesta. En vista de ello colgó el auricular.

—Probablemente se equivocaron —explicó—. Bien, decía…

El teléfono volvió a sonar.

Se miraron. Júpiter lo cogió sobresaltado.

—¡Diga! ¡Diga!

De nuevo oyeron el extraño zumbido, lejano y solitario. Luego captaron una voz gangosa, como si su dueño hiciera muchos años que no hablase y le costase mucho decir algo.

—*Manteneos*… —Y, como si realizase un gran esfuerzo, añadió una segunda palabra—: *alejados*…

Luego la voz murió, como en un largo jadeo, y de nuevo sólo se oyó el lejano y tembloroso zumbido.

—¿Alejados de qué? —preguntó Júpiter.

Nadie respondió. El único sonido perceptible era el apagado zumbido.

Júpiter colgó. Durante largo rato ninguno dijo nada. Al fin, Pete se puso en pie.

—Tengo que irme a casa. Acabo de recordar algo pendiente que hacer.

—Yo también —Bob se puso en pie de un salto—. Te acompaño.

—Posiblemente, mi tía Mathilda necesite que le haga algunos encargos —dijo Júpiter, que también se levantó.

Tanto se apresuraron a abandonar el puesto de mando que los tres llegaron al unísono a la puerta, donde hubo un corto forcejeo para salir.

La voz desconocida no acabó la frase. Pero a ellos no les costó nada imaginarse lo que el hombre, la cosa, o lo que fuera, había intentado decirles:

«Manteneos alejados del Castillo del Terror».

Capítulo 7

¡Atrapados!

—Tenemos un problema —dijo Júpiter a Pete a la siguiente mañana.

Ambos se hallaban sentados en la oficina del puesto de mando. Bob estaba en la biblioteca. Júpiter parecía estudiar una hoja de papel, cuando añadió:

—En realidad, tenemos dos problemas.

—Puedo decirte cómo resolver esos problemas —dijo Pete—. Coge el teléfono y di al señor Hitchcock que hemos decidido no buscarle la casa encantada. Dile que nos convertimos en grandes gallinas en cuanto nos acercamos a una. Dile que nuestras piernas se sincronizan admirablemente a la hora de correr.

Júpiter hizo caso omiso de la sugerencia.

—Nuestro primer problema es averiguar quién llamó por teléfono anoche.

—Quien no —arguyó Pete—. Qué… ¿Un fantasma, un alma en pena… o un espíritu?

—Los espíritus —respondió su amigo—, que yo sepa, no emplean los teléfonos. Ni los fantasmas, ni almas en pena.

—Eso era antes —afirmó Pete—. ¿Por qué no han de amoldarse a cada, época y modernizarse también? Aquella voz de anoche no me pareció voz humana.

Júpiter se estremeció y sus redondos rasgos mostraron sobresalto.

—De acuerdo —dijo—. La cosa se complica por el solo hecho de que no vimos un alma viviente en nuestra visita al Castillo del Terror.

—¿Y qué me dices de las almas que no viven? —preguntó Pete.

—Si el Castillo del Terror está de veras encantado —siguió Júpiter—, hemos de comprobarlo. Sería una pluma en nuestras boinas. Tenemos que saber más de Stephen Terrill. Si fue él quien maldijo el castillo, presumiblemente será su espíritu el que lo habita.

—Bueno, eso parece razonable —admitió Pete.

—Nuestro primer cometido ahora es localizar a alguien que haya conocido a Stephen Terrill en sus días de actor del cine mudo, y que nos hable de éste.

—¡De eso hace muchísimo tiempo! —exclamó Pete.

—Nos parece muchísimo tiempo debido a nuestros años —respondió Júpiter—. Tiene que haber mucha gente en Hollywood que lo conociera.

—Seguro, seguro. Nómbrame a dos.

—Nuestra mejor pista a seguir será la del agente comercial del señor Terrill, *el Murmurador*.

—*¿El Murmurador?* ¿Qué clase de nombre es éste?

—Se trata de un apodo. Su nombre es Jonathan Rex. Aquí tienes una foto de él.

Júpiter le entregó una fotografía que Bob había fotocopiado en la biblioteca, de un periódico antiguo. Mostraba a un hombre bastante alto, de cabeza calva, con una larga y fea cicatriz a lo largo del cuello. Estrechaba las manos a un sujeto más bajo, de aspecto agradable, pelo castaño y sonrisa simpática. El más alto tenía ojos oblicuos y aspecto feroz.

—¡Castañas! —exclamó Pete—. ¿Así era Stephen Terrill en vida? No necesitaría fingir para asustar a la gente. Esa cicatriz y esos ojos harían temblar a cualquiera dentro de sus calzones.

—Miras al que no es. El señor Terrill es el más bajo, el inofensivo y amistoso.

—¿Éste? —exclamó sorprendido Pete—. ¿Y con esa cara representaba todos aquellos monstruos feroces?

—Tenía una cara muy normal, pero la retorcía de tal modo que nadie le superaba a la hora de representar a un sujeto diabólico —explicó Júpiter—. El pie de la fotografía dice, por si no te lo has leído…

—Me concentré en la visión fantasmal —confesó Pete.

—Bueno, dice que, fuera de escena, Stephen Terrill, debido a su ceceo, era tan vergonzoso que apenas hablaba a la gente. Por eso encargó al *Murmurador* sus relaciones. Éste no tenía dificultad en lograr las mejores condiciones para su cliente.

—Apuesto a que no —dijo Pete—. Parece capaz de sacar un cuchillo en cuanto alguien se niegue.

—Si podemos localizarlo, seguro que nos dirá las cosas que necesitamos saber.

—Seguro… si quiere. ¿Sabes ya cómo localizarlo?

—Los listines de teléfonos. Puede que aún viva en esta región.

Fue Pete quien halló el nombre.

—¡Aquí está! —exclamó—. Jonathan Rex. 915 Winding Valley Road. ¿Le telefoneamos?

—Creo más conveniente visitarle sin anunciarnos. Telefonearemos para pedir el coche.

—Fue un golpe de fortuna ganar ese coche —dijo Pete mientras Júpiter telefoneaba—. Odio pensar en qué haremos cuando se acabe el plazo de treinta días.

—Tengo ciertos planes —respondió su amigo—. No obstante, eso queda para el futuro. Ahora lo importante es decir a mi tía que llegaré tarde a cenar.

Tía Mathilda aceptó guardarles cena. Pero cuando Worthington y su enorme y brillante coche aparecieron frente al «Patio Salvaje», la buena mujer sacudió la cabeza.

—Vaya, vaya —dijo a su sobrino—. Eso de viajar en un automóvil fabricado para un pacha árabe, te estropeará. ¿Oyes lo que te digo?

Semejante perspectiva no preocupaba ni poco ni mucho a Júpiter cuando se acomodó en el asiento suntuosamente tapizado.

Worthington examinó varios mapas antes de anunciar que había hallado Winding Valley Road. Se encontraba algo alejado al otro lado de las colinas. Ya en marcha el vehículo, Júpiter tuvo una de sus frecuentes inspiraciones.

—Creo que esta carretera pasa cerca de la entrada del Cañón Negro.

—Sí, Master Jones —corroboró el chófer—. Justo antes de que empecemos a subir las colinas.

—En tal caso me gustaría visitar el Cañón Negro. Hay algo que

deseo averiguar.

Precisaron de poco rato para llegar a la boca del estrecho cañón, del cual huyeron tan precipitadamente la noche anterior. De día mostraba mejor aspecto, si bien sólo un poco mejor. Cuando llegaron a la barandilla, donde precisamente se hallaba el corrimiento de rocas que obstruía el camino, Worthington exclamó:

—¡Miren! ¡Huellas de neumáticos sobre las de nuestro coche! No quise alarmarles anoche Master Jones, pero tuve la impresión de que éramos seguidos.

¿Seguidos? Pete y Júpiter se miraron.

—Otro misterio que necesita ser aclarado —dijo el primer investigador—. Si bien puede esperar. En este momento prefiero investigar los alrededores del Castillo del Terror.

—¡Estupendo! —Aplaudió su amigo—. Inspeccionar los alrededores no me pone la carne de gallina.

De día era más fácil llegar al Castillo del Terror.

—¡Y pensar que vinimos a este lugar de noche! —exclamó Pete.

Júpiter y su compañero rodearon el edificio, explorándolo.

—Buscamos evidencia de que seres humanos empleen este lugar como escondite —dijo—. De ser cierto, seguro que habrá huellas, como suciedad, puntas de cigarrillo y otros restos.

Un minucioso reconocimiento de los alrededores resultó infructuoso. Cansados, se detuvieron a reponer fuerzas.

—En definitiva, que no hay huellas de seres humanos que entren o salgan de aquí —dijo Júpiter satisfecho—. Si el castillo está habitado, sus inquilinos sólo pueden ser fantasmas. ¡Precisamente, eso es lo que nosotros pretendemos demostrar!

—Estoy dispuesto a creerlo sin necesidad de prueba alguna —dijo Pete.

Unos gritos inconfundiblemente humanos les hicieron girarse y mirar hacia el camino que subía al Castillo del Terror. De repente vieron dos figuras que huían dando gritos de terror. Uno de los fugitivos tropezó y se cayó a tierra. Algo brillante voló de su mano. Quien fuera, no se preocupó de su pérdida, pues se puso en pie de un salto y corrió detrás de su compañero.

—Bueno, admito que ésos no eran fantasmas —dijo Pete, una vez disminuida la sorpresa inicial—. Pero se portaron como si acabasen de tropezarse con ellos.

—Rápido —apremió Júpiter, corriendo hacia el camino—. ¡Tenemos que identificarlos!

El segundo investigador lo siguió. Los dos que corrían delante se habían perdido de vista. Júpiter llegó al sitio donde se cayera uno de ellos, y recogió la linterna, que mostraba grabadas las iniciales «E.S.N.».

—E.S.N. —leyó Júpiter—. ¿A quién te recuerda?

—¡E. Skinner Norris! —explotó Pete—. ¡Skinny Norris! ¡Pero es imposible! ¿Cómo diablos puede estar aquí?

—Recuerda que Skinny estuvo tras Bob en la biblioteca, y que éste perdió una de nuestras tarjetas. Tampoco te olvides de que Worthington cree que anoche nos seguía otro coche. Tal vez Skinny intenta averiguar lo que nos proponemos, para fastidiamos.

—Sí —convino Pete—. Skinny haría cualquier cosa por superarte aunque sólo fuera una vez. Pero si entró con uno de sus amigos en el Castillo del Terror. Ciertamente salieron con mucha prisa —se rió.

Júpiter tenía el aspecto grave, mientras se guardaba la linterna.

—Nosotros también salimos con mucha prisa —recordó a su amigo—. La diferencia estriba en que nosotros volveremos a entrar, mientras que Skinny no lo intentará más. Bueno, he decidido entrar ahora mismo y darle un vistazo a la luz del día.

Antes de que Pete pudiera protestar, un sonido de aplastamiento sonó encima de ellos, obligándolos a levantar la cabeza.

Una enorme roca descendía saltarina por la empinada ladera del cañón, hacia ellos.

Pete quiso agacharse, pero Júpiter lo sujetó.

—¡Esperad! Fallará por varios metros.

Y así fue. Rebotando en el suelo con formidable estruendo, a diez metros de ellos, rompió el firme del camino y siguió ladera abajo.

—Si eso nos toca —dijo Pete—, el Castillo del Terror hubiera tenido nuevos fantasmas esta noche.

—¡Mira! —Júpiter lo agarró por el brazo—. Hay alguien en aquella ladera ocultándose entre los arbustos. Apostaría que es Skinny Norris quien desde allí nos soltó la piedrecilla.

—Si lo hizo —replicó Pete furioso—, le enseñaré mejores modales. ¡Vamos a por él, Jupe!

Nuestros héroes iniciaron la escalada de la rocosa pared del cañón, entorpecidos por piedras sueltas y maleza. Encima de ellos, la figura del agresor empezó a retroceder. Rodearon un macizo rocoso y se detuvieron a recuperar aliento. Entonces vieron una estrecha abertura en la piedra, posible consecuencia de un terremoto que debió de estremecer la montaña en época lejana.

Los dos amigos se acercaron a inspeccionar la grieta, y, de repente, un ensordecedor ruido los sobresaltó. Desde la cima, rodaban rocas y piedras hacia ellos.

Pete se quedó como petrificado. No así Júpiter, que actuó sin vacilación. Agarró a su amigo por el brazo y lo empujó a la estrecha hendidura, donde quedaron a salvo. Segundos después, con horrísonos estampidos que hacían estremecer la montaña, cayó una impresionante catarata de piedra por encima de la grieta que los cobijaba. Algunas piedras se deslizaron al interior del providencial refugio y otras muchas quedaron apiladas en la salida, formando una pared insalvable que los encerró en las entrañas de la tierra. El resto de piedras siguió hasta el camino.

Capítulo 8

El hombre de la cicatriz

Mientras el estruendo cesaba, los dos valientes se vieron sumidos en absoluta oscuridad. El aire estaba saturado de polvo seco.

—¡Jupe! —dijo Pete, tosiendo—. No podemos salir de aquí. ¡Estamos atrapados! ¡Nos ahogaremos!

—Respira a través de tu pañuelo hasta que el polvo se pose —aconsejó Júpiter, que palpó a su alrededor hasta que notó a su amigo en la oscuridad. Entonces apoyó una mano sobre su hombro y añadió—: No te preocupes por el aire. Esta hendidura debe estar muy profunda en el corazón de la montaña. Eso hace que la reserva de aire sea grande. Por fortuna, y gracias a Skinny, disponemos de una linterna.

—Desgraciadamente no podemos probar que fuera él quien nos echara las rocas encima —comentó Pete.

Un amplio destello de luz horadó la oscuridad. Lentamente, Júpiter trasladó el haz luminoso por las paredes de la cueva en que se hallaban. Era una cavidad de unos dos metros de alto por uno y medio de ancho. Hacia el fondo se estrechaba bruscamente hasta convertirse en una mera grieta, que si bien debía de prolongarse muchísimos metros, no era factible para pasar a través de ella.

En la misma boca de la cavidad había encajada una enorme roca. Otras piedras se amontonaban a su alrededor, mientras guijarros y tierra cubrían los espacios o junturas.

Júpiter comentó:

—La salida está obstruida por una formidable barricada.

—Incluso en momentos así tienes humor para definir las cosas. ¿Por qué no me dices cómo podremos salir? ¡Estamos atrapados!

—Yo no aseguraría tanto, pues eso tiene que demostrarse primero —respondió Júpiter—. Ayúdame a empujar estos peñascos y sabremos si se pueden mover.

No pudieron. Los dos prisioneros utilizaron sus hombros como arietes pero todo esfuerzo resultó vano. Jadeantes se detuvieron a recuperar aliento.

Pete se lamentó en tono lúgubre.

—Worthington vendrá a buscarnos. Pero, naturalmente, no dará con nosotros. Luego llamará a la policía y los *boy scouts* iniciarán la operación de rescate. Claro que no oirán nuestros gritos a través de tantas rocas, y antes de que nos encuentren pasará por lo menos una semana. Y luego… ¿Qué hacer? —se interrumpió.

Júpiter, de rodillas, inspeccionaba la prolongación interior con gran interés.

—Veo cenizas de un campamento debajo del polvo —dijo—. Evidentemente, en el pasado algún guerrero debió de usar esta hendidura como refugio.

Estiró el brazo y pasó la mano por encima del polvo. Sus dedos tocaron un palo de un metro aproximadamente de largo, por cinco centímetros de grosor. Resultó que tenía afilado uno de sus extremos y quemada la otra punta.

—Éste es el palo que usaba para asar la carne —explicó—. No me negarás que se trata de un hallazgo interesante.

Pete miró dubitativo el palo. Llevaba demasiado tiempo allí y era evidente su fragilidad.

—Es tan flojo que no sirve para desplazar las rocas —se quejó—. Si es eso en lo que piensas, pierdes el tiempo.

—Ésa no es mi idea.

Júpiter no era amigo de explicar sus proyectos. Generalmente gustaba de sorprender a los demás con los resultados positivos de su desarrollo. Pete no ignoraba esta peculiaridad de su camarada y, silencioso, se dispuso a esperar acontecimientos.

El primer investigador desprendió de su cinto la navaja suiza de ocho hojas y, abriendo la más larga, se puso a afilar la punta del palo. Minutos después, terminada esta operación, se puso a estudiar la pared de piedra y tierra que los mantenía encerrados. Enfocó la luz de la linterna sobre un tramo de pared, e insertó la punta del palo dentro de los cascotes. Pero no tardó en hallar resistencia. Esto

no lo desanimó y de nuevo hizo el experimento a pocos centímetros.

Pacientemente fue escarbando hasta descubrir un resquicio entre dos piedras relativamente pequeñas. El palo, presionado con suavidad, se introdujo en toda su longitud y cuando tiró de él arrastró tierra y piedrecillas.

Nuestros héroes advirtieron de inmediato la brillante luz del día que entraba por el agujero perforado. Esto animó a Júpiter, que persistió en su empeño, hasta limpiar las junturas de un pedrusco algo mayor que una pelota de balompié.

Satisfecho de su progreso, se volvió a Pete para darle instrucciones.

—Ahora, si tú empujas el lado inferior izquierdo de la piedra, hacia la derecha, creo que mi intento dará resultado.

Pete apuntaló sus pies en rocas sueltas, y empujó en el sentido recomendado por el primer investigador. Al principio la piedra ofreció seria resistencia. Pero no tardó en ceder y salirse de sitio para rodar ladera abajo, arrastrando una docena más de piedras, que dejaron un boquete de casi sesenta centímetros en lo alto de la entrada a la cueva.

—¡Jupe, eres grande! —exclamó Pete.

—Por favor —se excusó éste, visiblemente emocionado—, no me alabes. Sólo he puesto a prueba mi inteligencia.

—Conforme, Jupe. Pero tu inteligencia nos va a sacar de aquí en cuanto nos deslicemos por este agujero.

Finalmente consiguieron salir, y al sacudirse la suciedad, Pete exclamó sobresaltado:

—¡Cáspita! ¡Mira qué facha tenemos!

—Podemos lavarnos manos y cara y cepillarnos en alguna estación de servicio —afirmó Júpiter—. Después continuaremos viaje a la residencia del señor Rex.

—¿Piensas todavía en ir a la casa del señor Rex? —preguntó Pete.

Júpiter ya se dirigía hacia el camino, que entonces se veía obstruido por un mayor número de piedras.

—Iremos —respondió—. Es demasiado tarde para entrar en el Castillo del Terror. Nos resta poco tiempo disponible y prefiero visitar al señor Rex.

Worthington, al verlos, emitió una exclamación de alivio. El hombre había estado paseándose inquieto junto al coche.

—¡Master Jones! Empezaba a preocuparme. ¿Han tenido dificultades? —preguntó al observar el estado de sus manos, caras y ropas.

—Nada grave. Pero, dígame, ¿vio salir a dos muchachos del Cañón Negro hará unos cuarenta minutos?

—Hace más tiempo —contestó mientras subían al coche—. Los dos chicos aparecieron corriendo, pero al verme se desviaron por la maleza, donde debieron dejar oculto un coche, pues poco rato después salió un *sport* azul a toda velocidad.

Nuestros amigos se miraron y asintieron. El coche de Skinny era un *sport* de color azul.

—Después de eso —añadió Worthington—, oí el ruido de un corrimiento de rocas. Tengo órdenes de no separarme por nada del coche, pero si hubieran tardado un poco más habría ido a buscarlos.

—¿Quiere decir que el ruido de las rocas se produjo después de que los dos chicos se fueran? —preguntó Júpiter.

—Sí, así es. ¿Dónde vamos ahora, Master Jones?

—Al número 915 de Winding Valley Road —indicó el primer investigador, acentuando su aire de despiste.

Pete comprendió el motivo que intrigaba a su amigo. Si Skinny y su compañero se habían marchado antes del desprendimiento de rocas, ¿quién las había empujado contra ellos dos?

El segundo investigador observó a su jefe, que se presionaba el labio, sumido en meditaciones.

—Parece que hemos resuelto el misterio de las otras huellas de neumáticos —comentó Júpiter—. Evidentemente, fue el coche de Skinny. Pete, entonces, ¿a quién vimos en el cañón después de que éste y su amigo se marcharan?

—Quizá fuera un enano que viva allí —sugirió Pete—. De la que sí estoy seguro es que no se trata de un aparecido, fantasma o espíritu.

—Desde luego se trata de un ser humano —aceptó Júpiter—. Cuando lleguemos a una estación de combustible, Worthington, deténgase, pues hemos de asearnos.

Poco después, nuestros detectives se adecentaban en una estación de servicio. Luego siguieron viaje por una larga cordillera,

descendieron a un valle y no tardaron en divisar Winding Valley Road. Desembocaron en una amplia y hermosa avenida flanqueada de lujosos edificios. Pero a medida que avanzaban por ella, ésta se hacía más estrecha y serpenteante. Aquella vía principal se transformó en camino emparedado por casi verticales laderas, donde de cuando en cuando aparecía un pequeño *bungalow*.

Pero Winding Valley Road se extendía aún más hasta terminar en una abrupta falda de montaña, donde había una pequeña plaza que apenas permitía el giro de retorno de un vehículo.

Worthington detuvo el coche.

—Hemos llegado al fin del camino —dijo—. Pero no veo casa alguna.

—Allí hay un buzón —exclamó Pete—. Dice: Rex 915. La casa tiene que estar cerca.

Los dos amigos rodearon a pie el buzón de correos, y casi oculta por la maleza, vieron una escalera de estrechos peldaños de piedra que ascendía a la colina entre arbustos y matorrales. No tardaron mucho en divisar allá abajo, a sus pies, el «Rolls» dorado.

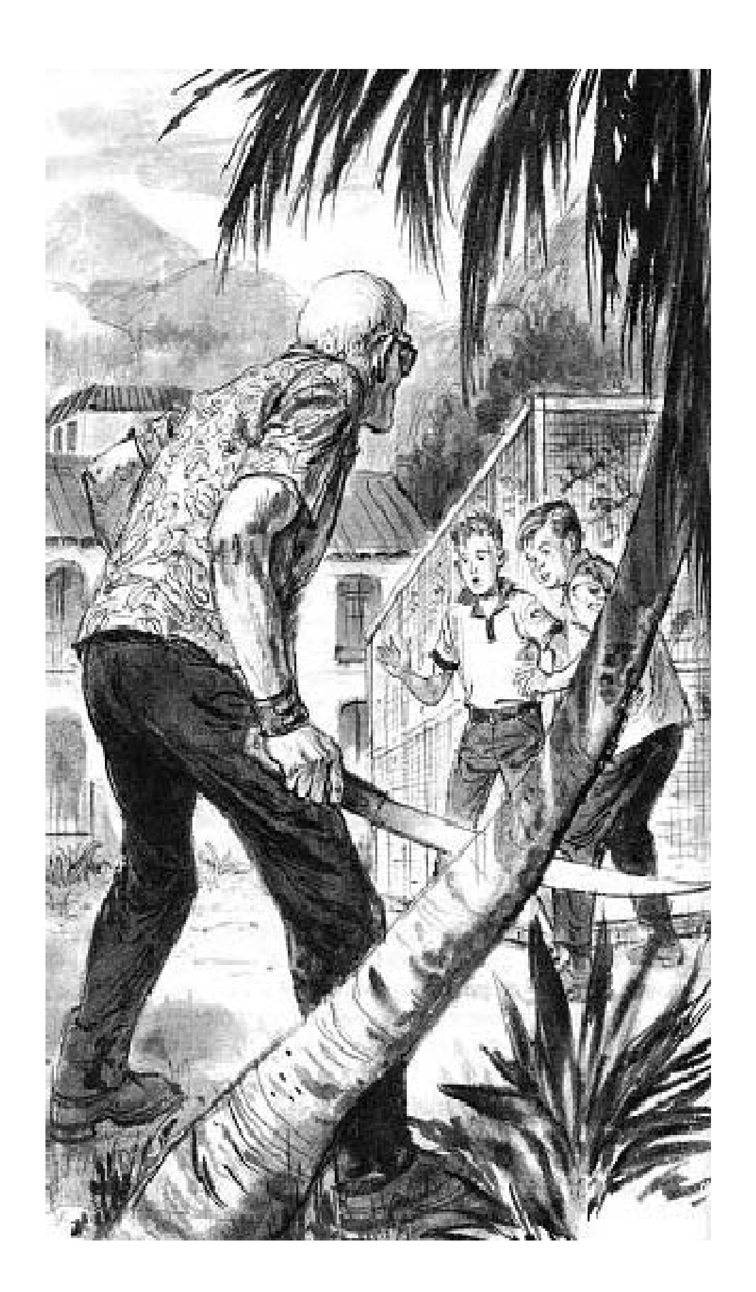
Después de rodear un pequeño bosque, descubrieron un *bungalow*, literalmente pegado a la falda de la colina, con techo de tejas rojas. A un lado de la construcción hallaron varias jaulas muy grandes con cientos de periquitos de cola larga que volaban de barras a columpios, entre chillidos constantes.

Los muchachos se detuvieron a mirar con ojos sorprendidos los pájaros de brillantes colores. De repente, oyeron pasos detrás de ellos. Al girarse, se hallaron ante un hombre alto, de calva brillante y ojos ocultos detrás de enormes gafas negras. Una cicatriz lívida resaltaba en su garganta, por debajo de la oreja derecha hasta el hueso del pecho.

Su voz fue como un susurro siniestro.

—¡Quedaos quietos! ¡No deis ni un paso!

Paralizados, los dos investigadores observaron al hombre que se les acercaba con un gran machete en la mano izquierda, cuyo filo brillaba a la luz del sol.



Capítulo 9

Espíritus siniestros

El siniestro sujeto aparecido, de garganta marcada por una cicatriz, avanzó rápidamente hacia ellos.

—¡Quedaos inmóviles, chicos! —susurró—. ¡No os mováis si apreciáis en algo vuestras vidas!

Pete estimó que la advertencia era innecesaria. Él, personalmente, no hubiera podido moverse. De pronto, el machete hendió el aire entre ambos amigos y fue a clavarse en el suelo. El hombre gritó desconcertado:

—¡Fallé!

Luego se quitó las gafas, y sus ojos azules parpadearon amistosos. Eso lo hizo menos siniestro.

—Había una serpiente en la hierba detrás de vosotros, muchachos. Posiblemente era una cascabel, pues abundan por aquí. No logré alcanzarla con el machete, y huyó.

Con un pañuelo rojo y blanco se secó la frente y añadió:

—Vengo de cortar la maleza en la colina. Seca se transforma en peligro, pues resulta altamente combustible. Cortarla es un trabajo muy pesado. ¿Me acompañáis a tomar una limonada?

Su voz baja y ronca tornóse agradable para los muchachos. Sospecharon que su extraño sonido se debía a la herida que ahora sólo era cicatriz en su garganta.

Jonathan Rex los condujo a su *bungalow*. Entraron en una gran habitación dividida por un biombo. A un lado había sillones y una mesa en cuyo centro descansaba una jarra de refrescos. Detrás de la pantalla, más pájaros en jaulas alborotaban sin cesar.

—La cría de periquitos es mi único medio de vida —explicó el

dueño, mientras llenaba tres vasos de limonada.

Luego de entregar un refresco a cada chico, el hombre se excusó por dejarlos solos un momento, y entró en otra habitación.

Júpiter, pensativo, bebió limonada.

—¿Qué opinas del señor Rex?

—Te diré… que parece muy agradable —contestó Pete—. Bueno, después que uno se acostumbra a su voz.

—Sí, es muy simpático. Me pregunto por qué dijo que venía de cortar maleza con el machete cuando sus manos y brazos están completamente limpios. En esa clase de trabajo, manos y brazos se llenan de ramillas y astillas.

—¿Y qué necesidad tenía de inventarse una historia de esa naturaleza ante dos chicos desconocidos?

Júpiter sacudió la cabeza.

—No lo sé. Tampoco me explico que haya estado fuera cortando maleza, y tenga a punto una jarra de limonada con hielo apenas derretido.

—¡Rábanos y grillos! —exclamó Pete—. Tal vez la respuesta sea fácil: que le gusta la limonada.

—Todas las respuestas son fáciles cuando no se sabe que son difíciles.

Júpiter guardó silencio al ver que Jonathan Rex volvía a la habitación. Se había puesto una camisa deportiva, y un pañuelo alrededor de la garganta.

—Muchas personas se sienten a disgusto viendo mi cicatriz —susurró—. Por eso me la cubro cuando estoy acompañado. Es una reliquia de una pequeña escaramuza en el archipiélago malayo, hace muchos años. Ahora, decidme, ¿a qué se debe vuestra visita?

Júpiter dio una de sus tarjetas al señor Rex, que la estudió.

—Los Tres Investigadores, ¿eh? —comentó—. ¿Qué investigáis?

Nuestro amigo le explicó que deseaba hacerle unas preguntas relacionadas sobre Stephen Terrill. El hombre cogió sus gafas oscuras de la mesa donde las había dejado, y se las puso antes de hablar.

—Mis ojos son sensibles a la luz del día. Veo mejor de noche. ¿Qué suscita vuestro interés sobre mi viejo amigo Stephen Terrill?

—Nos gustaría saber si el señor Terrill era de esa clase de hombre capaz de transformarse en espíritu vengativo, inclinado a

encantar su casa a fin de mantenerla para siempre libre de otros inquilinos.

Detrás de los oscuros lentes los agudos ojos del señor Rex parecieron estudiar intensamente a los investigadores.

—Una pregunta muy buena —respondió—. Os daré mi opinión. Stephen Terrill, pese a interpretar en el cine fantasmas, monstruos, piratas y criaturas infames, era muy vergonzoso y tímido. Por eso me nombró su representante. Él era incapaz de discutir con la gente. Vedlo aquí.

Les alargó una fotografía enmarcada que había sobre la mesa. Ellos la observaron con mucho detenimiento. Mostraba a dos hombres en un portal, estrechándose las manos. Uno era el Murmurador. El otro, no tan alto, parecía más joven. Reconocieron la fotografía como el original de la facilitada por Bob.

Había una dedicatoria que decía: «A mi buen amigo, J. R., de Steve».

—Esa imagen suya, os dice muy claramente por qué era yo quien se cuidaba de la parte económica de sus negocios. Carecía por completo de mi energía para enfrentarse a la gente, y a ésta no le gustaba discutir conmigo.

»Libre de esa engorrosa tarea, pudo dedicarse plenamente a su arte, que se tomaba muy en serio. Gozaba lo indecible cuando el público se estremecía de miedo viéndole actuar. Desgraciadamente, el terror que inspiraba se convirtió en risa al ser audible su voz con el advenimiento del cine sonoro. La risa del público fue como un puñal que rasgara su corazón. Fue incapaz de soportar que se rieran de él. Estoy seguro de que lo comprenderéis.

—Sí, señor; nos hacemos cargo —admitió Júpiter—. Nos imaginamos cómo se sentiría. Yo también odio que se rían de mí.

—Pues bien —siguió el hombre—. Después del estreno de su única película sonora, nunca más quiso salir de casa. Llegó al extremo de despedir a los criados. Yo mismo hube de hacerme cargo de las compras. Mientras tanto, nos llegaban informes de que el público se desternillaba de risa dondequiera que hiciesen la película. Procuré convencerlo de que le convenía olvidarse de la malhadada película, pero, desgraciadamente, no hubo medio de quitársela de la cabeza.

»Un día me ordenó que comprase todas las copias de sus viejas

películas. Estaba dispuesto a que nunca más, ninguna persona las viera. Logré complacer su deseo, si bien a un precio prohibitivo. Pero eso acarreó problemas financieros, y tuve que decirle que el Banco amenazaba con quitarle el castillo. La verdad era que yo no tenía dinero para el pago de la hipoteca. Es lógico que siendo joven y muy solicitado, no se preocupase del futuro, cuando éste era una promesa dorada.

»Nos hallábamos solos en el salón principal del castillo, cuando se lo dije. Él me miró con ojos febriles y amenazó: “¡Nunca conseguirán que me vaya! ¡Nada importa lo que suceda a mi cuerpo; mi espíritu jamás dejará este edificio!”.

La voz murmuradora del señor Rex dejó de oírse. Sus gafas oscuras parecían ojos de un extraño ser. Pete se estremeció.

—¡Cascaras! —dijo—. No hay duda que decidió ingresar en el club de los encantadores de mansiones.

—Desde luego —admitió Júpiter—. Sin embargo, señor Rex, usted afirma que el señor Terrill fue una persona amable. Siendo así, resulta difícil imaginárselo convertido en un espíritu malévolo capaz de aterrorizar a quienquiera que se atreva a entrar en el castillo.

—Cierto, muchacho —confirmó el señor Rex—. Eso abona mi sospecha de que la fuerza invisible que aterra a todos puede no ser el espíritu de mi amigo. Tal vez se trate de uno de los otros espíritus mucho más siniestros que ahora viven allí.

—¿Otros? —Pete tragó saliva con dificultad—. ¿Más espíritus siniestros?

—Sí; en realidad existen dos posibilidades —aclaró Rex—. Seguro que sabréis cómo fue hallado el coche de Stephen Terrill en la escollera.

Los dos chicos asintieron.

—Y probablemente habréis oído hablar de la nota que dejó en el castillo, anunciando que allí todo quedaba maldito para siempre.

Ambos muchachos afirmaron con la cabeza, y los ojos fijos en el rostro de Jonathan Rex.

—La policía —siguió Rex— está convencida de que mi amigo se encaminó voluntariamente a la escollera, y yo creo que están en lo cierto. Debo aclarar que después de la conversación a que acabo de referirme, nunca más volví a verlo. Aquel día nos despedimos para

siempre, tras prometerle que no intentaría en lo sucesivo cruzar el umbral del castillo.

»¿Cuáles serían sus pensamientos en las últimas horas de su vida, en que debió escribir la nota? En la cúspide de su vida gloriosa no tuvo otra misión que asustar a la gente. Pero ésta terminó riéndose de él. ¿Acaso su amenaza de seguir aterrorizando a los demás después de su muerte, no puede significar un absurdo desafío en cuanto a que nadie se reiría impunemente de él?

—Usted se ha referido a dos posibilidades —recordó Júpiter, cuando el extraño apoderado del artista pareció a punto de sumirse en profunda meditación—. Una de ellas encuadra a otros espíritus más siniestros.

—¡Ah, sí! Steve, al construir su castillo, se hizo traer los materiales de distintos lugares del mundo, procedentes de edificios con historias de encantados. Del Japón consiguió las maderas de un templo antiguo habitado por los espíritus de una familia noble que fuera destruida por un terremoto.

»También compró material de una mansión en ruinas de Inglaterra, donde una bella joven se había ahorcado para no casarse con el hombre que su padre le había elegido. Otras piedras vinieron de un castillo del Rhin, al parecer encantado por el fantasma de un músico que se volvió loco en sus mazmorras, después de muchos años de encierro. Según versiones de la época, el músico se indispuso con el noble al tocar música que le desagradaba. Después de su muerte, la pieza causante de su desgracia siguió oyéndose en el salón de música del castillo, pese a estar cerrado con llave.

—¡Sopla! —exclamó Pete—. Si todos esos espíritus vagan ahora por el Castillo del Terror, no es de extrañar que sea tan difícil vivir en él.

—Puede serlo y puede no serlo —murmuró Jonathan Rex—. Sólo sé que incluso malhechores y mendigos no se atreven a permanecer en el Castillo del Terror. Una vez al mes voy en coche hasta el camino frente al castillo y examino el estado del único monumento de mi viejo amigo. Y en todos estos años, nunca vi rastro alguno de personas por allí.

Júpiter asintió. El relato concordaba con las observaciones que ellos dos habían hecho. En todo caso estaba el sujeto que hizo rodar las piedras, pero esto se lo calló.

—¿Qué sabe de esas historias que los periódicos mencionan sobre la música extraña del órgano del señor Terrill, y del Fantasma Azul? —preguntó.

—Jamás vi al Fantasma Azul. Ahora bien, Steve me dijo varias veces que había oído una música misteriosa procedente del órgano de la Sala de Proyecciones. Para comprobar qué había de cierto en ello, él mismo cerró la puerta con llave y desconectó la electricidad que hacía funcionar el órgano. La música continuó oyéndose desde fuera, pero cesaba en cuanto alguien entraba en el salón.

Pete se estremeció. El señor Rex se quitó las gafas y parpadeó.

—No puedo jurar que el Castillo del Terror esté encantado por el espíritu de mi viejo amigo y el de otros —susurró—; sin embargo, no traspasaría la puerta principal para quedarme una noche en su interior ni por diez mil dólares.

Capítulo 10

Un mal resbalón

—¡Júpiter! —La voz de Mathilda Jones restalló al sol de California —. Amontona aquellas varillas de hierro. Y tú, Bob, ¿quieres ayudar?

Era un día muy ocupado en el «Patio Salvaje» de los Jones. Sentados sobre una bañera girada del revés, los muchachos conversaban animadamente. Bob Andrews había ido a preguntar cuándo se reunirían en el puesto de mando. Ya hacía dos días que Júpiter y Pete entrevistaran al Murmurador, y aún no habían intercambiado impresiones. La señora Jones no los había dejado ni respirar. Y cuando no los mantenía ocupados, Bob tenía que atender su propio trabajo en la biblioteca, y Pete asuntos de su casa.

El señor Jones había tenido la malhadada idea de hacer compras, y montañas de nuevos materiales brotaron por todo el patio. Transcurriría una semana antes de que lograsen clasificarlo y poder sentarse tranquilamente a tratar algunos de los misteriosos problemas surgidos en las últimas investigaciones.

La señora Jones alzó la vista al oír un camión que entraba en el «Patio Salvaje». Titus Jones, bajo, gran nariz y enorme bigote negro, venía sentado cual rey en una magnífica silla de madera labrada, puesta encima de la carga. Cuando el señor Jones salía de compras, adquiría todo aquello que se le antojaba. La señora Jones dio un pequeño grito cuando el camión se detuvo.

—¡Cielos! Titus Andronicus Jones, ¿qué has comprado esta vez que nos acerque un poco más a la casa de caridad?

Su marido agitó la mano con la pipa. Su otra mano sujetaba un enorme manojo en forma de tubos de metal. Eran los tubos de un

órgano casero de unos dos metros y medio de alto.

—He comprado un órgano, Mathilda —respondió a gritos—. Quiero aprender a tocarlo. ¡Vamos Hans, Konrad, tenemos que depositar esta valiosa reliquia en el suelo!

El anticuario saltó al suelo con la agilidad de un muchacho. Hans lo siguió y Konrad puso los tubos del órgano en el elevador de carga que el camión tenía en su parte trasera. Hans manipuló la manivela y el aparato descendió al suelo.

—¡Un órgano! —Mathilda estaba tan estupefacta que olvidó hacer trabajar a los chicos—. ¿A santo de qué viene este interés tuyo por aprender ahora a tocar el órgano?

El marido chupó de su pipa.

—¿Qué es lo que te sorprende tanto? ¿Ya has olvidado que fui músico en un circo?

Hans y Konrad trasladaron las piezas del órgano. Los dos hermanos eran bávaros, medían uno ochenta de alto y eran muy rubios.

El señor Jones ordenó que situaran el órgano junto a la valla más próxima a la casa. Hans y Konrad trasladaron todas las piezas del instrumento, que quedaron reunidas en espera de ser montadas.

—Es un órgano auténtico, que funciona soplando en sus tubos —explicó orgulloso el anticuario a los chicos—. Encontré esta ganga en un pequeño teatro que se traslada a Los Ángeles.

—¡Qué barbaridad! —suspiró la señora Jones—. Ahora me alegro de vivir a mucha distancia de los vecinos más próximos.

—Quiero montar un órgano con tubos verdaderamente grandes —dijo el señor Jones—. Tubos de uno de esos órganos para conciertos de grandes masas de público. Éste admite su acoplamiento, pese a su longitud y diámetro. Entonces emitirá sonidos tan suaves que ni el oído humano podrá captarlos.

—¿Y si no se oyen también los llamará sonidos, tío Titus? —preguntó Júpiter.

—Alguien tendrá capacidad auditiva suficiente, por ejemplo, los elefantes. Éstos tienen orejas muy grandes —el señor Jones soltó una risita.

—¿Y qué bien reportará un órgano, cuyo sonido no pueda oírse? —preguntó Pete—. Que yo sepa, no hay elefantes que vayan solos a escuchar conciertos de órgano.

—No sé, chico, no sé —respondió Titus Jones—. Pero supongo que los científicos hallarán alguna utilidad, si se lo proponen.

—Después de todo —intervino Bob—, los perros captan silbidos apenas audibles.

—Exactamente, muchacho —dijo el señor Jones—. Quizás algún circo invente un silbido para elefantes que sea más débil que el usado para los perros.

—Subsónico —apuntó Júpiter—. Sonidos, o más bien, vibraciones tan débiles que sean inferiores al propio sonido. Que yo sepa, aquellos que el oído humano no capta se llaman ultrasónicos.

Su entusiasmo por el órgano, hizo que no advirtieran la llegada de un coche *sport* azul, que veloz cruzó por la verja y patinó al frenar detrás de ellos. El conductor, un adolescente alto, delgado y de larga nariz, dio un trepidante bocinazo. Los tres muchachos saltaron al volverse, provocando carcajadas en el conductor y sus compañeros.

—¡Skinny Norris! —exclamó Pete, mirando al muchacho que salía del coche.

—¿A qué viene aquí? —preguntó Bob.

La familia Norris sólo pasaba parte del año en Rocky Beach. A Pete, Bob y Júpiter, hasta eso les sobraba. Orgulloso de su propia inteligencia, y con la ventaja de conducir su propio coche, Skinny intentaba con todas sus fuerzas proclamarse y ser aceptado como jefe entre los de su edad. Pero la mayoría de chicos y chicas del pueblo no le hacían caso. No obstante logró reunir a unos cuantos bribones, atraídos por su generosidad en las fiestas que daba. Estos seguidores acrecían su petulante sentido de autoimportancia.

Provisto de una caja de zapatos con su tapa, se acercó a los Tres Investigadores, mientras sus amigos miraban estremecidos de risa contenida. Antes de llegar a ellos, se sacó del bolsillo de su cadera un gran cristal de aumento y fingió buscar huellas a través del patio. El señor Jones y sus ayudantes se habían marchado con las piezas del órgano.

—¡Ah, sí! —comentó Skinny, parodiando un detestable acento inglés—. ¡Exacto, éste es el lugar! Así lo confirma la chatarra de mala calidad. ¡Sólo este lugar puede ser el patio de los Jones!

Semejante intento de humor fue saludado con risas desde el coche. Pete apretó los puños.

—¿Qué quieres, Skinny?

Éste continuó su parodia como si no hubiese oído. Con el cristal de aumento enfocó a Júpiter, como si estudiara un bicho raro, y, luego, se lo guardó en el bolsillo.

—No hay duda de que tú eres Júpiter Macsherlock, el famoso y mundialmente conocido detective —su voz seguía remedando un inglés detestable—. Haberte hallado es una gran fortuna para mí. Te traigo un caso que ha conmovido a todo Scotland Yard: ¡el despreciable asesinato de una víctima inocente, que estoy seguro sabrás resolver!

Antes de que entregara la caja a Júpiter, los tres amigos adivinaron su contenido. El olfato les dijo qué clase de cadáver contenía. Sin embargo, Júpiter abrió la caja y miró su contenido, mientras Skinny le sonreía.

Dentro de la caja había una gran rata blanca muerta hacía bastantes horas.

—¿Podrás resolver este horripilante crimen, Macsherlock? —preguntó—. Te ofrezco una considerable recompensa por la captura del culpable. ¡Cincuenta sellos de correos!

Sus seguidores demostraron hallar graciosísimo aquel humor pestilente. Júpiter no cambió de expresión. Meramente, asintió sin descomponer su aire digno.

—Comprendo tu interés en que se haga justicia, Skinny. Observo que la desventurada víctima era una de tus mejores amigas.

La risa en el coche sufrió un colapso por congelación. Las mejillas de Skinny se tiñeron.

—Mi examen preliminar —continuó Júpiter— sugiere que, probablemente, murió de indigestión provocada por un atracón de fanfarronería que alguien le suministró, y cuya identidad debo ocultar de momento tras las iniciales E.S.N.

—Te crees listo, ¿eh? —replicó molesto Skinny.

Fue una lástima que perdiera toda su capacidad de cinismo cuando más la necesitaba.

—Esto me recuerda que tengo algo para ti —aseguró Júpiter, poniendo la caja sobre un montón de basura.

Se hallaban próximos a la oficina del patio. Jupe corrió veloz y regresó con la linterna que encontrara en el Cañón Negro.

—Aquí están las iniciales E.S.N. —dijo—. Posiblemente

corresponden a E. Skinny Norris.

—O tal vez signifique: Extraordinario, Soberanamente Necio —sugirió Pete, sonriéndose—. ¿Has practicado últimamente la huida, Skinny?

—¡Dame esto! —gritó Skinny, que arrebató la linterna de la mano de Júpiter.

Después corrió hacia sus amigos.

—¡Investigadores! —apostrofó desde el coche—. ¡Vaya tontería! Todos los chicos del pueblo se desternillarán de risa cuando lo sepan.

Las ruedas del coche gimieron al salir de estampida del patio de la chatarrería. Júpiter, Pete y Bob contemplaron cómo se marchaba.

—¡Estaba seguro de que me quitó la tarjeta en la biblioteca! —dijo Bob—. ¡Sabe lo nuestro!

—Queremos que lo sepa todo el mundo —respondió Júpiter—. Eso nos ayudará a resolver nuestro caso, pues nos obliga a no admitir el fracaso.

El tío Jones, Hans y Konrad estaban junto al muro, trabajando en el órgano. Mathilda se había ido a la casa a preparar la comida. Júpiter, luego de comprobar estos detalles, dijo:

—Si nos damos prisa, podremos celebrar una reunión relámpago antes de que mi tía nos llame a la mesa.

Se dirigieron al Túnel Dos.

Absorto en sus ideas, Júpiter pisó un trozo de tubo y cayó pesadamente al suelo. Mientras luchaba para sentarse, Bob y Pete vieron cómo apretaba los dientes.

—Me he torcido el tobillo —se quejó, subiéndose una caña del pantalón, que mostró un tobillo que se hinchaba—. Me temo que necesitaré atención médica —terminó malhumorado.

Capítulo 11

El aviso de la bruja

—¡Vaya lío!

Hacía dos días que Júpiter se produjera el daño. Titus lo trasladó a toda prisa al hospital, donde lo tuvieron todo un día en observación. Después de complicadas curas, le permitieron volver a casa. El doctor Álvarez dijo que muy pronto volvería a saltar y correr.

Pero mientras tanto, Júpiter estaría en cama, envuelto su tobillo en medio kilómetro de vendaje.

Tal vez el señor Hitchcock buscaría otra casa encantada para su película.

Los Tres Investigadores se consideraron en quiebra antes de iniciar su negocio.

Pete y Bob, sentados juntos a la cama de Júpiter, no disimulaban su baja moral.

—¿Duele? —preguntó Pete.

Júpiter se movió y tuvo que apretar los dientes.

—No más de lo que merezco por descuidado. Ahora sigamos nuestra conferencia. El primer asunto a tratar es la llamada telefónica recibida inmediatamente después de nuestra primera visita al Castillo del Terror. Worthington cree que fuimos seguidos aquella noche. Es muy probable que fuera Skinny.

—Pudo muy bien serlo —comentó Bob—. Sabía que estábamos interesados en el lugar.

—Pero Skinny no hubiera podido telefonearnos haciendo que su voz sonase tan baja y de ultratumba —opuso Pete—. En todo caso la hubiéramos confundido con un relincho de caballo.

—De acuerdo —aceptó Júpiter—, pues no tengo otro sospechoso disponible.

Alzó su pie herido, y el dolor puso una mueca en su boca. Continuó—:

A menos que me lo demostréis, nunca creeré en que los fantasmas saben usar el teléfono.

—Conforme —dijo Bob—. ¿Qué sigue ahora? ¿La persona misteriosa que hizo rodar las piedras sobre nosotros?

—¡Eso! —exclamó lúgubremente Pete—. ¿Qué hay de él? ¡Me gustaría ponerle las manos encima!

—De momento, lo dejo a un lado —respondió Júpiter—. Ahora estamos seguros de que no se llama Skinny Norris. Puede no tener ninguna relación con el caso. Quizá de algún muchacho u hombre que anduviera por el cañón, y despeñase las piedras sin vernos.

—¿Sí? En tal caso digamos que tuvo excelente puntería sin proponérselo —comentó Pete.

—Dejemos ese enigma hasta que surjan nuevos hechos. Ahora quiero hablar de las mentiras que el señor Rex nos contó —propuso Júpiter—. ¿Por qué dijo que cortaba maleza seca cuando era tan evidente, su falsedad? ¿Y por qué tenía preparada una jarra de limonada fresca: no esperaba que lo visitáramos en aquel momento?

Ambas preguntas resultaban incontestables. Pete se rascó la cabeza.

—¡Maldición de sapo! —exclamó—. Cuanto más avanzamos, más misterios encontramos.

Tía Mathilda entró en la habitación.

—Quise decírtelo antes —anunció—. Ayer por la mañana sucedió una cosa extraña, poco antes de que regresaras del hospital. Lo olvidé con la excitación.

—¿Una cosa extraña? —preguntó Júpiter.

Los Tres Investigadores agudizaron sus oídos.

—Sí, una vieja gitana llamó a la puerta. No sé si debo contaros lo que dijo.

¡Una vieja gitana! Los chicos respiraron anhelantes.

—Me gustaría mucho saberlo, tía Mathilda.

—Bueno, en realidad se trata de una bobada. La gitana llamó a la puerta y al abrirle me dijo que se había enterado de tu accidente y que tenía una advertencia que hacerte.

¡Una advertencia de una gitana! Los muchachos se miraron entre sí.

—Bueno, según la vieja —siguió tía Mathilda—, había estado echando las cartas, y tres veces seguidas dieron un mensaje para ti. Y siempre fue el mismo: que evitaras las letras T. C, o cualquiera cuyas iniciales sean éstas. Tu accidente se debía a T. C, que volverá a causarte daño si no lo evitas.

»Me reí de sus tonterías y le dije que sí, que tenía razón, puesto que T. C. significa "ten cuidado". La gitana se fue. ¡Pobrecilla! La vi tan vieja y trastornada, que no me extrañaría que estuviese loca.

La señora Jones se marchó del dormitorio dejando a los tres chicos sumamente preocupados.

—¡T. C! —La voz de Bob sonó hueca—. ¡Castillo del Terror!

—Tal vez se trate de alguien que Skinny contratase —sugirió Júpiter, algo pálido—. Aunque lo dudo, pues Skinny carece de imaginación. Su mollera sólo da para traerme una rata muerta.

Pete sugirió:

—Alguien o algo, no quiere que juguemos en el Castillo del Terror. Primero nos da un aviso macabro por teléfono, y ahora, emplea las cartas de una gitana para mandarnos otro aviso. Creo que ese algo habla en serio.

—Por lo tanto, propongo votar si nos mantenemos alejados o no del Castillo del Terror, como nos aconseja.

—¡Voto sí! —dijo Bob.

—¡Voto sí! —gritó Pete, que añadió—: ¡Ya tenemos mayoría!

Júpiter los miró con el ceño fruncido:

—¿Queréis que Skinny se ría de nosotros? Indudablemente está convencido de que hemos fallado como investigadores, y se propone decírselo a todo el mundo. Por lo tanto, ahora es cuando hemos de obrar con rapidez. Además, ¿no es cierto que estas advertencias añaden un nuevo misterio al caso?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Pete.

—Que yo sepa, nadie que haya investigado el Castillo del Terror recibió estos avisos. Luego, somos los primeros en ser conminados a permanecer alejados de él. Esto me lleva a la conclusión de que estamos muy cerca, mucho más de cuanto podamos imaginarnos, de resolver el extraño misterio del terror que infunde el castillo.

—Aun cuando estés en lo cierto —discutió Pete—, ¿qué

podemos hacer? Tú estás retenido en esta cama, y mientras no te recuperes somos investigadores sin trabajo.

—No estoy de acuerdo con tu criterio, Pete. Anoche, incapaz de dormir, me dediqué a considerar el problema y decidí otro plan de acción. Vosotros dos exploraréis el Castillo del Terror, mientras yo me dedico a reflexionar sobre los diferentes misterios que entorpecen nuestra labor.

—¿Explorar yo el Castillo del Terror? —chilló Bob—. ¡Ni hablar! No pienso acercarme a él, si no es a través de la lectura.

Júpiter no se dio por enterado.

—Naturalmente, no espero que averigüéis demasiadas cosas. En realidad, me interesa que os sometáis a la sensación de intranquilidad que se transforma en extrema nerviosidad y luego de terror. Si llegáis a experimentar estas sensaciones, sabremos vuestras reacciones y comportamiento.

—¿Cómo reacciono? —intervino Pete—. Durante mi última experiencia sentí escalofríos desde la cabeza a los pies. ¿Qué esperas? ¿Que mi mano derecha no se ponga nerviosa mientras lo está mi izquierda?

—Quiero saber hasta qué distancia del Castillo del Terror persiste la sensación, después de que te hayas alejado. O dicho de otro modo: a qué distancia del castillo te abandona el terror. Eso es lo que yo quiero saber.

—La vez anterior sucedió a veinticinco kilómetros —aseguró Pete—. Exactamente cuando llegué a casa y me puse en la cama.

—Esta vez, si te atenaza la sensación de temor, agobio o terror, quiero que te marches sin prisas; sin perder la dignidad. Tendrás que detenerte a intervalos para comprobar si el sentimiento se desvanece.

—¡Lentamente! —Pete se rió desdeñoso—. ¡Sin perder la dignidad!

—Quizá no sientas nada —aventuró Júpiter—, pues iréis a plena luz del día, y precisamente mañana. Esta vez exploraréis el edificio a la luz del sol. Bueno… si os atrevéis, podéis quedaros un rato en el vestíbulo una vez que anochezca. Así sabríamos si el temor os afecta sin necesidad de recorrer sus dependencias interiores.

—¿Has oído a nuestro jefe, Bob? —preguntó Pete—. ¡Podemos permanecer en el vestíbulo!

Bob emitió un suspiro de alivio.

—No me afecta —dijo—. Mañana he de trabajar en la biblioteca, y también al día siguiente.

—Yo también tengo un compromiso, ahora que recuerdo —afirmó Pete—. Lo siento, pero creo que no podremos hacerlo.

Júpiter se apretó el labio inferior con los dedos, poniendo en marcha los engranajes de su maquinaria mental. Luego dijo:

—En tal caso tendremos que cambiar los planes.

—Eso hemos intentado proponerte —aseguró Pete.

—Pues bien, aún quedan unas cuantas horas del día —afirmó Júpiter—. Así es que, cenad temprano y visitad hoy mismo el Castillo del Terror.

Capítulo 12

El fantasma azul

—¡Tomate! —se quejó Pete—. ¡Cuando discutimos, siempre gana Jupe!

—Ganó esta vez, correcto —admitió Bob.

Delante de ellos se veía el Castillo del Terror sobre la pared del cañón. Las ventanas rotas de sus torreones aparecían iluminadas al tardío sol de aquellas horas.

Bob se estremeció algo.

—Entremos ahora, Pete. Aún faltan dos horas para la puesta del sol, pero oscurecerá antes de que nos demos cuenta.

Pete volvió la vista al camino cubierto de piedras. Detrás de la curva, Worthington los aguardaba en el coche.

—¿Temes que Skinny nos haya seguido esta vez? —preguntó Pete.

—No lo sé —respondió Bob—. De todos modos, Jupe está seguro de que ahora el Castillo del Terror le inspira un gran respeto.

—Y nosotros hemos de probar que tenemos más agallas que Skinny —suspiró Pete.

Bob llevaba la cámara, y su amigo el magnetófono. Los dos iban provistos de linternas que colgaban de sus cintos. Juntos ascendieron los peldaños de la enorme puerta principal, que hallaron cerrada.

—¡Qué raro! —se extrañó Pete—. Seguro que Skinny no la cerró cuando salió corriendo el otro día.

—Quizá sea obra del viento —sugirió Bob.

Pete giró el pomo y la puerta se abrió con un largo creeek, que los sobresaltó.

—Es un gozne oxidado —dijo Bob—. No es causa para sentirse nervioso.

—¿Quién te ha dicho que yo estoy nervioso? —preguntó Pete.

Pasaron al vestíbulo, dejando abierta la puerta. A un lado vieron una gran sala, llena de muebles viejos, una mesa, sillas labradas y una enorme chimenea. Júpiter había recomendado que echaran un vistazo y tomaran fotografías. Bob no vio nada especial y sólo tomó un par de fotos con el *flash*.

Desde allí pasaron a la sala donde Jupe y Pete habían oído los ecos. El lugar imponía, debido a la armadura y retratos del señor Terrill, vestido de modo extraño. El sol que penetraba por una polvorienta ventana caldeaba algo la atmósfera.

—Piensa en que estamos en un museo —aconsejó Bob—. Ya sé que un museo impone cierto respeto, pero no hay por qué asustarse.

—Así es —afirmó Pete—. Este lugar es como un museo, polvoriento, viejo y muerto.

¡Muerto-muerto-muerto!

La palabra resonó como un timbrazo en los oídos de nuestros valientes investigadores.

—¡Rábanos! —saltó Bob—. ¡Los ecos!

¡Ecos-ecos-ecos-ecos!, respondieron las paredes.

Pete se lo llevó a un lado.

—Ven aquí. Sólo se oyen los ecos si se está en aquel lugar.

Ordinariamente a Bob le agradaban los ecos. Gustaba de chillar: «¡Hola!», y oír la lejana repetición: «¡Hola!». Pero esta vez prefería no obtener respuesta en la Sala de los Ecos.

—Veamos los cuadros —sugirió—. ¿Cuál fue el que te miró con un ojo viviente?

—El de allí —Pete señaló el cuadro del pirata tuerto.

—Eso es algo que podemos investigar —repuso Bob—. Súbete a una silla y mira si llegas.

Pete empujó una silla debajo del cuadro. Pero, ni de puntillas llegaba a la pintura.

—Hay una especie de balcón arriba —dijo Bob—. Los cuadros están colgados de largos alambres desde el balcón. Quizá desde allí podamos tirar del cuadro hacia arriba.

Pete empezó a bajarse de la silla, y Bob se volvió hacia la escalera. De repente notó que alguien le cogía del tirante de la

funda de la cámara, que colgaba de su hombro. Simultáneamente captó el destello de una alta figura en la oscuridad del hueco que había en la pared detrás de él. Dio un grito, y se encaminó a la puerta… de prisa.

No llegó muy lejos. La tira de la máquina lo derribó hacia atrás, cayendo de lado sobre el suelo de mármol. Mientras caía vio una enorme figura que se le abalanzaba.

Era alguien que vestía una armadura, y balanceaba una enorme espada en línea recta a su cabeza.

Bob gritó de nuevo; y dio una rápida vuelta en el suelo. La enorme espada cayó contra el piso, exactamente encima del lugar donde Bob había permanecido unos segundos.



El armado caballero rodó por el suelo con estrépito de latas viejas.

La tira de la cámara se desprendió del hombro de Bob, que pudo deslizarse hasta llegar a la pared. Allí esperó a que el caballero fuera tras él. Sin embargo, lo que vio fue un espectáculo que lo dejó atónito.

La cabeza del caballero se había desprendido y rodaba por el suelo. Bob se fijó mejor, y descubrió que la armadura estaba vacía. El casco se había soltado y rebotado sobre el piso. Luego de ponerse en pie, se sacudió el polvo. Su cámara fotográfica estaba junto a la armadura, con la tira aún enredada en las puntas de metal donde se había trabado al pasar junto al hueco.

La recogió y tomó una fotografía de Pete, que se reía.

—Ahora tengo una foto del Fantasma Riente del Castillo del Terror —dijo Bob—. Jupe disfrutará viéndola.

—Lo siento, Bob —Pete se secó los ojos y no tardó en serenarse —. Tú también te habrías reído de haberte visto tirando de la armadura.

Bob examinó la armadura que poco antes se hallaba en un pequeño pedestal. Se había roto en dos pedazos al rodar por el suelo. No estaba muy oxidada. Tomó una fotografía de ella, otra del retrato del pirata y algunas más de distintas pinturas.

—Si has saciado tus ganas de risa —dijo—, mira ahora esta puerta que antes no vimos. Tiene un pequeño rótulo que dice —se esforzó para leerlo—: «SALA DE PROYECCIONES».

Pete se acercó.

—Según sé, en los viejos tiempos todas las grandes estrellas tenían en su residencia sala de proyección privada. Las usaban para exhibir sus películas ante los amigos. Veamos cómo es ésta.

Bob empujó la puerta con fuerza, que se abrió lentamente, como si alguien la empujara desde el otro lado. A medida que se abría, una débil corriente de aire húmedo los envolvió. La sala apareció tan oscura como debe ser el estómago de un cocodrilo.

Pete encendió su linterna, que les permitió ver una sala de proyecciones con capacidad para unos cien asientos. En la pared más alejada vieron la inconfundible línea de un gran órgano.

—Es idéntica a como solían ser las salas de cine de entonces —dijo Pete—. Mira el órgano. Es unas diez veces mayor que el

adquirido por el señor Jones. Veámoslo.

Bob probó su linterna, pero no funcionaba. Indudablemente se había roto al caerse. En contraste, la de Pete esparcía un gran haz de luz. Caminaron hacia el interior de la sala de proyecciones, donde se hallaba el órgano.

Ninguno de los dos sentíase nervioso. El cómico enredo de Bob con la armadura los había animado.

El viejo órgano, de enormes tubos que llegaban al techo, aparecía polvoriento y cubierto de telas de araña. Bob tomó una foto para el primer investigador.

Miraron alrededor una vez más. Los asientos estaban desastrados. Lo que un día fuera pantalla, entonces, se había convertido en tiras blancas. Cuanto más rato pasaban los chicos allí, más húmedo parecía volverse el ambiente.

—No haya nada de interés aquí —dijo Pete—. Veamos qué hay arriba.

Regresaron a la Sala de los Ecos y empezaron a ascender los peldaños que había a un lado del vestíbulo. A media escalera el sol resplandecía por la polvorienta ventana. Se detuvieron para mirar fuera. Los muros del castillo arrancaban rectos de la enhiesta pared del Gran Cañón.

—Disponemos aún de casi dos horas de luz —calculó Bob—. Tiempo de sobra para inspeccionarlo todo.

—Miremos mejor el cuadro del pirata, pues —sugirió Pete—. Podernos subirlo hacia arriba y ver si hay algo raro tras él.

Una vez en el balcón hallaron que todos los cuadros colgaban de una moldura. Tiraron de los alambres, y el cuadro del pirata demostró ser muy pesado, pero al fin consiguieron subirlo, y lo enfocaron con la linterna.

Era un cuadro totalmente ordinario, que brillaba un poco debido a su pintura antigua. Bob sugirió que el brillo pudo hacer pensar a Pete que era viviente el ojo que lo miraba, pero su amigo no pareció muy conforme.

—Bueno, tal vez lo creí un ojo vivo —dijo Pete—, y no lo es. Bien, volvamos a dejarlo en su sitio.

Hecho el trabajo, subieron el siguiente tramo de escalera, que los condujo al interior de una torrecilla redonda en lo alto de una esquina del castillo. Hallaron que estaba provista de troneras como

si fuera un castillo de verdad, excepto que tenía paneles de cristal. Miraron abajo, y comprobaron que se hallaban sobre la cumbre del Cañón Negro. Desde allí vieron colinas y más colinas que subían y bajaban en el horizonte. Pete exclamó:

—¡Mira! ¡Una antena de televisión!

Y era cierto. En la colina más próxima había una antena de televisión, puesta por alguien que vivía en el cañón inmediato, y que, indudablemente, no recibía a satisfacción las emisiones con una antena normal.

—Hay otro cañón muy cerca —dijo Pete—. Esto no es tan solitario como parece.

—Hay docenas de cañones en estas montañas —afirmó Bob—. Observa lo pina que es esta ladera. Sólo una cabra montés podría subirla. Un ser humano tendría que rodear la montaña para llegar a la cumbre.

—Tienes razón, Bob. Bien, aquí no hay nada. Bajemos a ver si encontramos algo que pueda interesar a Jupe.

En un rellano vieron una puerta abierta. Miraron allí. Debió de ser la biblioteca del señor Terrill donde dejó su nota de despedida, pues había cientos de libros en estantes. Cuadros similares a los de la Sala de los Ecos, pero más pequeños, colgaban de una de las paredes.

—Examinemos esto —decidió Pete, y entraron.

Los cuadros eran muy interesantes. Todos mostraban a Stephen Terrill en personajes de sus películas. Pero todos eran distintos: pirata, salteador de caminos, zombie, vampiro o monstruo del océano.

Bob deseó haber visto las películas.

—Le llamaban «El hombre del millón de caras» —dijo Pete, mientras iban de un cuadro a otro—. ¡Castañas, mira esto!

Estaban frente a una caja de momia en un pequeño nicho. Debía de ser una momia egipcia de verdad, como esas que a menudo se ven en los museos. En la tapa cerrada había una placa de plata.

Pete enfocó su linterna y entrecerró los ojos para leer lo grabado allí.

Decía:

EL CONTENIDO DE ESTA CAJA
FUE DEJADO EN HERENCIA

POR SU PROPIETARIO,
SR. HUGH WILSON,
AL HOMBRE QUE
TANTO LO DIVIRTIÓ,
STEPHEN TERRILL.

—¡Canastos! —exclamó—. ¿Qué imaginas que habrá dentro?

—Quizás una momia.

—Podría ser algo valioso. Veamos.

Abrieron la tapa de la caja. No estaba cerrada con llave, y resultó ser muy pesada. La tenía medio abierta cuando Pete dio un grito y la soltó. La tapa volvió a cerrarse.

—¿Viste lo que yo? —preguntó.

Bob tragó saliva varias veces.

—¡Lo vi! ¡Es un esqueleto!

—¡Un esqueleto gracioso y relucientemente blanco, que nos sonreía!

—Sospecho que Hugh Wilson dejó en herencia a Stephen Terrill, por haberlo distraído tanto en vida, su esqueleto —aventuró Bob—. Abre la caja y haremos una foto para Jupe.

Pete no parecía muy dispuesto, y Bob tuvo que recordarle que un esqueleto sólo es un armazón de huesos y que no puede hacer daño a nadie. Abrieron otra vez la caja y Bob pudo hacer una excelente fotografía del sonriente esqueleto. Estaba seguro de que interesaría a Júpiter.

Mientras Bob enrollaba la película y preparaba la cámara para una nueva instantánea, Pete, que miraba por una ventana, gritó:

—¡Corramos! ¡Está oscureciendo!

Bob consultó su reloj, y dijo:

—No puede ser. Falta más de una hora para la puesta de sol.

—Quizás el sol no entiende de relojes. Mira al exterior.

Bob se asomó a la ventana. Desde luego, oscurecía. El sol empezaba a ocultarse detrás de la pared del cañón. Su resplandor en la ventana se debía a que el Castillo del Terror estaba construido en la cumbre del precipicio.

—Olvidé que el sol se pone antes en los cañones —dijo.

—Marchémonos —apremió Pete—. Es un lugar donde no quiero estar a oscuras.

Se encaminaron al vestíbulo. Al mirar arriba y abajo del largo

pasillo, vieron escaleras a ambos extremos. Al no recordar qué tramo habían usado antes… Pete eligió el más cercano.

En el piso inmediato la luz ya era penumbra. De momento creyeron que allí no había escalera alguna que los condujera abajo. Finalmente hallaron un estrecho tramo de escalones detrás de una puerta a un extremo del rellano.

—No es por ahí por donde subimos —dijo Bob—. Quizá sea mejor que regresemos.

—Todas las escaleras van abajo —contestó Pete—. Y abajo es donde queremos ir… ¡y de prisa! ¡Vamos!

Iniciaron el descenso. En cuanto soltaron la puerta un muelle la cerró. Se quedaron sumidos en la más absoluta oscuridad.

—Preferiría buscar el camino por donde subimos —se lamentó Bob, inquieto—. No me agrada esta oscuridad. ¡Ni siquiera te veo!

—No me gusta. Tampoco a mí. ¡Esto lo hace más insoportable! —respondió Pete—. ¿Dónde estás? —Sus dedos buscaron a Bob—. Bueno, no nos separaremos. Retrocede y abre la puerta.

Juntos volvieron a subir, pero el pomo no obedeció.

—Seguro que se cierra por fuera —aseveró Bob, intentando aparecer tranquilo—. Tendremos que seguir adelante, tanto si nos gusta como no.

—Necesitamos luz —dijo Pete—. Si encontrásemos… Bueno, ¿qué pasa con mi cabeza? ¡Yo tengo una linterna… una linda linterna nueva!

—¡Enciéndela! —apremió Bob—. Esta oscuridad parece sofocamos. Cada vez es más negra.

—¡Maldición! —exclamó Pete—. ¡No tengo linterna! ¿Recuerdas cuando cerramos la caja de la momia? Pues me la dejé olvidada allí.

—¡Formidable! —tronó Bob—. ¡Fantástico! Y la mía se rompió cuando tropecé con la armadura.

—Quizá sólo esté aflojada. Suele ocurrir cuando se golpean —sugirió su amigo.

Pete destrabó la linterna del cinto de Bob. Éste oyó cómo la manipulaba. Durante un largo minuto nada sucedió. Finalmente, dio resultado. No fue una luz buena, pero sí un débil resplandor.

—Mala conexión —dijo Pete—. No alumbra más que una vela. Pero es luz. ¡En marcha!

Bajaron la estrecha y serpenteante escalera más aprisa de lo que

Bob hubiera imaginado para su pierna herida.

Pete abría la marcha con la débil luz. Al fin llegaron donde no había más peldaños, y supusieron que estarían en la planta baja. Buscando con la escasa iluminación, averiguaron que se hallaban en un vestíbulo pequeño, con dos puertas. Pete agarró a Bob por el brazo.

—¿Oyes? ¿Oyes lo que yo oigo?

Bob escuchó.

¡Música de órgano! ¡Una música fantasmal! Alguien tocaba el viejo órgano en el salón de proyecciones. De repente, Bob sintió el acusado nerviosismo a que Júpiter se refiriera.

—Viene de aquella dirección —susurró Pete, señalando hacia una de las puertas.

—Vayamos por allí —Bob señaló la otra puerta.

—No, por aquí —dijo Pete—. Este camino nos llevará a la sala de proyecciones. Y sabemos que la entrada principal está frente a ésta. En el otro camino podríamos extraviarnos sin remedio. ¡Y prefiero cualquier cosa antes de eso!

Pete abrió la puerta y, decidido, empezó a caminar por el oscuro rellano cogido a la mano de Bob. A medida que avanzaban la música se hacía más audible, pero aún sonaba como fantasmal música, llena de gemidos y lamentos.

Bob seguía andando porque Pete no le dejaba pararse, pero cuanto más se acercaba a la música, más extremadamente nervioso se ponía. Luego Pete empujó una puerta y se encontraron en la misma Sala de Proyecciones.

Supieron que era dicha sala porque el débil resplandor de la linterna les mostró los ajados respaldos de las butacas. Cerca del órgano había un destello azul. Colgaba en el aire a metro y medio del suelo, en forma de llama, y parecía mecerse. Cuanto más se mecía, más gemidos y lamentos salían del órgano.

—¡El Fantasma Azul!

En aquel momento el sentimiento de extremo nerviosismo se transformó en aguda angustia y luego en franco terror, como Júpiter había esperado que sucediera.

Cruzaron corriendo la sala hacia la puerta que ya conocían. Pete la abrió y se encontraron en la Sala de los Ecos. A través de ésta ganaron la puerta principal, que hallaron abierta, y se precipitaron

a la terraza enlosada. Una vez allí no se detuvieron. Por desgracia, la pierna herida de Bob pisó en falso, y dio un tropezón. Pete corría tan aprisa que no advirtió cuando Bob se cayó al suelo, aterrizando en un montón de hojas, donde se hundió como un ratón en busca de refugio.

Mientras aguardaba a que el Fantasma Azul lo alcanzase, su corazón saltaba como una máquina de aire comprimido. Era tanto su jadeo que apenas podía oír otra cosa. Pero al darse cuenta de ello contuvo el aliento. En la repentina quietud y silencio creyó oír al Fantasma Azul que lo buscaba, imaginó que se le acercaba a pequeños saltitos sobre las losas. Su aliento parecía entrecortado, extrañamente siniestro y atemorizador.

De repente los pasos se detuvieron. La cosa estaba en pie directamente encima de él. Durante largo rato se quedó allí, aún respirando entre grandes jadeos. Luego se agachó y cogió a Bob por el hombro.

Éste dio un grito que debió romper más de un peñasco en la colina más próxima.

Capítulo 13

La contraseña de los Investigadores

—¿Y qué ocurrió después de que el Fantasma Azul tocara tu hombro, Bob? —preguntó Júpiter.

En el interior del puesto de mando, los tres investigadores sostenían su primera reunión luego de tres días. Pete había ido de viaje con sus padres, para visitar a unos parientes en San Francisco. Bob había tenido mucho trabajo en la biblioteca, recatalogando todos los libros. La ausencia de otro empleado, por enfermedad, hizo que Bob se sintiera muy agobiado de trabajo, mientras Júpiter había permanecido en el lecho, entregado a leer libros. Aquélla era la primera oportunidad que tenían de hablar en privado.

—Bien —preguntó de nuevo Júpiter—. ¿Qué sucedió?

—¿Te refieres a después que grité? —Ciertamente Bob no tenía ganas de extenderse en tales explicaciones.

—Sí, señor; después que gritaste.

—¿Por qué no preguntas a Pete? —Bob trató de eludir el compromiso—. También le sucedió a él.

—Muy bien. Cuéntalo tú, Pete.

Éste mostrose conforme y obedeció.

—Bob gritó tanto cuando lo cogí por el hombro, que me alarmé y caí encima de él. Entonces arreció en sus gritos y luchó como un desesperado. Decía: «¡Sal de encima de mí, fantasma! ¡Será mejor que vuelvas a donde perteneces, o sabrás lo que es bueno para ti!». Mis brazos quedaron magullados en el intento de sujetarlo. Al fin pude hacerle comprender que era yo.

—Bob tiene el corazón de un león, pese a su baja estatura —dijo Júpiter—. Bien, tú advertiste que no te seguía y regresaste en su

busca. Él, al oír su excitada respiración, creyó que era el fantasma. ¿Lo he interpretado bien?

Bob asintió. La verdad es que sentíase bastante incómodo entre las hojas cuando Pete se enredó con él. Por un momento había creído sinceramente que luchaba con el Fantasma Azul.

Júpiter se presionó el labio inferior. Parecía satisfecho.

—Y cuando al final dejasteis de luchar descubristeis algo más —dijo—. Descubristeis que la sensación de terror extremo había desaparecido.

Pete y Bob se miraron. ¿Cómo lo sabía Jupe? Esa noticia se la habían reservado para darle una sorpresa.

—¡Exacto! —afirmó Pete.

—Eso demuestra que la sensación no persiste una vez fuera de las paredes del Castillo del Terror —comentó Júpiter—. Es un descubrimiento muy significativo.

—¿Sí? —preguntó Bob.

—Estoy seguro —ratificó Júpiter—. Las fotografías deben de estar ya listas para su examen. ¿Quieres traerlas de la habitación oscura, Pete, mientras yo cierro la claraboya? Tío Titus está originando un verdadero jaleo ahí fuera.

No exageraba. El señor Jones había conseguido finalmente montar el órgano que adquiriera días antes. Júpiter, mientras estuvo en cama, leyó un libro sobre órganos y dio muchos consejos a su tío. Ahora éste probaba el instrumento, interpretando «Duerme en la profundidad», pieza favorita de Hans y Konrad. El hombre imprimía el máximo de fuerza a las notas bajas.

Los muchachos tenían abierto el respiradero del tejado del puesto de mando, y de ahí que sus oídos se atronaran con la tocata. Cuando el señor Jones atacó de lleno las notas bajas, las cosas en el puesto de mando empezaron a temblar. Bob tuvo la impresión de que la música lo alzaba de la silla. Desde luego, lo hacía temblar.

Júpiter cerró la claraboya y Pete regresó de la pequeña habitación oscura con las copias de las fotos realizadas en el Castillo del Terror. Estaban húmedas, pero podían estudiarse.

El primer investigador las examinó con una lupa. Luego pasó a Bob y Pete la mayor parte de instantáneas hechas en la biblioteca del señor Terrill, y de la armadura que cayera sobre Bob.

—¡Estupendo, Bob! —alabó Júpiter—. Sólo tuviste un fallo: no

hiciste una fotografía del Fantasma Azul sentado al órgano.

—¿Crees tú que hubiera podido fotografiar una llama tocando un órgano que no funciona? —Bob se mostró sarcástico.

—«Nadie» es el algo que impidió hacer la fotografía —saltó Pete —. Pero ese «nadie» saturaba de terror la atmósfera dentro de la Sala de Proyecciones. Dudo seriamente que tú, Jupe, te atrevieses a hacerla.

—No, imagino que no —aceptó el jefe—. Es difícil actuar cuando se es presa del terror. Claro que esta foto nos hubiera ayudado mucho a solucionar nuestro problema.

Pete y Bob asintieron en silencio, y esperaron a que Júpiter continuase. Éste había tenido tres días de cama para pensar, y aún no les había hecho partícipes de sus nuevas teorías o conclusiones. El primer investigador rompió la pausa:

—Vuestra aventura encierra aspectos muy singulares. El fantasma del Castillo del Terror se apareció antes de la puesta del sol.

»Pero dentro era como si ya se hubiese puesto. Ahí la oscuridad era comparable a un gato negro en una mina de carbón.

»Sin embargo, eso no anula el hecho de que el sol brillase fuera. Nadie ha informado antes de sucesos anticipados a la medianoche. Bien, veamos qué nos dicen las otras fotos.

Cogió la de la armadura.

—Esta armadura —dijo— parece que brilla demasiado para estar oxidada.

—No estaba muy oxidada —corroboró Bob—. Sólo aparecía oxidada por algunos sitios.

—Y los libros y cuadros en la biblioteca del señor Terrill, no se ven muy polvorientos.

—Algo sí lo estaban —intervino Pete.

—¡Hum! —Júpiter miró largo rato el esqueleto sonriente en la caja de la momia—. Un esqueleto no deja de ser un legado muy extraño y poco habitual.

De repente, el remolque que contenía el puesto de mando empezó a temblar. Un trozo de hierro apoyado en la parte de fuera resbaló y rateó contra él. Una última y sonora ráfaga del órgano del señor Jones casi los elevó del suelo.

—¡Sopla! —gritó Pete—. ¡Creí que se trataba de un terremoto!

—Tío Titus ignora su propia fuerza cuando toca un órgano —comentó Júpiter—. Si piensa en continuar, será mejor que interrumpamos nuestra reunión. Antes quiero daros algo.

Entregó a cada uno un pedazo largo de yeso, como el empleado en la escuela, excepto que el de Pete era azul y el de Bob, verde.

—¿Para qué lo necesitamos? —preguntó Pete.

—Para pintar la marca de los Tres Investigadores.

Júpiter cogió un trozo de yeso blanco y trazó un **?** de grandes proporciones en la pared. Luego se volvió a sus amigos.

—Así sabremos que uno de los Tres Investigadores ha estado en el lugar. El color blanco será del primer investigador, si el interrogante es azul, sabremos que fue Pete, y si es verde, Bob. De habérseme ocurrido antes, no os hubierais perdido en el Castillo del Terror. Habría bastado con marcar vuestro avance y luego retroceder siguiendo las señales.

—¡Córcholis, tienes razón! —aseveró Pete.

Júpiter lo miró satisfecho y continuó:

—El interrogante es uno de los signos más comunes. Si alguien lo ve pintado en una pared o umbral, creerá que un niño ha estado jugando allí y lo olvidará. Sin embargo, para nosotros será todo un mensaje. Podemos emplearlo para marcar un camino a seguir, un escondite, o para identificar la casa de un sospechoso. Desde ahora en adelante, no ir nunca sin vuestro yeso especial.

Prometieron hacerlo así, y Júpiter pasó a referirles lo más importante de la reunión.

—Telefoneé al señor Hitchcock. Henrietta me dijo que mañana por la mañana se reúne con su personal para decidir si van o no a Inglaterra a filmar la película, en una mansión encantada que hay allí. Eso nos obliga a presentar mañana a primera hora nuestro informe. Y, como es lógico, tendremos que…

—¡No! —gritó Pete—. ¡No lo haré! En cuanto a mí toca, el Castillo del Terror está encantado sin duda alguna. ¡No necesito más pruebas!

Júpiter ni se inmutó.

—Durante los días que estuve en cama, llegué a ciertas conclusiones que hemos de comprobar. Ahora nos toca trabajar de prisa para informar a tiempo al señor Hitchcock. Por lo tanto, ambos deberéis obtener permiso para quedaros conmigo hasta bien

entrada la noche. ¡Hoy mismo daremos nuestro asalto al Castillo del Terror!

Capítulo 14

Un fantasma y un espejo

El Castillo del Terror surgía en la oscuridad por encima de Pete y Júpiter. No había luna, sólo unas cuantas estrellas para aliviar la negrura de ébano en el cañón.

—No oscurecerá más —dijo Júpiter con voz apagada—. Entremos.

Pete enfocó la linterna de doble potencia que había comprado con sus ahorros. Su antigua linterna debía de estar aún allí en la biblioteca del señor Terrill.

Subieron por los viejos peldaños y cruzaron la terraza. Júpiter cojeaba algo, pues tenía su tobillo fuertemente vendado. Sus pasos resonaban escandalosos en la oscuridad. En alguna parte un animalillo se asustó y corrió a ocultarse para escapar de los destellos de las linternas.

—Cualquier cosa que sea, es lista —dijo Pete—. Se aleja de aquí.

Júpiter no contestó. Su mano derecha empujaba la puerta principal. Pero ésta no cedía.

—Ayúdame —pidió—. La puerta debe de estar encallada.

Pete agarró el grueso pomo de bronce. De repente, sucedió algo incomprensible. El pomo de bronce se desprendió de su sitio, y ambos investigadores cayeron al suelo.

—¡Uf! —jadeó Pete—. ¡Estás sobre mi estómago! No puedo moverme. No puedo respirar. ¡Fuera de aquí!

Júpiter dio una vuelta y se puso en pie. Pete se levantó probando que no tuviera huesos rotos o dislocaciones.

—Creo que estoy entero —dijo—. Bueno, sólo me falta el buen sentido, que me lo dejé en casa.

Júpiter recogió el pomo de bronce.

—Mira —dijo—. El tornillo que sujeta el pomo de la varilla se aflojó.

—Ha habido mucho tráfico aquí estos últimos días —murmuró Pete—. Quizá se gastó.

—¡Hum! —El rostro de su recio amigo estaba sumido en recelo —. Me pregunto si no sería aflojado por alguien.

—¿Quién iba a hacer una cosa así? —preguntó Pete—. De todos modos, no podemos entrar; es mejor que nos vayamos.

—Estoy seguro de que localizaremos una entrada en cualquier parte —respondió Júpiter—. ¿Qué te parece si probamos una de esas ventanas que se ven allá? —las indicó.

Júpiter resiguió la pared frontal del edificio. Media docena de altas ventanas daban directamente a la terraza. Las primeras cinco estaban muy bien cerradas. Pero la sexta apareció varios centímetros más abierta. Júpiter empujó, y la ventana se abrió como una puerta. Detrás, una impenetrable oscuridad.

Sin embargo, la oscuridad quedó parcialmente rota gracias a la linterna del primer investigador, que alumbró una larga mesa con sillas colocadas a su alrededor. En el extremo más alejado de la larga mesa había algunas piezas de vajilla.

—El comedor —dijo Júpiter en voz baja—. Entremos por aquí.

Ya dentro, la linterna iluminó la habitación, mostrando sillas labradas, una larga mesa de caoba y paneles de madera en las paredes.

—Hay varias puertas —comentó Júpiter—. ¿Por cuál nos decidimos?

—Por mí, ¡uggggg!

Pete emitió una ahogada exclamación, al ver a una mujer con larga túnica que los miraba. Su traje era idéntico a los usados cien años atrás. Del cuello de la mujer colgaba una soga, cuyo extremo pendía hasta sus pies. Tenía las manos dentro de las mangas y miraba a los chicos con una expresión de pena.

Pete tiró de la chaqueta de Jupe.

—¿Qué te pasa? —preguntó Júpiter.

—¡Mira… mira! —tartamudeó Pete—. No estamos solos. Tenemos compañía.

Júpiter se volvió y Pete notó cómo se atiesaba. Eso significaba

que él también veía a la mujer que los miraba, inmóvil y sin respirar. Pete adivinó quién era. Con toda seguridad el fantasma de la mujer que el señor Rex dijera se había ahorcado para evitar casarse con el hombre impuesto por su padre.

El espectro ofrecía un aire aterrador, aunque la fantasmal aparición ni se movía ni hablaba.

—¡Dirige la luz hacia ella —susurró Júpiter—, cuando diga ahora! ¡Ahora!



Las dos linternas iluminaron de repente el lugar donde estaba en pie la mujer. Nuestros héroes se llevaron otra sorpresa mayúscula. ¡La visión había desaparecido!

En su lugar vieron un espejo, que les devolvía la propia mirada de sus ojos, llena de asombro.

—¡Un espejo! —estalló Pete—. ¡Luego estaba detrás de nosotros!

Se volvió raudo, acuchillando la oscuridad con el foco de luz. Pero no había nadie, excepto ellos. ¡La estancia estaba desierta!

—¡Se ha ido! —comentó—. Y yo también me voy. ¡Eso era un fantasma de verdad!

—¡Espera! —Su amigo lo cogió por la muñeca—. Hemos creído ver un fantasma reflejado en un espejo; si bien no me extrañaría que sea un engaño óptico. Lamento haber actuado con tanta precipitación. Debimos tomarnos más tiempo para examinar el extraño fenómeno.

—¿Más tiempo? —chilló Pete—. Conforme. ¿Por qué no la fotografiaste? ¡Tú llevas la máquina!

—Así es. Sólo que me olvidé totalmente de ella. De todos modos, nada hubiera demostrado. No se puede fotografiar a un espíritu.

—Tampoco un espíritu puede reflejarse en un espejo —saltó Pete—. Sin embargo, éste lo hizo, si es que no se hallaba dentro del mismo espejo. Nunca he sabido de un espejo fantasma. Ahora vamos a decírselo al señor Hitchcock.

—Acabamos de empezar —dijo Júpiter—. Todavía hay mucho que aprender. Debemos seguir adelante. Otra vez no me olvidaré de la máquina. Estoy ansioso de fotografiar al Fantasma Azul tocando el órgano estropeado.

La tranquilidad del muchacho ayudó a calmar a Pete, que se encogió de hombros.

—Bien —dijo—, pero ¿no piensas marcar la ruta con el yeso?

Júpiter emitió otra exclamación de enojo.

—¡Tienes razón! Repararé la omisión enseguida.

Se encaminó a la ventana por la que había entrado y trazó un gran interrogante en ella. Luego hizo una ligera señal sobre la mesa del comedor, cuidando de no estropear la superficie. Después pasó al enorme espejo para dibujar la marca especial de los Tres investigadores.

—De este modo, si Worthington y Bob vienen detrás de

nosotros, esto llamará su atención —dijo a Pete, mientras apretaba el yeso encima del pulimentado cristal.

—Esto ocurrirá en caso de que nunca más vuelvan a vernos —se lamentó Pete.

Júpiter no contestó.

Pero la presión de su mano empujó el alto espejo que se abrió silenciosamente hacia atrás, como una puerta. Allí empezaba un pasadizo, que debía de ir hasta lo más profundo del Castillo del Terror.

Capítulo 15

La niebla del miedo

Los dos muchachos, sorprendidos, entraron en el oscuro corredor.

—¡Cáspita! —exclamó Pete—. ¡Un pasadizo secreto!

Júpiter, frunciendo el ceño, comentó:

—Y precisamente oculto detrás de un gran espejo. ¡Hay que investigar dónde conduce!

Antes de que Pete pudiera formular protesta alguna, el primer investigador avanzó varios pasos iluminando con su linterna el largo y estrecho pasillo. Las paredes eran de piedra, y sólo había una puerta en el final.

—Sígueme —ordenó.

Pete se unió a él. Desde luego, no le agradaba recorrer el pasadizo secreto, pero menos aún quedarse solo.

Júpiter examinó cuidadosamente las paredes de roca con su linterna. Luego volvió sobre sus pasos para estudiar el espejo. Parecía un espejo normal, sobre una pared de madera oculta. No había pomo ni corredera.

—Curioso —murmuró—. Tiene que haber un medio secreto de abrir esta puerta.

Al empujarla se oyó un fuerte clic, y quedaron presos en el interior del pasadizo.

—¡Ahora sí que la has hecho buena! —se quejó Pete—. ¡Estamos atrapados!

—¡Hum!

Júpiter intentó localizar algún gancho que abriese la puerta. Pero no había ninguno. La parte de atrás era lisa, y tan bien ajustada que ni siquiera se percibía ranura donde introducir la uña.

—Definitivamente, debe de haber un medio secreto para abrir esta puerta —dijo—. Me pregunto por qué cedió tan fácilmente cuando la toqué hace un momento.

—¿Y qué importa eso ahora? —preguntó Pete—. Lo que importa es que halles cómo abrirla fácilmente otra vez. ¡Quiero salir de aquí!

—Estoy seguro de que en caso de emergencia podríamos huir a través de la madera, rompiendo el espejo —afirmó Júpiter, pasando las yemas de sus dedos sobre la puerta—. Pero no será necesario. Nuestro próximo objetivo se halla en otra dirección.

Pete estuvo a punto de decir que el segundo investigador no compartía semejante opinión. Y si no lo dijo fue porque Jupe avanzaba ya por el estrecho corredor, golpeando las paredes con los nudillos.

—Sólido —comentó—. Sin embargo, más allá de las paredes hay huecos. ¡Escucha!

Pete escuchó. Y oyó algo. Era el lejano ruido del órgano estropeado que empezaba a tocar. Los tonos fantasmales inundaron el estrecho pasaje, procedentes de todas las direcciones.

—¡Escucha eso! —exclamó Pete—. ¡El Fantasma Azul vuelve a tocar!

—Lo sé —contestó su amigo.

Júpiter apoyó el oído en la pared del pasadizo y permaneció así largo rato.

—La música viene del otro lado de esta pared —dijo—. Afirmaría que estamos directamente detrás del órgano, en la sala de proyecciones.

—¿Quieres decir que el Fantasma Azul está al otro lado de esta pared?

—Eso espero. Después de todo, nuestro propósito en esta expedición es encontrar al Fantasma Azul y hacerle unas fotografías. Y, si es posible, entrevistarlo.

—¿Entrevistarlo? ¿Quieres decir hablar con él?

—Si podemos cazarlo.

—¿Y sí es el fantasma quien nos caza? Eso es lo que me preocupa.

—Para tu tranquilidad —aseveró Júpiter—, no hay antecedentes de que el Fantasma Azul haya hecho daño a nadie. Mi estrategia se

basa en este punto. Durante mi permanencia en el lecho, llegué a ciertas conclusiones sobre el caso, que ahora pienso comprobar. Creo que pronto averiguaremos si tengo razón o no.

—Pero imagina que te equivocas —dijo Pete—. Si te equivocas y el Fantasma Azul decide colgarnos, ¿qué?

—Entonces admitiré que estaba equivocado. Sin embargo te haré una predicción: dentro de un momento, empezaremos a sentir una sensación de extremo terror.

—¡Dentro de un momento! —gritó Pete—. ¿Qué supones que siento ahora?

—Meramente gran nerviosismo. El terror está por venir.

—En tal caso me voy. Reventemos el espejo y salgamos de aquí.

—¡Aguarda! —Júpiter lo cogió por la muñeca—. Recuerda que el temor como el terror son sólo sensaciones. Pasarás mucho miedo, pero te puedo asegurar que no sufrirás daño alguno.

De repente, el segundo investigador advirtió un extraño cambio en el interior del pasadizo. Mientras escuchaban la música pequeñas nubecillas de niebla habían aparecido en el aire. Estaban en todas partes: en el suelo, en las paredes, en el techo…

Pete movió el foco de su luz arriba y abajo. Ante el brillante resplandor la niebla giraba lentamente, uniéndose en sinuosos círculos y espirales, que parecían formar extrañas y siniestras formas en el aire.

—¡Mira! —dijo Pete con voz temblorosa—. ¡Puedo ver caras! ¡Hay un dragón… un tigre… un pirata gordo…!

—¡Cálmate! —recomendó Júpiter—. Yo también veo caras raras, pero son producto de nuestra imaginación. Ocurre lo mismo cuando desde una montaña se contempla las nubes. Nuestros ojos las convierten en toda clase de seres. Esta neblina es totalmente inofensiva. Pero creo que el terror extremo está a punto de empezar.

Sujetó fuertemente la mano de Pete, que le devolvió el apretón. Júpiter tenía razón. Repentinamente sintió que dedos de terror se hundían en todas partes de su cuerpo, desde la cabeza a los pies. Su piel daba leves sacudidas con la desagradable sensación. Sólo el hecho de que Júpiter lo sentía también, y estuviera tan firme como una roca, evitó que Pete golpeara el espejo que bloqueaba el pasadizo.

Mientras la sensación de terror los envolvía, la niebla se espesó, retorciéndose en fantasmagóricas imágenes en el aire.

—La Niebla del Miedo. Alguien informó sobre ella hace muchísimos años —la voz de Júpiter temblaba algo, pero avanzó un paso—. Es la última manifestación del Castillo del Terror, ¡intentemos salir y cazar al Fantasma Azul, ahora que nos cree paralizados de temor!

—No puedo —consiguió murmurar Pete a través de sus dientes apretados—. Estoy paralizado. No puedo hacer que se muevan mis piernas.

Júpiter se detuvo.

—Ha llegado el momento de decirte lo que deduje cuando me vi forzado a quedarme en cama, Pete. Llegué a la conclusión de que el Castillo del Terror está realmente encantado.

—¡Eso es precisamente lo que vengo diciéndote yo!

—Sólo que está encantado, no por un espíritu, sino por un hombre tan vivo como nosotros. De hecho, el fantasma del Castillo del Terror, según mis deducciones, es el mismísimo señor Stephen Terrill, el supuestamente difunto actor de cine.

—¿Qué? —Pete quedó tan sorprendido que se olvidó de la sensación de terror—. ¿Quieres decir que vive y ha estado aquí todos estos años?

—Exacto. Un fantasma viviente que asusta a la gente para que se mantenga alejada de su hogar, con el fin de no perderlo.

—Pero ¿cómo vive? —preguntó Pete—. Ambos sabemos que no hay señales de que nadie entre y salga jamás de aquí. ¿Cómo logra su comida, cómo resuelve sus necesidades?

—No lo sé. Ésa es una cosa que quiero preguntarle. De lo que no tengo dudas es de que ha estado asustándonos para mantenernos alejados. En realidad no quiere hacer daño a nadie. ¿Te sientes ahora mejor?

—Bueno… sí, desde luego. Pero no por eso dejo de experimentar la sensación de que mis piernas desean trasladarme a otro sitio.

—Antes remataremos nuestra investigación desenmascarando al fantasma.

Júpiter se dirigió hacia la puerta final del pasillo. Pete descubrió que caminaba a su lado. Después de las razonadas explicaciones del jefe, todo parecía tener sentido. El mismo Stephen Terrill, maestro

en personajes terroríficos, había vivido en el viejo castillo todos aquellos años, asustando a la gente para que se alejara.

Llegaron a la puerta que cerraba el pasillo y, sorprendentemente, se abrió sin esfuerzo. Al lado hallaron oscuridad total. La música fantasmal creció en potencia de sonido, y por sus ecos, nuestros héroes dedujeron que estaban en una habitación mucho mayor.

—¡La Sala de Proyecciones! —susurró Júpiter—. No emplees la linterna. Tenemos que sorprender al fantasma.

Juntos resiguieron una pared y doblaron una esquina. Pete casi exhaló un grito cuando algo blando y resbaladizo le envolvió el rostro y cabeza. Por fortuna, sólo fue un tapiz deshilachado, del cual se liberó sin demasiado ruido.

Tan pronto rebasaron la esquina, vieron flotando entre el techo y el suelo de la sala la nebulosa llama junto al órgano estropeado. Se detuvieron. En la oscuridad, Pete advirtió que su compañero tomaba una foto.

—Vamos a saltar sobre él —susurró Júpiter.

Pete miró la extraña luz, y sintió lástima del señor Terrill. Después de tantos años de soledad en el castillo, le sería muy desagradable saberse desenmascarado.

—Quizá lo asustemos —dijo—. ¿Por qué no llamarlo? Así sabrá que somos amigos y que nada malo le ocurrirá.

—¡Buena idea! Caminemos lentamente hacia él, y mientras, le hablaré.

Avanzaron hacia la llama y la música.

—¡Señor Terrill! —gritó Júpiter—. Señor Terrill, queremos hablar con usted. Somos amigos.

Nada sucedió. La música siguió su lamento y el brillo azul en su sitio.

Dieron unos pasos más, y Júpiter volvió a probar:

—¡Señor Terrill! Soy Júpiter Jones, Pete Crenshaw me acompaña. Queremos hablar con usted.

Esta vez, y de repente, cesó la música.

La extraña llama azul se movió, para subir graciosamente hacia el techo, donde se quedó colgada.

Júpiter y Pete se quedaron mirando el inesperado vuelo del organista fantasmal, hasta que advirtieron que había algo detrás de

ellos en la oscuridad. Júpiter fue sorprendido con la cámara aún en la mano. Pete tuvo el tiempo justo de apretar el botón de «encendido» de su linterna. El destello de luz descubrió a dos hombres, uno de mediana altura y otro bajo, ambos vestidos de árabes. Cada uno de ellos lanzó algo blando en el aire.

Una gran red cubrió la cabeza de Pete. La linterna se le cayó de la mano, y se apagó. El segundo investigador quedó envuelto hasta los pies.

Intentó correr, pero sus pies se enredaron y cayó al suelo alfombrado. Rodó luchando desesperadamente, pero comprendió que estaba totalmente atrapado como cualquier pez en una red que sacan a tierra. Cuando más luchaba, más se apretaban las anillas de la red.

—¡Jupe! —gritó—. ¡Ayúdame!

Su amigo no contestó. Pete torció cuanto pudo el cuello y vio por qué el primer investigador no respondía a su llamada de socorro.

Los dos hombres habían cogido a Júpiter como si se tratase de un saco de patatas. También se hallaba totalmente envuelto en una red. Sus raptores se alumbraban con una pequeña linterna. Entre ambos se llevaron al muchacho por los hombros y piernas y desaparecieron por una puerta. Su peso parecía ocasionarles muchas molestias.

Apenas incapaz de moverse en el interior de la red que lo había atrapado, Pete quedóse tendido en el suelo y sin poder ver nada en la oscuridad, excepto aquella lucecita que brillaba en lo alto junto al techo.

Tuvo la sensación de que el Fantasma Azul se reía de él.

Capítulo 16

Prisioneros en la mazmorra

Después que el Fantasma Azul desapareciera, la oscuridad, como una manta, cayó sobre Pete, que intentó una vez más liberarse para sentirse de nuevo más apretado.

«¡Vaya situación!», pensó lúgubremente. En vez de abordar a un inofensivo sujeto que jugaba a fantasmas, habían sido capturados. Aquellos dos individuos parecían tipos duros, y, evidentemente, se hallaban preparados, puesto que no lograron sorprenderlos.

Pete pensó en Bob y en Worthington, que los aguardaban en el camino del cañón. ¿Volvería a ver a sus amigos? ¿Volvería a ver a sus padres?

Sentíase muy desgraciado cuando una luz avanzó hacia él. A medida que se acercaba, la reconoció como una linterna en la mano de un hombre alto, que vestía las largas túnicas de seda de un noble oriental.

El desconocido llegó hasta Pete y se inclinó sobre él, enfocándole la linterna a la cara. El valiente muchacho vio unos crueles ojos oblicuos y una boca llena de dientes de oro.

—¡Papanatas! —masculló el oriental—. ¿Por qué no habéis sido sensatos y os habéis mantenido alejados, como los demás? Ahora hemos de dar buena cuenta de vosotros.

El feroz enemigo pasó un dedo por su propia garganta e hizo un ruido significativo. Pete lo entendió, y su sangre pareció congelarse de pronto.

—¿Quién es usted? —preguntó, tartamudeando algo—. ¿Qué pretende?

—¡Ah! —respondió el hombre—, ¡te espera la mazmorra

profunda…!

Cogió a Pete como si fuera un saco de patatas, se lo echó al hombro y volvió por el camino que había venido.

Colgado a la espalda del oriental, Pete apenas veía nada en la escasamente rota oscuridad que lo envolvía. Supo que cruzaba una puerta, un pasillo y que descendían muchos escalones. Luego vino otro pasillo, húmedo y frío, y pasaron por más puertas que desembocaron en una pequeña habitación parecida a una celda.

¡Era la mazmorra! Había anillas oxidadas cogidas a las paredes.



Pete vio algo blanco tendido en un ángulo de la mazmorra. El árabe más bajo estaba sentado junto al bulto afilando un largo cuchillo.

—¿Dónde está Abdul? —preguntó el oriental que trajo a Pete.

Éste, al ser soltado junto al bulto que yacía en el suelo, reconoció a Júpiter envuelto en la red con que lo cazaron.

—Fue en busca de Zelda —contestó el árabe, y su voz sonó gutural y profunda—. Ella y la gitana Kate siguen ocultas. Vamos a votar qué haremos con estos cachorros que hemos cazado.

—Propongo sencillamente cerrar con llave la puerta de esta cómoda estancia y dejarlos aquí —habló el más alto—. Nunca más los encontrarán y pronto el viejo castillo estará verdaderamente encantado.

—No es mala idea —gruñó su compañero—. Pero antes quiero ver cómo corre un poco de sangre.

Probó el filo del cuchillo en su pulgar, y Pete, que lo miraba, tragó saliva con dificultad. Quiso hablar a su amigo, pero Júpiter seguía tan quieto a su lado que temió estuviera herido.

—Iré a ver dónde está Zelda —dijo el de más estatura a su compañero.

El otro enfundó su cuchillo y se puso en pie. Lanzó una última mirada a los dos muchachos y se volvió a su camarada.

—Ven conmigo y ayúdame a borrar las huellas. Estos pescados no se saldrán muy de prisa de sus redes.

El oriental colgó su linterna en la pared de modo que iluminara a los dos chicos. Luego ambos individuos salieron apresuradamente. Pete oyó cómo sus pasos se amortiguaban al alejarse. Luego captó un sonido de aplastamiento, como si hubieran hecho rodar una piedra enorme. Después… silencio…

¡Al fin habló Júpiter!

—Pete, ¿estás bien?

—Eso depende de lo que tú entiendas por estar bien —respondió el interrogado—. Si te refieres a que tenga huesos rotos… estoy bien. Sigo tan sonrosado como un niño bien alimentado.

—Celebro que no estés herido —Júpiter parecía muy apesadumbrado—. Te ruego que perdones por haberte conducido a un peligro no sospechado. Tenía confianza en mis propias deducciones.

—Bueno, esto puede sucederle a cualquiera —contestó Pete—. ¡Parecía tan lógico! ¿Quién se hubiera imaginado que íbamos a topar con semejante pandilla? Sobre todo, no habiendo hallado fuera rastro alguno de que este lugar sea usado como escondite.

—Estaba tan seguro de que el señor Terrill era el responsable —dijo Júpiter—, que no se me ocurrió otra posibilidad. Dime, ¿puedes mover las manos?

—Puedo mover el dedo meñique, si te sirve. Estoy totalmente enredado en estas mallas.

—Afortunadamente yo sí puedo usar mi mano derecha. Estoy haciendo algún progreso para liberarme. Quizá puedas ayudarme diciéndome dónde cortar después.

Pete se volvió de lado. Jupe hizo lo mismo, quedando de espaldas a su compañero. Éste pudo ver entonces que su jefe había conseguido sacar la navaja suiza que colgaba de su cinto. Ésta, entre sus ocho hojas, incluía un destornillador y unas tijeras. Júpiter había logrado abrir las diminutas tijeras y cortado algunas de las mallas de la red para sacar la mano.

—Corta hacia tu izquierda —susurró Pete—. Así podrás liberar la otra mano… ¡Eso es! ¡Continúa!

Las tijeras eran pequeñas, y el hilo de la malla parecía ser de nilón duro, pero, bajo la dirección de Pete, Júpiter hacía visibles progresos. Pronto tuvo ambas manos libres, y ya pudo avanzar más de prisa. Empezaba a ensanchar el boquete abierto en la red, cuando, de repente, oyeron pasos.

Durante un momento se quedaron demasiado aterrados para moverse. Luego los reflejos de Júpiter empezaron a trabajar, y se echó rápidamente de espaldas para ocultar la red cortada. En la espera, sus corazones latían locamente.

Al fin apareció una anciana vestida con ropas de gitana y grandes aros en las orejas. Entró en la celda aguantando una linterna sobre su cabeza.

—¡Hola, guapos! —saludó, y su voz sonó a cascajo—. ¿Estáis bien y cómodos? No hicisteis caso del aviso que la gitana Kate, la buena gitana Kate, se tomó tanta molestia en dejaros. Ahora ved lo que os ha sucedido. Prestar siempre oídos a los consejos de una gitana, hijitos, y os irá mejor.

Quizá la postura que mantenían nuestros valientes muchachos

atrajo la atención de la gitana, que se apresuró a observar sus costados.

—¡Tretas, lindos cachorros, tretas!

Sin mucha delicadeza, dio la vuelta a Júpiter y vio la red cortada.

—¡Vaya! Los cachorrillos quieren escapar —le torció la muñeca y el cuchillo cayó al suelo. Lo recogió—. Ahora tendré que aplicaros un castigo, lindos pillastres —y en voz más alta—: ¡Zelda! ¡Trae cuerdas! ¡Trae cuerdas! ¡Nuestros cachorrillos quieren escapar!

—¡Ya voy, Kate! ¡Ya voy! —Se oyó otra voz.

Segundos después aparecía en el umbral otra mujer alta y bien vestida, con una cuerda en la mano.

—Son listos, muy listos —comentó la vieja—. Debemos atarlos bien, muy bien. ¡Ayúdame!

Pete no pudo hacer otra cosa que mirar cómo las dos mujeres se esforzaban en asegurar a su compañero. Primero aflojaron la red, y luego le ataron las manos a la espalda, y le ligaron los pies. Finalmente, ataron otra cuerda a sus muñecas y a una anilla oxidada fija en la pared de roca.

Puesto que la red de Pete seguía intacta, sólo pasaron una cuerda a su alrededor y la aseguraron bien.

—Ahora no huirán, Zelda —afirmó la gitana—. Nunca podrán irse. Convencí a los hombres de que no era necesaria la crueldad. No me gusta derramar sangre. Nos limitaremos a dejarlos en esta celda con la puerta cerrada. Así nunca podrán decir a nadie lo sucedido.

—Me producen pena —comentó Zelda—. Parecen buenos chicos.

—No te ablandes ahora, niña —reconvino la gitana—. Lo acordamos por votación, y eso es tanto como un juramento. Ahora date prisa, hemos de borrar nuestras huellas y marcharnos.

La gitana descolgó la lámpara de la pared y se marchó. Zelda alumbró con su luz a los dos muchachos imposibilitados, y preguntó:

—¿Por qué os empeñasteis en ser testarudos, patitos? Los demás se asustaron siempre y nunca volvieron. Bastaba con una tonada del órgano del terror, para que huyeran sin ánimos de averiguar cosas. En cambio, vosotros os habéis mostrado tercos y no renunciasteis a saber lo que no os importaba.

—¡Los Tres Investigadores nunca renuncian! —exclamó Júpiter, con decisión.

—Hay ocasiones en que es preferible y sensato renunciar —respondió ella—. Bueno, os diré adiós. Espero que no os asuste la oscuridad. Tengo que irme ahora.

—Antes de irse —pidió Júpiter, admirando a Pete por la serenidad y firmeza de su voz—, ¿puedo formularle una pregunta?

—Naturalmente que sí.

—¿A qué empresa criminal se dedican ustedes?

La mujer se rió.

—¡Vaya pregunta más improcedente y larga! Jovencito, somos contrabandistas. Traficamos con valiosos objetos orientales, mayormente perlas, y usamos el castillo como refugio. Durante años hemos evitado que la gente viniera aquí, haciéndolo pasar por encantado. Es un escondite perfecto.

—¿Por qué usan trajes tan llamativos? —preguntó el muchacho—. Cualquiera que les vea, no los olvidará nunca.

—Nadie nos ve, jovenzuelo. Bueno, dejaré de contestar más preguntas o, de otro modo, no tendrás nada en que pensar. Adiós, nunca más volveremos a vernos.

Zelda se llevó la linterna, y tan pronto cerró la puerta la oscuridad envolvió a los dos amigos. Pete sintió que su garganta se secaba y que su lengua se pegaba al paladar de su boca.

—¡Jupe, di algo! Quiero oír algún ruido.

—¡Oh, lo siento! Estoy pensando.

—¿Pensando, en un momento como éste?

—Pues, sí. ¿No te fijaste en que la gitana Kate al marchar giró a la derecha?

—No, no me fijé. ¿Qué importancia tiene eso?

—Bueno, sencillamente que se fue por el lado contrario del que nosotros hemos recorrido. Eso significa que no ha subido a las dependencias superiores del castillo. Y puesto que ha descendido a un plano inferior al de esta mazmorra, hemos de sospechar que hay una entrada secreta en alguna parte. Eso explica por qué no hay rastro de nadie dentro ni fuera del castillo.

¡Zambomba! Incluso atado en la mazmorra y abandonado hasta morir de hambre, Júpiter mantenía en funcionamiento sus células grises.

—Espero que el tiempo perdido en sacar semejantes conclusiones —dijo Pete—, no te habrá impedido idear un modo de salir de aquí.

—Pues no lo hice. De momento no se me ocurre cómo salir de aquí sin ayuda. Por favor, Pete, acepta mis excusas. Estoy convencido que esta vez he cometido un grave error.

El segundo investigador no halló palabras de consuelo apropiadas y ambos se quedaron silenciosos, escuchando los débiles sonidos en la oscuridad. En alguna parte un ratón corría de uno a otro lado, y en otra, un grifo goteaba. Las lentas gotas, por su monótona y regular persistencia, parecían medir uno a uno los minutos que pasaban.

Capítulo 17

Una pista de interrogantes

Worthington y Bob Andrews empezaron a sentirse nerviosos. Llevaban más de una hora sentados en el «Rolls-Royce» a la espera de Júpiter y Pete, sin que éstos dieran señales de vida. Cada cinco minutos Bob saltaba del coche y se iba hacia el Cañón Negro. De cuando en cuando, Worthington hacía lo mismo. Pero no lograban otra impresión que estar mirando a la negra garganta de una serpiente gigantesca.

—Master Andrews —dijo Worthington—, será mejor que me llegue un momento al castillo y vea qué les ocurre.

—¡Pero usted no puede separarse del coche! —exclamó Bob—. Está obligado a no perderlo de vista.

—Master Jones y Master Crenshaw son más importantes que un automóvil. Iré a ver qué les pasa.

Bajó del «Rolls» y abrió el portaequipajes de atrás. Bob contempló cómo sacaba una enorme linterna.

—Voy con usted —dijo—. ¡Son mis amigos!

—Bien, iremos juntos.

Worthington cogió también un gran martillo por si necesitaba de un arma, y luego se encaminó al Cañón Negro. Debido a su pierna, Bob apenas lograba emparejar su paso con el de Worthington. Éste le ayudó a salvar el tramo de camino donde había más rocas. No tardaron mucho en llegar al Castillo del Terror.

Una vez allí, descubrieron que la puerta principal carecía de pomo y que, por lo tanto, era imposible abrirla desde fuera. Luego vieron el pomo caído en el suelo.

—Evidentemente, sus amigos no entraron por la puerta —dijo

Worthington—. Bien, busquemos otra entrada.

Recorrieron la fachada principal, enfocando la linterna a las ventanas. Fue Bob quien localizó un enorme interrogante pintado con yeso blanco sobre una ventana entreabierta.

—¡Entraron por aquí! —gritó—. ¡Ésta es la contraseña secreta de los Tres Investigadores!

Empujaron la ventana y penetraron en el interior. La linterna de Worthington iluminó la estancia, que era el comedor.

—No sé por dónde se fueron —dijo el chófer—. Hay varias puertas, pero ninguna esta señalada.

Pero Bob descubrió el gran espejo con un interrogante en su centro.

—No creo que pueda pasarse a través de un espejo —dudó Worthington, perplejo—. Sin embargo, debemos investigar.

Tocó el cristal y, para sorpresa de ambos, se abrió como una puerta movida por resorte. Detrás había un estrecho pasillo.

—¡Una puerta secreta! —exclamó Worthington—. ¡Seguro que entraron por ella! ¡Pues nosotros haremos lo mismo!

Bob comprendió que él solo no hubiera tenido valor para introducirse allí, pero no dudó en seguir a Worthington.

No tardaron en descubrir una nueva marca hecha por el primer investigador en la puerta del otro extremo. Al cruzarla se encontraron en la Sala de Proyecciones. Worthington paseó la luz a su alrededor, poniendo al descubierto tapices deteriorados, butacas con el asiento rasgado y el órgano cubierto de polvo. Sin embargo, no había rastro alguno de Júpiter y Pete.

Un destello de algo metálico atrajo la atención de Bob. Lo que fuera se hallaba debajo de una butaca. Avanzó hasta ella y lo cogió.

—¡Worthington! —gritó—. ¡La linterna de Pete!

—Master Crenshaw no la dejaría olvidada aquí —comentó Worthington—. Algo debió de suceder. ¡Busquemos!

Se pusieron a gatas en el pasillo entre las butacas, iluminando el suelo con la linterna. Worthington informó:

—Aquí el polvo muestra señal evidente de haber sido muy pisoteado.

Tenía razón. Además, unos pasos más adelante hallaron otro interrogante.

Worthington advirtió algo extraño en aquella señal, que lo

inquietó. No obstante, prefirió no alarmar a Bob y se calló sus pensamientos. Reanudó la búsqueda de señales en el polvo, que seguían por delante de las butacas y por detrás de la pantalla cinematográfica. Las señales conducían a una puerta situada al otro lado de la pantalla. Tras la puerta apareció un vestíbulo, donde una escalera descendía en caracol, sumida en absoluta oscuridad. Pero del mismo vestíbulo arrancaba otro pasillo en dirección opuesta a la escalera.

Se quedaron indecisos sobre el camino a seguir. Al fin Worthington estudió los primeros peldaños de la escalera en busca de un indicio, qué descubrió, si bien resultaba demasiado débil e impreciso.

—Sigamos por la escalera —dijo—. Aquí veo otra señal.

—¿Qué demonios ha sucedido, Worthington? —preguntó Bob, mientras bajaban aprisa la escalera de caracol.

—Sólo cabe hacer conjeturas —respondió Worthington, deteniéndose brevemente para inspeccionar otro interrogante en un peldaño—. Si hubiera caminado por su propio pie, las señales estarían a la altura de la vista y en la pared. Ahora bien, lo que vemos indica que eran llevados y que aprovecharon la oportunidad de los obligados descansos de su raptor o raptores para dejar impresa la señal en los escalones, cuando eran soltados.

—¿Y quién pudo llevarlos al sótano? —preguntó Bob desalentado—. Más que una bodega parece una mazmorra.

—Desde luego. Esto me recuerda a una mazmorra que vi cierta vez en un viejo castillo inglés donde estuve empleado —afirmó—. El lugar resulta muy desagradable. En cuanto a quién o quiénes pudieron traer a sus amigos hasta aquí, no tengo ni idea. Bueno, parece que hemos perdido la pista.

Habían llegado al fondo. Allí arrancaban tres pasillos distintos. Pero, desgraciadamente, no era visible ninguna otra marca de yeso.

—Sólo nos queda apagar la linterna y escuchar —propuso Worthington—. Quizás en la oscuridad oigamos algún ruido.

Esforzaron sus oídos en la silenciosa negrura, oliendo el aire húmedo. Inesperadamente captaron un ruido parecido al roce de dos rocas. Un momento después vieron un destello de luz en la pared alejada del pasillo central.

—¡Master Jones! —dijo Worthington—. ¿Es usted?

De repente, vieron a una mujer que aguantaba una linterna encendida. Luego la luz desapareció y volvieron a oír el ruido de piedras al ser rozadas. De nuevo, todo quedó a oscuras y en silencio.

—¡Tras ella! —gritó Worthington.

Corrió por el pasillo, dejando a Bob solo, que daba saltos detrás de él, tan aprisa como podía. Cuando el chico alcanzó al chófer, éste tanteaba una pared de cemento, lisa. El pasillo terminaba allí.

—¡Se fue por aquí! —dijo Worthington—. ¡Lo juraría! Bien, se impone la necesidad de actuar sin demoras.

Cogió el pesado martillo que aguantaba en su cinto, y empezó a golpear la pared. En seguida localizaron un trozo de pared que sonaba hueca.

Worthington golpeó furiosamente en aquel sitio, y el cemento saltó hecho migas. Segundos después tenía hecho un agujero en la pared, de unos diez centímetros de ancho. La abertura puso al descubierto que la pared estaba hecha de cemento y alambre entrecruzado.

Pero aquello era una puerta secreta. Worthington introdujo las manos en el agujero y zarandeó la puerta que se abrió de golpe. Tras ella apareció un largo pasadizo que parecía conducir directamente a la ladera de la montaña. El techo y lados eran de roca viva.

—¡Un túnel! —exclamó Worthington—. Los raptores de los muchachos se marcharon por este túnel. Aquella mujer debe de formar parte de la pandilla. ¡Vamos de prisa, antes que se nos escape!

Luego de recorrer un trecho, advirtieron que el techo se hacía cada vez más bajo, hasta que Worthington tuvo que agacharse para seguir adelante. Todo esto dificultó la marcha, y la linterna golpeó una pared y se cayó, apagándose. Mientras Bob buscaba la linterna, oyó agitar de alas y chillidos excitados. Algo blando dio contra su cara en la oscuridad. Seguidamente, otros chocaron con su cabeza.

—¡Murciélagos! —gritó Bob alarmado—. ¡Worthington, estamos siendo atacados por murciélagos gigantes!

—¡Quieto, jovencito! No se asuste.

Worthington se puso de rodillas y buscó la linterna. Bob se cubrió la cabeza con los brazos. Extraños animales, grandes y blandos, revoloteaban alrededor del muchacho. Uno de ellos intentó

pararse encima de su cabeza. Bob emitió un desesperado grito y se lo quitó de encima.

—Son tan grandes como palomas —dijo a Worthington—. Me temo que se trate de murciélagos vampiros gigantes.

—No lo creo —respondió Worthington, que al fin consiguió hallar la linterna.

Su haz de luz alumbró el techo y vieron pequeños seres que revoloteaban asustados. No eran murciélagos, sino simples pájaros que acudieron entre chillidos de excitación a la luz.

Worthington apagó la linterna.

—La luz los atrae —dijo a Bob—. Regresemos a oscuras. Vamos, deme la mano.

El muchacho obedeció con presteza y Worthington inició el camino de regreso palpando la pared. Los pájaros quedaron atrás. Al fin la oscuridad se tornó tranquila y hombre y niño cruzaron la puerta que daba a las mazmorras del Castillo del Terror. Rápidamente cerraron la puerta para evitar que los pájaros entrasen.

—No creo que los llevaran a través de este túnel —dijo Worthington—. Sus raptores hubieran tenido que dejarlos en el suelo para abrir la puerta oculta. Y Master Jones hubiera aprovechado la ocasión para hacer el interrogante. Y, desde luego, no hemos visto señal alguna.

No hallaron señal, pero sí oyeron repetidos gritos, que sin lugar a dudas, pertenecían a Júpiter. Pedía socorro. La voz de Pete reforzó la demanda de auxilio.

Los gritos, bastante amortiguados, sonaban a espaldas de la pareja de rescate, que, rauda, retrocedió por el oscuro pasillo. Entonces vieron una puerta cerrada que les pasara inadvertida cuando perseguían a la mujer.

Al fin penetraron en una mazmorra de verdad, con anillas de hierro en la pared. Allí estaban Pete y Júpiter, atados como dos paquetes de Navidad. No se mostraron muy felices de ser rescatados. Más bien exteriorizaran mal humor debido a la tardanza en oír sus gritos.

—Hemos de ir en seguida en busca de las autoridades —propuso el chófer inglés, mientras Júpiter y Pete se sacudían el polvo—. Esta gente es peligrosa. Abandonaron a ustedes aquí para que muriesen.

Júpiter no le prestó mucha atención. Pero sí a Bob cuando mencionó que habían sido atacados por pájaros en el túnel.

—¿Qué clase de pájaros? —preguntó.

—¿Qué clase de pájaros? —chilló Bob, beligerante—. ¡No me paré a preguntárselo! Cualquiera diría que eran pequeñas águilas, por el modo como nos atacaron.

—En realidad fueron inofensivos —aclaró Worthington—. Ocurrió que la luz los atrajo. Yo diría que eran periquitos.

—¡Periquitos! —Júpiter se movió como impulsado por un resorte—. ¡Vamos, síganme! Hemos de actuar de prisa.

El primer investigador desprendió de su cinto la linterna y corrió hacia fuera.

—¿Qué bicho le ha picado? —preguntó Pete a Bob, que le daba su linterna.

—Una pista, imagino. De todos modos, hay que seguirla. ¡Vamos!

—Desde luego que sí —aceptó Worthington—. ¡En marcha, jovencitos!

Los tres corrieron detrás de Júpiter, que ya iba a cincuenta metros delante de ellos, pese a su tobillo vendado. Pete dejó atrás a Worthington, que se quedó para ayudar a Bob. Cuando éstos llegaron al sitio donde el túnel perdía altura, vieron las otras luces que se movían, arriba y abajo, para luego desaparecer en una esquina de la roca natural.

Los dos rezagados caminaron todo lo aprisa que pudieron entre los irritados periquitos que volvieron a revolotear. Hubo momentos en que Worthington se vio obligado a arrastrarse, debido a lo angosto del pasillo. Finalmente, salieron a un trecho más amplio y volvieron a ver las luces, que se habían detenido. Los alcanzaron porque Júpiter y Pete tuvieron que entretenerse en abrir una puerta de madera. Al cruzar el umbral, se hallaron en una gran jaula de alambre, rodeados de periquitos que chillaban asustados.

—Estamos en la enorme jaula donde el señor Rex cría sus periquitos —informó Júpiter—. El final del Cañón Negro debe de estar exactamente al otro lado de Winding Valley Road, separados por unos cien metros de macizo rocoso.

Júpiter empujó con fuerza la puerta de alambre que cerraba la jaula, y ésta se abrió de golpe. Los cuatro pasaron por ella, para

salir a los pocos metros del pequeño *bungalow* del señor Rex. A través de la ventana pudieron ver a éste y a un hombre bajo que jugaban a las cartas, como si no les importase nada de cuanto sucediera a su alrededor.

—Les sorprenderemos —susurró Júpiter—. ¡Apagad las linternas!

La orden fue obedecida, y todos siguieron tras él en silencio hacia la puerta. El primer investigador tocó el timbre. Segundos después, el señor Rex abría la puerta y los miraba con manifiesto enojo. Bob tuvo la oportunidad de ver de cerca cuan siniestro era su aspecto, agudizado por su calva y la cicatriz de su garganta.

—Bien, ¿qué ocurre? —susurró amenazador.

—Nos gustaría hablar con usted, señor Rex —se adelantó Júpiter.

—¿Aun en el supuesto de que yo no quiera ser molestado?

—En tal caso —intervino Worthington—, tendremos que llamar a las autoridades para que investiguen.

El señor Rex se mostró alarmado.

—¡Oh, no es preciso! —murmuró—. ¡Entren, entren!

Los cuatro lo siguieron hasta una habitación donde un hombre se hallaba sentado ante un juego de naipes. Era muy bajo, apenas medía más de metro y medio de altura.

—Es mi viejo amigo Charles Grant —presentó Rex—. Charlie, éstos son los chicos que han estado investigando el Castillo del Terror. Bien, muchachos, ¿habéis encontrado ya a los fantasmas?

—Sí —respondió audazmente Júpiter—. Hemos resuelto el secreto del castillo.

Sonó tan convincente, que alarmó a Pete y a Bob. Si había resuelto algo, ellos lo ignoraban.

—¿De veras? —preguntó el Murmurador—. ¿Y cuál es el secreto?

—Ustedes dos son los fantasmas que «encantaban» el castillo para asustar a la gente y obligarla a mantenerse alejada. Hace unos minutos ataron a Pete Crenshaw y a mí en la mazmorra del castillo.

—¡Ésa es una acusación muy grave, muchacho! —murmuró Rex —. Te apuesto algo a que no eres capaz de probarlo.

Pete estuvo de acuerdo en eso. ¿No estaría Jupe cometiendo un error? Según sus propios conocimientos, quienes los atacaron fueron

una mujer y una vieja gitana.

—¡Mírense las punteras de sus zapatos! —invitó autoritario Júpiter—. Puse en ellas nuestro signo secreto mientras me ataban.

Los dos hombres se miraron los zapatos, cosa que hicieron los demás al mismo tiempo.

Sobre la pulimentada piel negra de cada zapato derecho campeaba el interrogante de los Investigadores.

Capítulo 18

Entrevista con el fantasma

Ambos hombres se alarmaron, lo mismo que Pete, Bob y Worthington.

—Pero… —empezó a decir Pete.

—Eran ellos vestidos con trajes y pelucas de mujer —explicó Júpiter—. Lo supe tan pronto advertí que calzaban zapatos de hombre. Entonces comprendí que los cinco de la banda que nos habían capturado eran sólo dos, que se cambiaban de indumentaria.

—¿Quieres decir que los árabes, el oriental y las mujeres, eran el señor Rex y el señor Grant? —preguntó Pete, aturdido.

—Exacto —contestó el señor Rex, preocupado—. Representamos a los componentes de una banda para asustaros. Los trajes, túnicas y faldas eran fáciles de cambiar. Sin embargo, quiero aclararos que nunca tuvimos el propósito de haceros daño. Regresaba a desataros cuando vuestros amigos me sorprendieron.

—¡No somos asesinos! —protestó el hombrecillo—. ¡Ni contrabandistas! Únicamente somos fantasmas.

El señor Grant se rió de su propia broma, pero no así el señor Rex, que dijo en tono muy solemne:

—¡Yo soy un asesino! ¡Yo maté al actor de cine Stephen Terrill!

—¡Oh, así es! —Corroboró el hombrecillo, como enmendando su anterior olvido—. Lo alejaste, pero eso apenas cuenta.

—La policía puede opinar distinto —dijo Worthington—. Muchachos, opino que debemos hacer una visita a las autoridades.

—¡No! ¡Aguarden! —El Murmurador tendió la mano—. Si me conceden un momento podrán hablar con el propio Stephen Terrill.

—¡Querrá decir con su espíritu! —gritó Pete.

—Exacto. Hablarán con su espíritu. Él mismo les dirá por qué lo maté.

Antes de que nadie pudiera detenerlo, el Murmurador se marchó a la otra habitación.

—No se preocupen —informó el señor Grant—. No intenta escapar. No tardará ni un minuto, Y ahora que recuerdo, aquí tienes tu navaja. Júpiter.

—Gracias. Le tengo particular afecto.

Transcurrieron sesenta segundos escasos antes de que se abriera la puerta y apareciera un hombre. Sólo que esta vez no era el Murmurador. Éste parecía más bajo y más joven, y llevaba muy bien peinado su pelo gris-castaño. Vestía una chaqueta de tejido y pantalones claros y mostraba una sonrisa agradable.

—Buenas tardes —dijo—. Soy Stephen Terrill. ¿Querían verme?

Todos se quedaron sin saber qué decir. Incluso Júpiter se olvidó para qué sirve la lengua. Fue el señor Grant quien dijo:

—Es el auténtico Stephen Terrill.

De repente, Júpiter reaccionó indignado consigo mismo. Nunca se perdonaría su falta de imaginación ante un caso como aquél.

—¡Señor Terrill! —exclamó—. Así usted también es Jonathan Rex, el Murmurador, ¿no?

—¡El… Murmurador! —repitió Pete—. Yo diría que no es tan alto. Además tiene pelo y…

—Vuestro seguro servidor —Stephen Terrill lo interrumpió.

Luego se quitó la peluca y mostró su calva, irguió el cuerpo y su estatura ganó varios centímetros, puso los ojos oblicuos; cambió la posición de sus labios y susurró:

—¡Quietos, si es que estiman en algo sus vidas!

Fue tan convincente, que todos saltaron de sobresalto. Nadie dudaría que era el Murmurador, ni tampoco el actor de cine que se suponía muerto años atrás. Desde luego, nuestros amigos no tuvieron inconveniente en aceptarlo así.

El señor Terrill se sacó del bolsillo un curioso objeto. Era una cicatriz artificial hecha de plástico.

—Si me pongo esto en la garganta, me quito la peluca y calzo botas de tacón alto, dejo de ser Stephen Terrill —explicó—. Y si mi voz se convierte en un susurro siniestro, me transforma en el individuo que impone respeto y temor: el Murmurador.

Se volvió a encasquetar la peluca y de nuevo fue un hombre corriente.

Todos se pusieron a hacer preguntas, y él alzó la mano.

—Será mejor que nos sentemos. Os debo una explicación. ¿Veis aquel cuadro?

Señaló la fotografía en la que el Murmurador estrechaba las manos a… él mismo.

—Sólo es un truco fotográfico, hecho con las fotografías de un mismo hombre. Muchos años atrás, cuando me hice actor de cine, averigüé que mi vergüenza y ceceo me impedían llevar bien mis negocios. Me molestaba discutir con la gente, y prefería perder mis derechos.

»Ésa fue la razón que hizo nacer al Murmurador como apoderado mío. El Murmurador era un sujeto de aspecto y tono fiero. Su voz en susurro eliminaba el ceceo. Su desfachatez y figura facilitaban la defensa de mis intereses. Nadie, excepto mi amigo Charlie Grant, sabía que éramos el mismo hombre. Charlie era mi maquillador, y solía ayudarme en la transformación de uno a otro personaje.

»Todo fue muy bien hasta que hice mi primera película hablada. Entonces el mundo entero se rió de mí. Ello produjo un rudo golpe a mi orgullo. Me encerré en mi hogar. Cuando supe que el Banco quería quitármelo, me desesperé.

»Cuando construía mi castillo, los obreros descubrieron una falla en las rocas del Cañón Negro, que casi comunicaba con el precipicio del otro lado, donde acaba el Winding Valley Road. Eso me hizo dueño de un túnel natural y, secretamente, instalé una puerta para ocultarlo. Después, bajo el nombre supuesto de Jonathan Rex compré la tierra del otro extremo y construí este *bungalow*. Así podía trasladarme de un sitio al otro sin que nadie sospechase mi verdadera identidad.

»Frecuentemente daba largos y solitarios paseos con ánimo de sacudir mi depresión. Un día, desde mi coche observé el océano. Fue entonces cuando concebí la brillante idea de simular un accidente.

—¿Precipitó usted mismo su coche por la escollera? —interrumpió Júpiter.

Terrill asintió.

—Sí. Primero escribí una nota, que dejé en un sitio donde se pudiera hallar con seguridad. Luego, una noche oscura y tormentosa, fingí el accidente, despeñando el coche por la escollera. Como es lógico, yo no iba en el interior. Así desapareció Stephen Terrill del mundo de los vivos. Su desaparición no me importó un bledo, y nunca sentí necesidad de «revivirlo». Pero la muerte de Terrill no me liberó de mi deseo en cuanto a conservar el castillo. La sola idea de que otra persona pudiera aposentarse en él, me producía desazón e insomnio.

»Aunque yo no lo habitara de modo permanente, nada me impedía visitarlo a través del túnel. Eso hizo posible que estuviera presente cuando la policía realizó su investigación sobre mi muerte. Por lo demás, siempre logré que todo visitante se fuera como perro que huye con el rabo entre las patas. Al construir el castillo instalé varios ingenios para sorpresa y susto de mis amigos. Más tarde, éstos me fueron muy útiles para ayudar a forjar la leyenda de que el castillo estaba encantado.

»Pero mi representación fantasmal cumbre fue hecha cuando el Banco envió a sus empleados a recoger los enseres. Desde entonces, apenas necesité esforzarme para asustar a los que penetraban en el castillo. Sus imaginaciones servían a mi juego. Cuanto hice fue conservar en su punto la reputación de castillo encantado. También, y con el solo objeto de hacer menos deseable el lugar a quienes pudieran sentirse tentados a desafiar a los fantasmas comprando el castillo, de cuando en cuando hacía rodar grandes piedras desde la cumbre del camino.

»Mi plan dio resultado. Nadie quiso comprar el castillo al Banco. Pero yo concebí el propósito de adquirirlo a nombre de Jonathan Rex, criador de pájaros exóticos. Así empecé a ahorrar dinero, y ya casi tenía el necesario. Pero, de repente, aparecéis vosotros y…

El actor suspiró profundamente, como resignado.

—Os habéis mostrado más testarudos que nadie.

—Señor Terrill —preguntó Júpiter, después de escuchar muy atento—. ¿Nos telefoneó usted al día siguiente de nuestra primera visita, y nos habló en tono gutural para asustarnos?

El hombre asintió.

—Supuse que os ayudaría a manteneros alejados.

—¿Cómo supo que vinimos aquella noche, y quiénes éramos?

Terrill se sonrió.

—Mi amigo Charles Grant, hace las veces de guardián del castillo —el aludido asintió—. En la entrada del Cañón Negro hay un pequeño *bungalow*, apenas visible, donde vive Charlie. Si alguien entra en el cañón, me telefonea en seguida, y yo me apresuro por el túnel y me preparo a recibir al visitante.

»Cuando vi el "Rolls-Royce" que subía por el cañón, lo reconocí como el coche del concurso al que se habían referido los periódicos. Y, naturalmente, también sabía que eras tú el ganador del premio.

»Aquella noche salisteis bastante de prisa. Por favor, no os avergoncéis, otros se han ido incluso más veloces. Tan pronto regresé aquí, busqué en el listín tu nombre. Al no hallarlo, pregunté a informaciones, que me facilitaron el número. Y te llamé.

—¡Oh! —exclamó Júpiter, que se rascó la cabeza.

Como él mismo dijera, la respuesta a cualquier misterio puede ser muy sencilla… cuando se conoce. Pero hasta que se sabe, puede resultar muy duro.

—Así, fue usted la causa de que Skinny Norris y su amigo, me refiero a los otros dos chicos, se marcharan a toda velocidad el día en que Pete y yo vinimos a verle.

—Sí. Charlie me había advertido, y los esperé. No obstante, vuestra llegada casi al mismo tiempo me cogió desprevenido.

El señor Grant intervino en este punto.

—Me gustaría explicar eso, muchachos —dijo—. Cuando os vi llegar, era demasiado tarde para avisar a mi amigo Steve. Entonces me deslicé por el camino lateral del cañón para poder vigilaros. Vi correr a los otros chicos, y a vosotros que los perseguíais. Casualmente rodó una roca por la ladera, y al mirar hacia arriba me visteis…

—¡Entonces fue a usted a quien intentamos cazar! —exclamó Pete—. Y para impedirlo, despeñó otra piedra.

—Fue un accidente —se defendió el señor Grant—. Las rocas estaban apiladas para empujarlas al camino de cuando en cuando, con el único fin de disuadir a posibles compradores. Intenté ocultarme detrás de ellas, y las moví. Me preocupó mucho la posibilidad de que os hubiera ocurrido algún accidente cuando os cobijasteis en el resquicio de rocas. Pero luego vi el extremo de un palo que surgía entre los pedruscos que obstruían la entrada, y

deduje que estabais a salvo.

»Esperé allí hasta veros salir. Si hubierais tardado más tiempo, habría acudido en vuestra ayuda.

Después de lo escuchado, a Pete no se le ocurrió decir nada más. Al fin las explicaciones de aquellos hombres habían aclarado varios misterios. Además, resultaba comprensible que ambos lograsen anticiparse a los Tres Investigadores siempre que visitaban el castillo.

Pero Júpiter no se dio por satisfecho.

—Me parece plausible la aclaración de lo sucedido —dijo—. Sin embargo, aún quedan varios puntos que no están claros.

—Pregunta lo que quieras —animó el actor—. Os habéis ganado el derecho de obtener respuesta.

—La tarde que lo visitamos, señor Terrill, tenía una jarra de limonada recién preparada, como si nos estuviera aguardando. También nos dijo que había estado cortando maleza, y no era cierto. Son pequeños detalles, pero me gustaría aclararlos.

El actor se rió.

—Después de escapar de la cueva, estabais demasiado preocupados para ver a mi amigo Charlie, que os siguió hasta el coche. Se aproximó tanto, que pudo oír cómo dabais al chófer mi dirección. Tan pronto os fuisteis, me telefoneó.

»Inmediatamente me puso en guardia. Desde una ventana os vi aparecer en Winding Road. El antiguo "Rolls" con tantos y brillantes adornos, se reconoce con mucha facilidad. En cuanto lo vi, preparé la limonada, y luego me marché a ocultarme en la maleza, provisto del machete como excusa. Os aguardaba.

»Bueno, aún no había decidido cómo trataros. Al fin opté por mostrarme amistoso, e intentar asustaros con historias del Castillo del Terror, para que renunciaseis vosotros mismos. Recordad que me esforcé en deciros las menos mentiras posibles. Naturalmente, afirmé que Stephen Terrill estaba muerto. Pero esto era cierto en mi mente.

»Dije también que jamás había vuelto a cruzar el umbral del castillo. Tampoco os mentí en eso. Siempre que voy o vengo lo hago por el túnel. Como la entrada está en el interior de la jaula de los pájaros, siempre he podido ir y venir sin ser advertido. Esta noche, la prisa hizo que me dejase la puerta abierta, y los pájaros se

introdujeron en el túnel.

Júpiter se presionó el labio inferior.

—La gitana que nos mandó, señor Terrill, ¿era su amigo, el señor Grant, disfrazado?

—Exacto, muchacho. Cuando supe que erais investigadores, sospeché que no cejarías en vuestro empeño. Por eso Charlie se disfrazó de gitana, y llevó la segunda advertencia, creímos que sería suficiente.

—En realidad, eso aumentó mi curiosidad, señor Terrill —respondió Júpiter, cortés—. Antes nadie había recibido avisos, me pregunté por qué nosotros sí. Los fantasmas no se molestan en avisar a las personas. Eso me hizo sospechar que alguien de carne y hueso tenía interés en mantenernos alejados del Castillo del Terror.

»Luego, cuando estudié las fotografías que hizo Bob, vi que la armadura de la Sala de los Ecos no estaba muy oxidada, y que no había mucho polvo en su biblioteca. Después de tantos años, el polvo y las telarañas debían invadirlo todo. Así, alguien en secreto se cuidaba del Castillo del Terror.

»Y la persona para quien el castillo significaba más era para su propietario, Stephen Terrill. Al fin deduje que usted no había muerto. Naturalmente, logró despistarme esta noche cuando representaron ser contrabandistas internacionales. Usted era un árabe, el oriental, y la mujer, y el señor Grant otro árabe y la vieja gitana.

—Así es —los ojos de Stephen Terrill parpadearon—. Empleamos parte de mi amplia colección de pelucas y trajes. Quería daros un susto convincente. Creí que si os preocupaba la venganza de una banda de contrabandistas, en vez de meros fantasmas, abandonaríais el castillo.

»Bien, creo que ya conocéis toda la historia. ¿Queréis saber algo más?

—Es suficiente —respondió Pete—. Excepto una cosa, ¿qué hay del ojo que nos miró desde la pintura del pirata la primera noche?

—Era yo. Hay un pasadizo secreto detrás de las pinturas, y un agujero en el cuadro para observar.

—Pero cuando Bob y yo examinamos el cuadro más tarde, no había agujero.

—Después que huyerais, lo cambié por otro cuadro muy

parecido.

—¿Y el Fantasma Azul? —preguntó Pete—. ¿Y el viejo órgano que tocaba la música fantasmal? ¿Y la Niebla del Miedo? ¿Y el fantasma en el espejo? ¿Y la corriente de aire frío en la Sala de los Ecos?

Stephen Terrill arrugó el entrecejo.

—No me gusta hablar de eso. Me sucede lo que al ilusionista a quien piden que explique sus trucos. No obstante, os habéis ganado el derecho a saberlo. Así es que, si realmente queréis…

—Creo que he podido deducir algunos de los métodos que empleó, señor Terrill. La corriente de aire era un gas que pasaba por una masa de hierro triturado y entraba en la sala por un agujero en la pared. La música fantasmal, un disco tocado a través de un amplificador. El Fantasma Azul, probablemente, una tela estopilla cubierta con pintura luminosa. La Niebla del Miedo, sin duda alguna, algún producto químico que hace humo, proyectado al pasadizo secreto por medio de pequeños orificios.

—Tienes razón, muchacho —admitió Stephen Terrill—. Supongo que tan pronto adivinaste que había una inteligencia humana detrás de las extrañas manifestaciones, te dedicaste a desentrañar el modo de crear los efectos.

—Desde luego —confirmó Júpiter—. En cuanto al fantasma en el espejo, debió de ser una película proyectada sobre el mismo. Pero de una cosa no estoy seguro. ¿Cómo logra establecer esa sensación de nerviosismo y terror en el interior del castillo?

—Por favor, no me pidas que lo cuente todo —suplicó el actor —. Me gustaría conservar alguno de mis secretos. En realidad, ya sabéis lo suficiente para arruinar todos mis planes… De todas maneras, quiero enseñaros algo. ¡Ved!

Abrió de par en par la puerta por la que se había introducido para transformarse en Stephen Terrill. Allí había un enorme surtido de trajes y pelucas colgados en enormes estantes. En un ángulo vieron un gran montón de latas redondas, de esas que se emplean para guardar películas.

—Aquí, en esta habitación —dijo el actor—, está el verdadero Stephen Terrill. Los vestidos, las pelucas y las películas guardadas en las cajas son el verdadero Stephen Terrill. Todas estas cosas son los instrumentos empleados para crear extraños personajes que

produjeron suspense y emoción a millones de seres en todo el mundo.

»Durante muchos años el Castillo del Terror fue mi último orgullo. Allí aún asustaba a la gente que fuera se ríe de mí. Al mismo tiempo su continuada práctica me servía de entrenamiento, a través del cual eliminé mi ceceo. Conseguí hablar con voz más profunda y aprendí cómo ser fantasma, mujer, pirata, árabe, chino y docenas de otros ficticios personajes.

»Hubo un momento que soñé en volver de nuevo al cine. Pero a medida que pasaban los años, la clase de arte que yo sabía interpretar perdía interés para el público. Ahora, esas películas de miedo sólo consiguen hacer reír. Las viejas películas que la televisión incluye en sus programas tienen voces raras y sonidos que provocan la risa. ¡Y yo nunca me degradaré provocando risa barata!

Stephen Terrill aparecía excitado. Su puño derecho golpeaba la palma de su otra mano y respiraba con dificultad.

—¡Ahora ya no me queda nada! ¡Ya nunca más podré ser el fantasma del Castillo del Terror! He perdido el castillo. Tampoco puedo ser el Murmurador. ¿Qué haré en lo sucesivo?

Júpiter, que casi había hecho sangrar su labio de tanto apretárselo, habló otra vez.

—Señor Terrill. ¿No es cierto que esas latas contienen aquellas magníficas películas de miedo que usted realizó, y que ninguna de ellas ha sido vista en muchos años?

El actor asintió.

—¿En qué estás pensando? —preguntó.

—Yo sé cómo puede recuperar el castillo y seguir entreteniendo a la gente, asustándola. Vea…

Y, como siempre, Júpiter tuvo una buena e increíble idea…

Capítulo 19

El señor Hitchcock cierra un trato

A la mañana siguiente Worthington condujo el «Rolls» hacia Hollywood para visitar al señor Hitchcock. Júpiter no parecía feliz. Pete sabía por qué. Su amigo sentíase herido en su amor propio al no haber descubierto que el Murmurador y Stephen Terrill eran la misma persona.

Los dos muchachos iban a visitar al señor Hitchcock. Bob, desgraciadamente, tuvo que asistir al trabajo aquella mañana.

—En cuanto Worthington mencionó que el túnel secreto debajo del Castillo del Terror estaba lleno de periquitos —comentó Júpiter—, comprendí que era el señor Rex, y que el túnel terminaba en la jaula donde cría sus pájaros, cuya puerta se dejó abierta por descuido. Pero nunca imaginé que el señor Rex fuera en realidad el señor Terrill.

—Pues lo demás sí lo adivinaste —dije Pete—. Incluso que el señor Terrill vivía. Claro que al principio estabas algo desorientado. Sin embargo, opino que debes sentirte orgulloso de ti mismo.

Júpiter denegó con la cabeza.

Esta vez no hubo dificultades para ver al señor Hitchcock.

El portero les saludó al pasar, y poco después se hallaban sentados ante la mesa del famoso director.

—Bien, muchachos —dijo el señor Hitchcock—. ¿Cuáles son vuestras noticias?

—Hemos localizado una casa encantada, señor —habló Júpiter.

—¿Ah, sí? —El director alzó una ceja dubitativa—. ¿Y qué clase de fantasmas la encanta?

—Ése es el problema —confesó Júpiter—. Ha sido encantada por

un hombre que no está muerto.

—¡Hum! Eso parece interesante —el señor Hitchcock se puso cómodo en su silla—. Explícate.

Escuchó atento el relato. Cuando Júpiter acabó, dijo:

—Celebro saber que Stephen Terrill está vivo. Fue un gran artista en su tiempo. Confieso que me tienta la curiosidad de saber cómo logra esa atmósfera de terror en el castillo, que afecta a todo el que penetra en él.

—Rehusó decírnoslo —contestó Júpiter—. Sin embargo, creo que lo he averiguado. Estudié un libro para ayudar a mi tío a componer un órgano de tubos que compró, y me enteré de que las vibraciones subsónicas demasiado profundas y bajas para ser oídos, tienen curiosos efectos en el sistema nervioso humano.

»Creo, señor, que entre los tubos del órgano supuestamente estropeado del señor Terrill, hay varios que emiten profundas vibraciones que afectan al sistema nervioso, sin que las perciba el oído. A distancia, el efecto de la vibración hace que uno se ponga nervioso, para luego transformarse en una sensación de angustia y terror. Pero, naturalmente, el efecto no influye fuera del castillo. Eso quedó probado por mis amigos una tarde.

Pete miró indignado a su amigo y jefe. Así, sólo para comprobar este efecto los obligó a ir al Castillo del Terror aquel día. Iba a decir algo cuando el señor Hitchcock comentó:

—Jovencito, has realizado un buen trabajo en el Castillo del Terror. Sin embargo, ¿qué va a suceder ahora a Stephen Terrill? A mí no me parece que le hayan hecho un gran favor al descubrir su secreto.

Júpiter se removió algo inquieto.

—El señor Terrill tiene una idea, señor —dijo—. De veras parece muy entusiasmado con ella. La cría de periquitos le ha permitido hacer grandes ahorros y piensa acudir al Banco para comprar el castillo. Claro que no tiene suficiente dinero, pero estoy seguro de que usted le prestará el que necesite cuando él mismo le explique sus proyectos.

»Verá, primero reaparecería como Stephen Terrill, el actor de cine desaparecido, y se trasladaría a vivir de nuevo en el castillo. Eso producirá muchos artículos periodísticos.

—Naturalmente —aceptó el señor Hitchcock, mirando a Júpiter

por debajo de su nariz—. ¿Y luego, qué?

—Luego abrirá el castillo al público, y la entrada será gratis al principio. Mostrará sus famosas películas de miedo en la Sala de Proyecciones, y dejará que la gente deambule por el castillo, que seguirá como está ahora. Los turistas acudirán en gran número para ver sus películas y ser asustados por la Niebla del Miedo y demás trucos que el señor Terrill tiene instalados en el castillo.

»El señor Terrill se mostrará también vestido según los diferentes personajes siniestros que interpretó en sus películas de más éxito. Estoy seguro de que tendrá mucha aceptación.

—¡Hum! —El señor Hitchcock estudió al recio muchacho—. Sospecho, joven, que tu imaginación juega un gran papel en el plan que acabas de exponerme. Bien, pasemos eso por alto. En realidad, los Tres Investigadores han hecho un trabajo encomiable, y aunque no hayan encontrado una casa encantada con espíritus de verdad, mantendré mi palabra y presentaré vuestro caso cuando se escriba este tema.

—Muchas gracias, señor —respondió Júpiter—. Significará muchísimo para los Tres Investigadores.

—Si ello os sirve de consuelo —dijo el señor Hitchcock— la dificultad de hallar una casa verdaderamente encantada resultó tan grande que abandoné el proyecto. Pero, dime, ¿cuáles son vuestros planes ahora?

Pete quiso anunciar que sus planes incluían paz y tranquilidad.

Pero Júpiter habló antes.

—Somos investigadores, señor Hitchcock. Empezaremos a buscar otro caso en seguida.

El director lo miró intrigado.

—¿Tienes la intención de pedirme que os presente un segundo caso, cuando lo consiga? —preguntó.

—No, señor —se defendió Júpiter con dignidad—. No tenía la idea en la cabeza. No obstante, si usted está dispuesto a hacerlo…

—No tan de prisa, jovencito —atajó el señor Hitchcock—. No dije nada parecido.

—No, señor —aceptó humildemente.

El director lo miró astuto un momento, y dijo:

—Tenía en la mente sugerir un caso para vosotros. Un viejo amigo mío, un antiguo actor shakesperiano, ha perdido su loro. Lo

quería muchísimo. La policía no parece muy interesada en buscarlo. Habéis demostrado (he de confesarlo) extraordinaria competencia. Puede que seáis capaces de encontrar al loro. A menos que —frunció el ceño al mirar a Júpiter y a Pete— buscar loros perdidos sea un trabajo impropio de los Tres Investigadores.

—¡No, señor! —exclamó Pete.

Si había de intervenir en un nuevo caso, la búsqueda de un loro sonaba a excelente asunto para él. Quizá por eso añadió:

—Nuestro eslogan es: «Lo investigamos todo».

—Nos gustaría complacer a su amigo, señor —dijo Júpiter.

Hitchcock se sonrió; si bien su sonrisa parecía ocultar ciertos pensamientos secretos. Pero los dos amigos no estuvieron seguros de ello.

—En tal caso —respondió Hitchcock—, no tendré inconveniente en presentar este caso, cuando esté resuelto.

—¡Gracias, señor! —contestaron los muchachos al unísono.

—Pero bajo una condición —añadió el director—. Tiene que ser un caso que merezca la pena escribirse. Evidentemente, el solo hecho de hallar un loro, aunque sea un loro que tartamudea, no basta para garantizar una novela con éxito. Si resulta que todo es simple y fácil, me desentenderé tanto del tema como de los Tres Investigadores.

—¿Dice usted que el loro tartamudea? —preguntó Júpiter, reflejando el interés en los ojos.

—Así es.

—Nunca oí hablar de un loro que tartamudease. Vamos, Pete, ya tenemos nuestro segundo caso.

—¡Un momento! —exclamó el señor Hitchcock—. Supongo que os ayudará saber el nombre y la dirección de mi amigo —escribió algo en una hoja de papel—. Aquí está.

—Gracias.

Júpiter se guardó el papel en el bolsillo y se encaminó a la puerta con Pete.

—Ya le informaremos de cómo nos va —dijo antes de marcharse.

Hitchcock, sondándose picarescamente, contempló su marcha. «Buena historia —pensó—: El misterio del Castillo del Terror».

Fin



ROBERT A>RTHUR. [1909 - 1969]. Nació el 10 de noviembre de 1909, en Fort Mills, la isla de Corregidor, Filipinas, donde estaba destinado su padre, Robert Arthur padre, entonces un teniente en el ejército de Estados Unidos. Su madre, Sarah Fee Arthur, exintegrante de Nueva Orleans. La infancia de Arthur fue de translado en traslado, ya que su padre fue trasladado de una a otra base militar. Arthur y su hermano menor, John Arthur, nacido en 1914, fueron educados en las escuelas públicas de Hull, Massachusetts, Ann Arbor, Michigan, de Leavenworth, Kansas, y Hampton, Virginia. Mientras que su padre estaba destinado en el Fuerte Monroe en Hampton Roads, Virginia, Arthur asistió Hampton High School, donde fue elegido Presidente de la categoría de mayores.

A pesar de que ganó la entrada de West Point, Arthur decidió no seguir a su padre en el ejército, y en su lugar se inscribió en William and Mary College en Williamsburg, Virginia en el otoño de 1926. Dos años más tarde, se trasladó a la Universidad de Michigan en Ann Arbor, donde Arthur había vivido durante algunos años en los que su padre había sido un profesor militar de ciencias y táctica en el programa ROTC. Arthur se graduó de la Universidad de Michigan en 1930 con una Licenciatura en Inglés con Distinción. Después de

trabajar como redactor en una de las publicaciones Munsey, regresó a la Universidad de Michigan, donde recibió su Maestría en Periodismo en 1932.

Más adelante se mudó a Nueva York, donde vivió en Greenwich Village, en un apartamento sin ascensor. Durante este tiempo, él comenzó a escribir cuentos para su publicación en revistas pulp. Entre su graduación de Michigan en 1930 y 1940, sus cuentos fueron publicados en Wonder Stories, Semanarios de novelas de detectives, Detective Fiction Weekly, Mystery, The Illustrated Detective Magazine, Street & Smith's Detective Story Magazine, Amazing Stories, The Shadow, Street & Smith Mystery Reader, Detective Tales, Thrilling Detective, Double Detective, Startling Stories, Collier's, The Phantom Detective, Argosy Weekly, Unknown Worlds y Black Mask.

Además, durante este tiempo, Arthur trabajó como escritor y editor de pulp western, fact detective, y screen magazines para Dell Publishing, y fue editor asociado de la Foto-Story, una revista de fotografía publicada por Fawcett Publications. Más significativamente, concibió y editó Pocket Detective Magazine para Street and Smith, la primera revista de bolsillo, todo ficción, en la que varios de sus relatos fueron publicados. En febrero de 1938, se casó por primera vez a Susan Smith de Cleveland, una actriz de «radio soap opera», de quien se divorció en 1940. Ese mismo año conoció a la mujer que se convertiría en su segunda esposa, Joan Vaczek, en una clase para el relato corto que tomó de Whit Burnet en la Universidad de Columbia.

Ese mismo año, Arthur también tomó una clase en la Universidad de Columbia para escritura en radio, en la que la clase se encontraría con su futuro compañero, David Kogan, con quien finalmente escribió y produjo su propio programa de radio, The Mysterious Traveler, que se emitió en la Mutual Broadcasting System desde 1944 hasta 1953, y que ganó el premio Edgar Allan Poe al Mejor Programa de Radio de Misterio del Año en 1952 por los Mystery Writers of America. The Mysterious Traveler también se emitió como el nuevo título de Adventure into Fear, y desde 1948 hasta 1951 juntos, Arthur y Kogan también produjeron Dark Destiny, una serie de televisión dramática. En diciembre de 1946,

Arthur y Vaczek se casaron, y se trasladó a Sharon, Connecticut y luego a Yorktown Heights, Nueva York, donde tuvieron dos hijos, Robert Andrew Arthur (1948) y Elizabeth Ann Arthur (1953). En 1953, a causa de la participación de Arthur, y la participación de su socio David Kogan, en el Gremio de Escritores de Radio, The Mysterious Traveler fue cancelada abruptamente. WOR y la Mutual Broadcasting System, durante la era McCarthy, que se cree que el GTR se llevaba los escritores, en las palabras de Kogan, «por el camino a Moscú». La carrera de Arthur como escritor para la radio llegó a su fin. Antes de que terminara, sin embargo, escribió y produjo más de 500 guiones de radio para sus dos *shows*, así como para otros programas como The Shadow and Nick Carter. Terminado 1952, Arthur trabajó como coproductor para un espacio de misterio en la radio. Continuó, además, la publicación de relatos de corte pulp.

En 1959, después de su divorcio de Joan Vaczek, Arthur se mudó a Hollywood, donde trabajó en la televisión. Escribió guiones para The Twilight Zone, y trabajó como editor de historias y guionista de programa de televisión para Alfred Hitchcock, en Alfred Hitchcock presenta. En 1962 se trasladó de nuevo de Hollywood a Cape May, Nueva Jersey, donde vivía con la tía de su padre, Arthur, Margaret Fisher hasta su muerte en 1969. Debido a su asociación con Hitchcock, Arthur tuvo, durante este período, una estrecha relación con Random House para editar una serie de antologías literarias que pudieran aprovechar la popularidad de Hitchcock. Arthur editó una serie de antologías dentro de Alfred Hitchcock Presents que incluyen AHP: Historias para el atardecer, (1961); AHP: Historias que mi madre nunca me contó, (1963); AHP: Prohibido a los nerviosos, (1965); AHP: Relatos que me asustaron, (1967); AHP: historias que no me dejarían hacer en TV, (1968). Al mismo tiempo, Arthur ha participado en la edición de una serie de antologías para jóvenes lectores, como Alfred
Hitchcock's
Haunted Houseful, (1961); Alfred
Hitchcock's
Ghostly Gallery, (1962); Alfred
Hitchcock's
Monster Museum, (1965); Alfred

Hitchcock's
Sinister Spies, (1966); y Alfred
Hitchcock's
Spellbinders in Suspense, (1967). También editó, bajo su propio nombre, Davy Jones Haunted Locker, (1965); Spies and More Spies, (1967); and Thrillers and More Thrillers, (1968). Las colecciones de cuentos propios de Arthur fueron editados por Random House en Fantasmas y más fantasmas publicados en el 1965 y Misterio y más misterio, publicado en 1966.

En 1964, Arthur también publicó la primera de una serie de libros de misterio para jóvenes lectores, originalmente titulada Alfred Hitchcock y Los Tres Investigadores. Más tarde el nombre de Hitchcock fue eliminado. Antes de su muerte, Arthur escribió diez libros de Los Tres Investigadores: El Misterio en el Castillo del Terror, El Misterio del Loro Tartamudo, El Misterio de la Momia Susurrante, El Misterio del Fantasma Verde, El Misterio del Tesoro Desaparecido, El Misterio en la Isla del Esqueleto, El Misterio del Ojo de Fuego, El Misterio de la Araña de Plata, El Misterio del Reloj Chillón y El Misterio de la Calavera Parlante. Después de la muerte de Arthur, la serie de Los Tres Investigadores fue continuada por otros escritores, y antes de que la serie terminara en Estados Unidos en la década de 1990, se habían publicado un total de cuarenta y tres libros de la serie de Los Tres Investigadores, y once libros en una
Spin-Off
de la serie llamada Crimebusters. Arthur murió en Filadelfia, Pensilvania, el 2 de mayo de 1969, a la edad de cincuenta y nueve años.

Notas

[1] Master: Tratamiento de respeto que se da a los muchachos en Inglaterra. < <